

SUDOR FRÍO

MARI CARMEN SINTI



GRUPO
TIERRA TRIVIUM

Berta, una submarinista del Grupo Especial de Actividades Subacuáticas, sufre un desgraciado accidente de inmersión que la obliga a retirarse del trabajo y le causa una profunda depresión.

Leo, su vecina, una mujer apocada e introvertida, irá poco a poco ayudando a Berta a salir de su hermetismo, convirtiéndose en una pieza clave en su recuperación. Hasta que un día Leo desaparece en extrañas circunstancias. Junto con Clara, una amiga de toda la vida que trabaja en el departamento de Violencia de género, Berta emprenderá una búsqueda contrarreloj para encontrar a Leo antes de que sea demasiado tarde.

Las dos seguirán las pistas que se van encontrando a sabiendas de que al hacerlo están rozando la línea de la ilegalidad, y llegando hasta una trama mucho más peligrosa de lo que hubiesen podido

Sudor frío

Mari Carmen Sinti

A mis hijos.

Prólogo

Me parece oportuno aclararlo: no soy prologuista, ni académico, ni un profesional del ámbito literario. Simplemente soy un lector, uno de tantos. Por eso cuando Mari Carmen Sinti me pidió unas líneas para introducir su primera novela, decliné amablemente el ofrecimiento. Le dije que no le costaría demasiado encontrar a alguien mucho más preparado que yo, alguien que estuviera a la altura de lo que su *Sudor frío* merecía. Pero insistió. Y lo hizo con tanta determinación, que no me atreví a negarme de nuevo. Y ahora se lo agradezco.

Sudor frío me ha resultado una lectura gratamente sorprendente, que para nada parece la obra de una debutante. Aunque la autora ya ha publicado relatos breves en varias antologías, el salto a una novela me parece algo serio, una empresa mayor. La historia debe sostenerse en un espacio mucho más prolongado. Y eso hay que trabajarlo duro, además de tener la capacidad de los buenos escritores para lograrlo. Y Sinti la tiene. Desde las primeras páginas te quedas con la sensación de estar ante un proyecto maduro. Detrás de cada palabra, de cada frase, de cada párrafo, se adivina una tarea concienzuda para encontrar la mejor forma de transmitir lo que quiere. Y lo consigue sin aspavientos innecesarios ni giros imposibles, con una prosa alejada de toda arrogancia, de manera sencilla.

Lo de «sencillo» viene a colación porque últimamente he tenido que dejar bastantes novelas a medio leer. Tal vez sea que con la edad te vas volviendo más selectivo, y si al cabo de unas páginas ves que la historia no te llena lo suficiente, cierras el libro sin más contemplaciones y lo mandas directamente a la estantería. O es que quizás de un tiempo a esta parte se ha puesto de moda intentar imitar a los autores barrocos del Siglo de Oro. Y eso me cansa de manera soberana. Hay quien cree que su obra tendrá más nivel literario por el hecho de emplear palabras que obliguen al lector a tirar de diccionario. Y utilizan hasta el aburrimiento figuras retóricas y metáforas que no vienen a cuento. ¡Qué pereza! A todos ellos les recomendaría que tomaran buena nota de cómo escribían Jim Thompson, Mario Puzo o el Umberto Eco de *El nombre de la rosa*. Por suerte, Sinti ya lo hizo.

El comienzo de *Sudor frío* apunta alto, es de esos que te dejan pegado a tu sofá orejero

favorito, con el alma en un puño y una necesidad incontenible de seguir pasando páginas. Páginas de una historia de suspense de diálogos jugosos y con sentido, que discurre por una trama bien enlazada, que siempre mantiene el pulso, donde nada sobra. Los capítulos fluyen con deliciosa cadencia, te agarran, te sumergen en la ficción. Sin darte cuenta, pasas a formar parte de ella, como un personaje más.

He disfrutado con la lectura de *Sudor frío*, me ha hecho pasar gratos momentos. Y me ha dejado ese dulce aroma que solo te dejan las buenas novelas. Y creo no equivocarme si afirmo que Sinti nos brindará grandes momentos literarios en el futuro. Y si no, al tiempo.

Josep Camps
Sudor frío
Diciembre 2018

Capítulo 1

*I always have an alibi
You allow me there
But tonight I have no conscience
So what comes after that?*

Siempre tengo una coartada
Tú me dejas ahí
Pero esta noche no tengo conciencia
Entonces, ¿qué viene después de eso?
«Deceiving is believing», Robbie Williams.

La noche estaba siendo un fracaso hasta que apareció Marius. Alto, rubio y con una sonrisa seductora, le había hecho olvidar que estaba en aquel *pub* de moda, en lo alto de Montjuïc, totalmente asqueada de haber decidido aceptar la invitación de su compañera de piso. De hecho, ni siquiera era compañera. Lo compartían cuatro chicas con derecho a una habitación, lavabo y cocina, pero la mayoría de los días ni siquiera se cruzaban.

Hoy era el cumpleaños de Irina y no pudo negarse aun sabiendo que no era santo de su devoción. Lo notaba en aquellas miradas de envidia que se clavaban en su agraciada figura pues, no teniendo las proporciones perfectas, sabía sacar provecho de ellas. Y no entendía por qué, ya que no tenía nada de éxito con el género opuesto. Quizás fuera su maldita falta de autoestima.

Pero Marius, al contrario del resto para el que pasaba desapercibida, la vio nada más cruzar sus miradas y ya no había dejado de hacerlo hasta que, con el vaso en la mano y con total descaro, se había sentado a su lado y, con un par de frases bonitas con esa voz que encandilaba, había trocado su hastío desde hacía más de una hora, sentada en aquel *pub*, en todo un mundo de colores, el corazón palpitando, el cuerpo incandescente y con la expectativa de acabar la noche con el hombre de sus sueños.

Lejos de acelerar la situación, Marius se tomó su tiempo. Durante hora y media le regaló los oídos con toda clase de piropos, y aunque algunos de ellos eran manidos, a ella le supo a gloria poder experimentar lo que tan solo había leído en aquellas noveluchas románticas que, de pequeña, veía cómo devoraba su madre. Y siguieron bebiendo, incluso aceptó cuando él se

levantó para traerle otra copa. «Me quiere emborrachar» pensó con una risita tonta, esperando a que le trajera el combinado y dando por hecho la obviedad del porqué y del cómo iba a acabar la noche.

Siguió flotando en su nube, escuchando su boca y sus ojos que la seducían, formando parte de aquel ritual de conquista. Incluso cuando ella se excusó para ir al lavabo, él la siguió con la mirada, recorriendo tanto su cuerpo por delante cuando se levantó, como por detrás cuando se dirigía a la otra parte del local. Lo sabía, la sentía clavada en su culo. Y eso hizo que un latigazo de fuego le recorriera desde su sexo hasta la garganta, algo que hacía mucho tiempo que no sentía.

Con la promesa de que iba a pedir una canción para bailarla juntos, ella se tomó su tiempo en el servicio, arreglando su maquillaje y componiendo un poco las ojeras que, sorprendentemente vio en su reflejo del espejo. «Debe ser la luz de esta habitación» pensó, aunque la cabeza le empezaba a dar vueltas, seguramente a causa de la bebida, ya que no acostumbraba a tomar alcohol.

Volvió con una sonrisa en la boca, pero se le congeló sintiendo en las entrañas el dolor de la evidencia. Marius estaba en la pista bailando demasiado agarrado a una rubia con un jersey de plumas rosas, de un modo en el que no cabían equívocos. Él le decía algo al oído y ella reía con esa coquetería de las chicas que estaban siendo seducidas con placer.

Se tuvo que agarrar a la columna para no perder el equilibrio. Sintió el rechazo en lo más profundo del pecho, un agujonazo que le lastimó físicamente y la hizo tambalearse. Por un momento no supo qué hacer. Quería huir de allí, solo pensaba en alejarse precipitadamente de aquel lugar y sobre todo de aquella persona que estaba destrozando sus ilusiones y su dignidad. Pero había venido con las chicas, no tenía coche ni medio de llegar a casa.

Con los ojos anegados en lágrimas y mareada por el impacto, se acercó a la mesa, recogió el abrigo y el bolso y, sin tenerlo aún claro, se dirigió a la puerta. Aire, al menos tomaría el gélido aire del exterior y pondría los pensamientos en claro.

En su escapada chocó con un tipo. Sorprendida le miró. Aquellos ojos negros se le clavaron y con voz pastosa le soltó:

—¡Qué rica estás, nena! Vente conmigo. Te comería el coño como nadie te lo ha comido jamás.

Horrorizada salió por la puerta del *pub* con el único pensamiento de abandonar todo aquello que se estaba distorsionando para convertirse en un infierno y, sin pensarlo siquiera, corrió carretera abajo. Estaba lejos, casi en el fin del mundo, en la cima de la montaña, pero no se paró a pensarlo. Necesitaba llegar al centro de la ciudad, en la plaza España cogería algún autobús y una vez en casa se tranquilizaría e intentaría olvidar esa mierda de noche.

Bajaba trastabillando, no entendía por qué las piernas le pesaban de aquella manera y por qué le costaba tanto mantenerse derecha. La carretera estaba insuficientemente iluminada y en cada curva creía ver las sombras al acecho. El miedo empezó a apoderarse de su mente y no le ayudaba nada que estuviera empezando a ver todo borroso. Le faltaba el aire y la respiración se le estaba volviendo desacompañada. El corazón le iba a estallar.

No sabía cuánto le faltaba para llegar abajo, a la civilización tranquilizadora y segura, cuando una furgoneta se paró a su lado. No la oyó llegar, y en ese momento solo pensó cuánto tiempo hacía que estaba siguiéndola. Solo notó por el rabillo del ojo que la puerta lateral se abría y unas manos la agarraban cuando estaba a punto de desfallecer.

Sintió el suelo frío y duro debajo de su espalda sin poder ni siquiera chillar. Debía haber sentido dolor por la brusquedad en que la arrojaron dentro, pero no lo notó. La parálisis en todo su cuerpo la hacía insensible y el sopor de su mente vulnerable.

Un sudor frío le recorrió la espalda desde la nuca y antes de desvanecerse creyó ver en su delirio un pelo rubio que hacía poco tiempo le había parecido maravilloso, unos ojos negros y unas plumas rosas.

Con los ojos cerrados escuchó a alguien decir:

—Con más cuidado. No vayas a estropear la mercancía ahora que todo nos ha salido a las mil maravillas.

Eso fue lo último. Perdió el conocimiento.

Capítulo 2

*I don't care about your wants
I just wanna ha! tell you
about the does and don'ts
I don't care about the way you treat me ha!
I just want huh! to understand me.*

No me importa lo que quieres
Solo quiero, ¡ah! hablarte de
lo que haces y de lo que no
No importa la forma en que me tratas, ¡ah!
Solo quiero, ¡uuh! que me entiendas.
«Coid sweat», James Brown.

A esta vida hemos venido a sufrir, como decía mi abuela. Y yo añado: «Y a trapear las vicisitudes de la vida con pequeños momentos de tregua, inyectándonos grandes dosis de paciencia y buen humor». Porque si no...

En fin. No sé si a sufrir o a sobrevivir como benditos. Lo que os aseguro es que nada sale nunca como lo tenemos previsto ni es oro todo lo que reluce. Y os preguntaréis por qué empiezo de esta manera tan de frases hechas.

Me presento. Mi nombre es Berta Ballester y os voy a contar mi historia.

* * *

Yo tenía una vida que me gustaba, un trabajo que me apasionaba y que me había costado sudores alcanzar, pero con el que podía soltar todo ese exceso de adrenalina con el que he de vivir. Una ocupación en la que conseguía logros que cualquiera encontraría inusuales debido a mi condición

de mujer pequeñita y aparentemente endeble, pero este cuerpo hecho a escala podía obtener mejores resultados que cualquiera de mis compañeros. Quizás era cuestión de tesón, de moral o de amor propio, pero el caso es que amaba mi trabajo y aún lo adoro... y lo echo mucho de menos.

Hubiera sido una buena militar si me hubiera gustado el ejército, hubiera sido una buena presidenta si me hubiera gustado la política, pero en cambio, sí fui muy buena en mi profesión porque era mi pasión. Y como todos los amores en esta vida, la descubrí por casualidad.

Empecé varias carreras; ninguna saciaba la actividad que mi cuerpo necesitaba cuando, una tarde, llegando de la calle, seguramente de estudiar, de algún curso de idiomas o de alguna clase particular a algún alumno de primaria que buscaba para llenar mis ratos de ocio —y también, para qué negarlo, mi bolsillo—, me encontré a mi entonces pareja tumbado —como era su costumbre— en la cama, escuchando en la radio un programa sobre submarinismo. Empezaba en ese justo momento un concurso en el que preguntaban algo sobre un pecio marino, no recuerdo ahora mismo el pecio en cuestión al que se referían. Yo no le estaba prestando atención ya que mi intención era soltar las cosas y darme una ducha para después meterme en la cocina a preparar la cena —y de paso recoger los platos del mediodía que, sin duda, habría dejado sin fregar el inútil— y escuché que él se sabía la respuesta. No debería haberme sorprendido, pero sí lo hizo que, me dijese que llamara yo, todo por no molestarse en levantarse a por el teléfono.

Y bueno, eso hice. Llamé, di la respuesta, los datos que me pidieron y seguí con lo mío.

Una vez en la cocina escuché al muchacho que, a voz en grito berreó:

—¡Te ha tocado! ¡Han dicho tu nombre!

La verdad es que le di poca credibilidad porque pensé: «Si eso fuera cierto me diría que el premio era suyo ya que lo había acertado él». No pasó ni un minuto cuando apareció en la puerta de la cocina exigiendo el mérito por haber sido él el que supiese la respuesta. Entonces fue cuando lo creí realmente.

Me enteré de que había ganado un curso de buceo y que, aunque en aquel momento no lo sabía, sería crucial en mi vida.

Durante aquel curso tomé dos decisiones: supe a qué me quería dedicar y con quién no quería estar. No pasaron ni dos meses antes de que le pusiera las maletas en la puerta y me enfrasqué de lleno en mi nueva apuesta. Al título inicial, siguieron los avanzados, las prácticas, las inmersiones, las nuevas amistades, la camaradería entre los compañeros... y me enamoré perdidamente de aquel mundo, de las profundidades del mar y de todo lo que lo envuelve. No me conformé con llegar a sacarme el título de instructora, sino que decidí obtener la titulación de salvamento y rescate subacuático y de ahí a encontrar trabajo fue un salto. Durante años realicé las más arriesgadas inmersiones de rescate y me llevaría toda una vida relataros las anécdotas y aventuras que viví. Me fui ganando el respeto de mis compañeros, la mayoría hombres, que al principio se burlaban de mi carácter osado y me trataban con delicadeza. No les consentí ninguna de las dos cosas. Quise, y lo conseguí, que me trataran como a una igual, y aunque costó un poco, al final era una más de ellos.

Fueron unos años maravillosos en los que conocí a mi marido, nos casamos, tuvimos dos hijos y nos separamos, por este orden. Mis hijos se han independizado y han montado juntos un negocio en el barrio, una tienda de animales. Cuando nos vinimos a vivir aquí después de mi separación, se dieron cuenta de que en la calle no había ninguna con la suficiente categoría y ellos, que son

emprendedores como sus progenitores, se embarcaron en la aventura. Llevan tres años, y les va viento en popa. Ya os hablaré de ellos más adelante.

Con todos estos datos habréis deducido que soy una mujer ya madurita. Aún así, cuidada, atractiva sin ser guapa, físicamente tengo todo en consonancia y una fuerza superior a las mujeres de mi edad e incluso a muchos hombres. Con los rasgos duros pero en armonía, ojos castaños, mentón firme y nariz fina, el pelo de color oscuro y cortado a media melena y un aire marcial que definen mi carácter valiente y resuelto con una voluntad firme.

Pues sí, todo me iba estupendamente hasta que hace unos meses sucedió el accidente y mi vida cambió en cuestión de segundos.

Capítulo 3

*You see my dreams have been broken
I don't think I have
The strength to carry on*

Ves que mis sueños se han roto
No creo que tenga
La fortaleza para seguir adelante
«Broken dreams», Thin Lizzy.

Era un día de agosto, en plena canícula. Trabajaba entonces con el Grupo Especial de Actividades Subacuáticas cuya labor era buscar, recuperar y localizar a personas u objetos en medios acuáticos; reconocer los fondos de lagos y embalses, cascos de embarcaciones y obras u objetos sumergidos con fines de seguridad, y recuperar incluso objetos que habían sido arrojados al agua para deshacerse de ellos.

El abanico de labores que ejercíamos era tan amplio que trabajábamos sin descanso, día y noche, para proteger los embalses, lagos, ríos y cauces de toda la comunidad, e incluso coordinándonos con el grupo de la policía para prestar apoyo en zonas marítimas. Siempre estábamos alerta, preparados para salir al rescate de cualquier vida humana. No parábamos y a un nivel de exigencia tremendo. Era estresante y apasionante a un tiempo.

Aquel día nos llamaron para rescatar a unas víctimas de un velero que había embarrancado. Durante el descenso empecé a encontrarme mal. Comenzó a dolerme el brazo, el cuello, y no podía respirar. Hice la señal a mi compañero de que me prestara atención, ya que algo no iba bien, con los dedos extendidos y la palma hacia abajo balanceando la mano. Como el dolor iba a peor, junté los dedos llevándomelos a la boca solicitando aire a mi pareja, que se dio cuenta de lo urgente de la situación. Entre un par de compañeros más, y vigilando que no se escapara el regulador ni dejara de respirar, me sacaron con premura y me enviaron directa a la cámara de descompresión donde un médico, dándome los primeros auxilios, detectó que estaba sufriendo un infarto.

En cuanto pudieron, me trasladaron al quirófano y me operaron de urgencia para colocarme un

bypass. Desperté en la UVI, intubada y sin poder decir una palabra, intentando comunicarme con las enfermeras en el único lenguaje de signos que conozco, el del submarinismo, sin que ellas me llegaran a entender. El despertarme y sentir un tubo que me taponaba la garganta me estresó tanto, que me volvieron a sedar y así estuve hasta que me lo pudieron extraer.

Los días que siguieron fueron un calvario. Sueros, medicaciones por perfusión, dolor, pruebas, revisiones y, lo más deficiente de todo, la comida del hospital, que como imaginaréis, era escasa y poco apetecible. Eso cuando me la empezaron a dar...

Pero lo peor no fue esa etapa. Ni siquiera el momento en que vi mi pecho rajado de arriba abajo y con una costura que dejaría una cicatriz de por vida. Con mi carácter, estaba decidida a poner todo de mi parte para que este episodio pasara rápido y recuperar lo antes posible la normalidad. El golpe vino cuando el médico, justo antes de darme el alta, se sentó a mi lado, me cogió de la mano y, mirándome a los ojos, me comunicó que no podría volver a trabajar en el cuerpo especial de submarinistas, que era demasiado estresante y arriesgado tanto para mí como para el resto de mis compañeros.

Mi mundo se vino abajo. Pasé horas con la vista en la ventana, mirando un punto que realmente no existía en el exterior y viendo pasar mi vida por delante, lo que dejaría de ser cuando dejara lo que para mí era más que un trabajo. Y me di cuenta de que todo, absolutamente todo lo que me rodeaba, estaba marcado por mi profesión. Sin ella no iba a ser nada.

Mis amigos, mis compañeros, mi familia, todos fueron pasando por la habitación en el hospital, o más tarde por mi dormitorio en mi casa. Nunca los recibía con una sonrisa, mi cara era un poema y mi humor inaguantable. Poco a poco dejaron de venir, impotentes al no poder hacer o decir algo que me diera aliento. Y yo no dejaba de hacerles saber, con mi cara de bulldog, que el verlos me recordaba lo que yo ya no era. Me limitaba a sentarme en el jardín trasero, a ver caer las hojas de los árboles, a quedarme mirando fijamente en las plantas que, por falta de riego se iban secando y tornando marrones, a ser testigo de la decadencia y muerte de mi jardín, que se asemejaba curiosamente a la que estaba yo sufriendo.

Mis hijos me visitaban a menudo. De hecho, no sé si hubiera comido algo de no ser por ellos. Estaban preocupados ya que nunca me habían visto así, ni en mis peores momentos, pero cada uno lo vivía de una manera diferente. Mi hijo no sabía cómo iba a acabar la cosa, si lo iba a superar o no. Mi hija tenía total confianza en que, en algún momento, esta etapa pasaría y yo volvería a ser la que era. Tan solo hacía falta algo que encendiera la llama de nuevo.

Y mientras, se sucedían y turnaban para que no me faltara de nada, observando cómo un día tras otro, yo seguía languideciendo a expensas de que sucediera un milagro, cual *Madame Butterfly* esperando a su Pinkerton.

Aparte de mis hijos, la única persona que empezó a visitarme con frecuencia fue mi vecina Leonor, a quien todos llamaban Leo. Ella, con su carácter tierno y servicial, aparecía casi cada tarde a prepararme un té con el que tomarnos las pastitas caseras que ella misma cocinaba, bajas en grasa para que pudiera comerlas dada mi dieta estricta. Leo era un encanto de mujer, pero siempre miraba como si alguien la estuviera siguiendo y fuera a pillarla en falta en cualquier momento. Hablaba bajito y miraba temerosamente. Fue la única que supo aguantar mis silencios y mis puyas o malas contestaciones cuando estaba en mis peores y más deprimentes momentos. Bajaba la vista, se sentaba a mi lado muy calladita y así se mantenía hasta que yo, arrepentida de haber sido tan injustamente dura, le volvía a dirigir la palabra, aunque solo fuera para decirle que

estaba todo bien y que me dejara sola, pero esta vez ya con un tono más suave.

Leo me leía cada día algo, una novela, una revista, el periódico, me comentaba los cotilleos de la tele, lo que fuera. Llegaba siempre amilanada como si la estuvieran vigilando, pero una vez cerraba la puerta y saludaba, se iba a la cocina y preparaba el té para las dos. Cuando lo tomábamos se sentaba a mi lado y ya fuera leyendo o relatando, parecía como si algo en ella saliera de dentro, una personalidad alegre y jovial que estuviera escondida y se volvía poco a poco dicharachera —sin pasarse, con moderación— y hasta el momento de irse —rauda porque llegaba la hora de que viniera su marido, o si ese día yo estaba cascarrabias al echarla con cajas destempladas—, me relataba todas las tonterías que veía en la tele, o las fantasías que tenía en su cabeza y que le hubiera gustado vivir. Un día me explicaba que ella quería ser azafata, y poder visitar el mundo entero, cada jornada aterrizar en un país, con su cultura, su misterio y su personalidad. Otro día, lo que desearía haber estudiado era secretariado de dirección y haber ascendido en su carrera hasta ser la secretaria personal de algún diplomático, político o empresario y tener que acompañarle en todos sus negocios y reuniones. Al tercero, su mayor anhelo era haber sido diseñadora de moda y vestir a las mejores modelos del mundo para que desfilaran en las más prestigiosas pasarelas. Me lo explicaba con todo lujo de detalles y con una luz en la mirada. Era igual que Sherezade en las mil y una noches. Todos sus sueños la transportaban lejos de allí, viajando o siendo una persona libre. Y yo no me fijaba en ello. No caí cuando debería haberlo hecho.

Leo se había casado joven y no tenía hijos. Nunca había trabajado fuera de casa y salía de ella lo justo, para comprar básicamente. Tenía la casa como los chorros del oro, lo aprecié una vez que fui a pedirle una herramienta para el jardín, pero no entré ya que noté que no estaba cómoda con mi presencia. Me dio la impresión de que no quiso que el marido se enterara de que estaba en la puerta. Al día siguiente vino a disculparse con una excusa tonta, pero yo supe que no era cierta, que se lo había inventado. Así que dejé que fuera ella la que viniera a mi casa cuando quisiera. Y pocas veces lo había hecho hasta que caí enferma, que fue cuando empezó a hacerlo con asiduidad. Parecía que lo hubiese tomado como una obligación. O quizás como algo diferente... ¿Un desahogo quizás? ¿Una ilusión nueva?

No sé, el caso es que las semanas que vino fue un florecer para ella y, en cierto modo, para mí. Exceptuando el momento en que se acercaba la hora de marcharse y empezaba a mirar el reloj con angustia, cada día estaba más feliz cuando traspasaba el umbral de mi casa. Le di una llave para que entrara sin tener que levantarme a abrirle la puerta, pero ella, aún así, llamaba siempre antes de entrar. Tres timbrazos cortos y seguidos, esa era la clave para no pillarme desprevenida ni invadir mi intimidad sin previo aviso. Casi siempre me encontraba en el jardín trasero.

No me di cuenta de cuándo empezó, pero comencé a esperar la hora del té con ilusión, aunque no lo quería reconocer. Y si bien al principio nunca le sonreía cuando llegaba ni le daba conversación, también poco a poco eso cambió y en una ocasión una pregunta, en otra una respuesta a algo que había dejado en el aire, la siguiente unas frases entre su monólogo, empezamos a mantener conversaciones, bastante triviales, eso sí, pero que nos ocupaban las dos horas aproximadamente que pasaba en mi casa.

Un día ella llegó más cabizbaja y silenciosa que de costumbre. No quería hablar si le preguntaba directamente por lo que dejé que fuese ella la que se sincerara. Le costó varias visitas pero deduje, de algún detalle, que no era muy feliz en su matrimonio. Y me quedaba corta, yo, que

me jactaba en otro tiempo de ser una mujer muy perspicaz y observadora y no me había dado cuenta de sus signos evidentes, del maquillaje que alguna vez se ponía sin venir a cuento o de los pañuelos que, a menudo, llevaba atados al cuello.

Pero hasta que ella no empezó a hablar, no me enteré de todo. Y tuvieron que pasar aún algunas semanas más.

Capítulo 4

*My shadow's the only one
that walks beside me
My shallow heart's the only
thing that's beating
Sometimes I wish someone
out there will find me
Til then I walk alone*

Mi sombra es la única que camina a mi lado
Mi corazón superficial es lo único que late
A veces deseo que alguien me encuentre
Hasta entonces caminaré solo
«Boulevard of broken dreams», Green Day.

A todo esto yo había empezado a salir de mi cascarón. Aunque no fuera ninguna actividad del otro mundo y sin llegar a rozar el humor ni la actitud que solía tener antaño, cuando lograba levantarme por la mañana, que aún me costaba una barbaridad, me ponía algo encima y salía a la calle.

Al principio con un pantalón tipo pijama y una sudadera enorme tenía bastante y mi primera salida fue simplemente hasta el parque de delante de casa a volverme a sentar. Allí me encontró mi hija paralizada de un tremendo ataque de agorafobia que hizo que no me pudiera mover del banco de la angustia que tenía. Solo pude coger el teléfono y avisarla de que me viniera a buscar.

Pero un día tras otro, las distancias recorridas crecieron. Una mañana me acerqué a por el periódico, que a la tarde me leyó Leo. Otro día llegué hasta la tienda de mis hijos que se emocionaron tanto que me agobiaron y tuve que volver a casa casi a la estampida.

Y poquito a poquito, mis itinerarios empezaron a desprenderse de la ansiedad de un principio y a adoptar una regularidad y una rutina típicas de mi carácter inconfundiblemente disciplinario. Madrugaba cada día unos minutos más, poco a poco incorporé de nuevo la ducha diaria y matinal, me fui vistiendo cada vez con más cuidado sin llegar a ser la mujer presumida de antes y ni pensar aún en maquillarme siquiera. Algunas mañanas ni me peinaba.

Mi ruta seguía siempre los mismos patrones: periódico, café en la mesita del fondo de la

granja La amistad que estaba de camino a la tienda de mis hijos, luego llegaba a ver cómo estaban y, tras una visita de tan solo unos minutos, continuaba la ruta para dar un paseo y acabar en un banco del parque, mirando jóvenes cazar Pokemons o sentados en grupo en el césped, cada uno con el teléfono en la mano. Los observaba sin más, llegando a plantearme en alguna ocasión, la pena que daba el haber llegado a esa situación en que la juventud había cambiado el saludable hábito de la conversación por el de la individualidad virtual. Cuando reconocí que yo había caído en el mismo pozo de soledad voluntaria, espanté ese pensamiento de mi mente y me volví a dedicar a observarlos sin más.

Siempre llegaba a la hora del recreo en la que salían del instituto de al lado, a tomar el sol o simplemente para poder hacer uso del privilegio de alumnos mayores de bachiller que tenían derecho a abandonar el recinto durante dicha franja horaria.

Cuando el último de los jóvenes había regresado a sus actividades lectivas, yo me levantaba y volvía caminando lentamente a mi casa, comía algo de lo que me había preparado mi hija, sin acabar de hallar el gusto a la comida ni recuperar el placer por ella, y me sentaba a esperar a Leo. Más de una vez me preguntaba en qué se diferenciaba mi vida de convaleciente de la de un jubilado y si merecía la pena seguir viviendo lo que me quedaba de este modo. Como podréis comprobar, el detonante para que todo cambiara no había llegado ni por asomo.

* * *

—Buenos días mamá. ¿Cómo te encuentras esta mañana? —me preguntó Malena, que así se llama mi hija.

—Mmmfff —le gruñí.

Ella ya se estaba acostumbrando a mi carácter huraño y me dedicó una sonrisa. Así es ella, un dulce de chica. Le puse Magdalena por su madrina, la madre de mi ex, pero a ella nunca le gustó y desde pequeña ella misma definió cómo le gustaba que la llamáramos. Años más tarde, cuando se enteró de que Malena ya se consideraba un nombre propio debido al éxito del tango del mismo nombre, fue al registro y se lo cambió. «Así me he llamado siempre, así que este es mi nombre», me dijo cuando lo hizo.

—Hola mamá. —Eloy era más escueto en el saludo. No se arriesgaba a una contestación de malos modos por mi parte.

Al contrario de Malena, a Eloy le encantaba su nombre. Ya de pequeñito lo utilizaba en cada frase que decía. Como si de un narrador en tercera persona se tratara, todo, todo lo empezaba con su nombre: «Eloy tiene hambre», «A Eloy no le gusta», «Esto es de Eloy»... Nunca nadie estuvo tan encantado de haber llevado un nombre, y él saboreaba cada día su sonido infinidad de veces, casi paladeándolo.

—Yo te veo guapa esta mañana, mamá —dijo Malena—. La semana que viene voy a la peluquería, me gustaría que me acompañaras. Tienes el corte de pelo hecho un cisco.

—Bueno —respondí. De entonces a la semana que viene faltaban muchos días. Ya veríamos

qué excusa le pondría llegado el momento, aún sabiendo que necesitaba un tinte que cubriera mis canas como el comer.

Malena se acercó y me dio un beso en la mejilla. La paciencia de mi hija era infinita y me hacía sentir culpable por no corresponderle con agradecimiento.

—Acércame esa caja de galletas de perro, mamá —solicitó.

Cada día me pedía que le ayudara con alguna tontería, nada que necesitara realmente, pero lo hacía para hacerme sentir útil, para que despertara de ese letargo. Ella estaba convencida de que un día volvería a encontrar algo lo suficientemente ambicioso y ansiado para regresar a mi actividad, algo que me devolviera la ilusión por la vida.

Le pasé la caja con desgana y, después de varios encargos ridículos más como aquel, me despedí no sin antes ver como mi hija iba a la trastienda y me sacaba una bolsa con un tupper con algo de comida que me había preparado.

Desde que iba a la tienda, ya no se pasaban tan a menudo por mi casa. Unos días Malena y, en alguna rara ocasión Eloy, me ofrecían algo succulento, dentro de mi estricta dieta, que habían preparado especialmente para mí. Aunque mi hija era mucho más cariñosa conmigo en esta situación, mi hijo era, en contrapartida, más sensible. Y aún queriéndome con locura, sufría tanto al verme así, que se mantenía a distancia.

—Hasta mañana, mamá —dijeron al unísono.

—Humm —gruñí yo por lo bajini saliendo por la puerta.

Aunque mi subconsciente encaminaba cada día mis pasos hacia mis hijos, yo aún no daba mi brazo a torcer y no me apetecía ser amable ni siquiera con ellos. Sin embargo, cuando abandonaba el local, me sentía fatal cada día por mi comportamiento grosero y algo dentro de mí me incitaba a remediarlo al día siguiente.

Pero era así; un día tras otro igual. Tendría que pasar algo impactante que me abofeteara lo suficiente y me pusiera en marcha de nuevo. Mi voluntad había dejado de ejercer su autoridad en mí.

* * *

Aquella mañana en el parque me entretuve más de la cuenta leyendo el periódico y ojeando una revista que había comprado esa mañana. Estábamos en época de exámenes y la mayoría de los chavales aprovechaban los intervalos entre clases, e incluso algunas de ellas, para estudiar en la biblioteca, por lo que los parques estaban más vacíos.

Se acercaban las fiestas navideñas y todo eran anuncios de paz, felicidad, amor, y consumo, mucho consumo. Las noticias se asemejaban a los de otros días: la campaña política del momento, la famosa que nos presentaba su receta para el día de Nochebuena, otra chica desaparecida...

Llevábamos ya casi media docena de chicas que no habían vuelto a casa desde que había empezado el curso. Habían publicado, tanto en prensa, radio y televisión, varios comunicados para que las jóvenes no regresaran a su casa solas una vez hubiese anochecido y, no me había

fijado, pero suponía que sería más frecuente ver grupos de chavales que muchachitas sin compañía caminando por la calle.

No llegué al final de la prensa, no levantaba el día y la lechosa luminosidad de la niebla hizo que un escalofrío recorriera toda mi espalda. Me enfundé de nuevo los guantes, me arreglé la bufanda y encaminé mis pasos de nuevo a casa. Me apetecía comer temprano para poder amodorrarme un ratito en el sillón que tengo delante de la chimenea y esperar a Leo. A lo mejor hasta encendía la chimenea...

Capítulo 5

*She cries alone at night too of ten
He smokes and drinks and
don't come home at all
Only women bleed*

Ella llora demasiado a menudo sola de noche
Él fuma y bebe y no vuelve a casa
Solo las mujeres sangran
«Only women bleed», Alice Cooper.

El ambiente estaba caldeado cuando llegó mi amiga. La temperatura era agradable y apetecía tomar un té delante de las brasas, rescoldos del fuego que había encendido antes de mi siesta.

Me despertó y a mi lado vi que había acomodado una mesita con las dos tazas, la tetera, unos platos y un pequeño pastel que había encontrado preparado en la cocina. Recordé que unos días atrás me dijo que iba a ser su cumpleaños y le había comprado una minúscula tartita en la que había puesto una vela en representación de la edad que tenía, ya que no sabía exactamente cuántos años cumplía.

Se sentó en el otro sillón a mi lado, mirándome a los ojos con una expresión emocionada y sin decir una palabra. Una lágrima le recorría la mejilla y otra estaba a punto de saltar para seguir el mismo camino que la anterior.

—Te has acordado —me dijo con la voz entrecortada—. Muchas gracias, Berta.

—Humm, es tu cumpleaños, ¿no? —le espeté con mi inconfundible y malencarado carácter adquirido recientemente—. Pues ya está, no tienes nada que agradecerme. Sopla la vela y pide un deseo, que estoy deseando probar ese pastel. Y no me digas que no puedo comer grasas, que pienso hacerlo aunque me lo niegue en pleno todo el cuadro médico de la planta de cardiología.

Leo sonrió de oreja a oreja, aguantando a duras penas los pucheros, fue a la cocina a por un encendedor y, una vez hubo prendido la mecha, se quedó mirando muy fijamente la llama, pensando un deseo, imaginé yo. Pasados unos segundos, cerró fuertemente los ojos y sopló con todas sus fuerzas, con demasiada vehemencia ya que la vela era pequeña y el pastel corría el riesgo de quedar sin la capa de nata que lo cubría.

Lo cortó por la mitad, puso cada trozo en un plato y me dio el mío. Lo comimos en silencio, saboreando, por mi parte, cada miga del mismo. Cuando acabé la miré, y aprecié un mutismo inusual en ella.

—Leo, ¿te sucede algo? —pregunté.

—Llevo años pidiendo el mismo deseo y no creo que esta vez se vaya a cumplir tampoco — me contestó ella, aguantando un suspiro.

—Ven aquí Leo, acércate y cuéntame qué es eso tan tremendo que te preocupa.

Ella se levantó, pero en lugar de acercarse al sillón a mi lado, vino hacia donde yo estaba, se arrodilló delante de mí y cayó de rodillas en el suelo con la cabeza en mi regazo, esta vez ya sin poder reprimir el llanto. Entre sollozos y gimoteos que hacían en algunos puntos difícil entender su relato, me explicó su penosa vida con Carlos, su marido.

Se casó muy joven y enamorada. Creía que era el único y mejor hombre del mundo. Poco después de la boda empezó a llevarla a su terreno, apartándola de los demás y haciéndole creer que si sentía por él tanto amor, ese aislamiento era lo más deseable.

Ella, que había sido educada en la idea de que la mayor felicidad posible consistía en ser conquistada por tu príncipe azul, como si en vez de un ser humano fueses un territorio, se dejó llevar, drogada por una falsa sensación que la hizo sentir única.

Él, que siempre había sido un tipo mediocre e inseguro, aunque presumía ante los demás de tenerlos bien puestos, la trató como si formara parte de sus propiedades y procuró desde entonces, y poco a poco, que nada ni nadie se la arrebatará. Cualquier gesto de un tercero, por pequeño que fuera, lo interpretaba como una ofensiva y reaccionaba como si fuera uno de aquellos caballeros románticos que lo resolvía todo en un duelo. El honor solo se podía restaurar si ella claudicaba, por las buenas o por las malas, con látigo o sin él. En el mejor de los casos ella sobrevivía y él sentía como sus gónadas masculinas se elevan a la enésima potencia.

Carlos empezó a dejar de tener vida propia más allá de su hogar, si es que a lo que había formado se le podía llamar hogar. Cualquier colega, vecino, amigo, o simplemente conocido, le parecía más triunfador y seguro que él mismo. Siempre andaba comparándose con ellos en silencio y cada mañana, ante el espejo, huía del rostro día a día más amargado que reflejaba su condición más íntima.

Como eran tan pocos los triunfos de los que Carlos podía vanagloriarse, empezó a alzar la voz, a desconfiar hasta de su sombra y a marcar con fuego un cerco para proteger sus posesiones. Como un lobo. Y su marido llegó a ser tan iluso, que pensó que todo lo que él no podía ser, era posible suplirlo dominándola. De este modo, aunque seguía siendo muy pequeño, gracias a ella, a la que acabó convirtiendo en un apéndice sin voz, se creía enorme. Ese sería el espejo en el que empezó a mirarse un día sí y otro también.

Leo, mientras tanto, fue cerrando ventanas, bloqueando contactos que a él no le gustaban «seguro que te los follas a todos», le dijo en más de una ocasión él en sus arrebatos de celos, aislándose de las amigas que siempre estuvieron a su lado, desoyendo las voces cercanas de las poquitas personas que se dieron cuenta y quisieron abrirle los ojos. Hizo una y mil veces las maletas, a veces solo con la imaginación, mientras lloraba encerrada en el baño después de una de las broncas tan habituales, pero volvía a deshacerlas, una y mil veces también. Como si en ese juego de Penélope entretuviera el tiempo. «Ya cambiará, no es malo, el problema es que se pone muy nervioso, cuando bebe no es él, necesita tratamiento».

Ella creía que Carlos, su verdugo, era un enfermo y que una receta lo sanaría. Él pensaba que ella estaba loca de amor, o sea, enferma, y que solo sus guantazos, tanto psíquicos primero, como físicos a la larga, la mantendrían viva.

«Él nunca me ha puesto la mano encima», lo justificaba en un principio. El amor que por él sentía hacía que ella convirtiera los insultos en caricias y los gritos en una equivocación merecedora de perdón y enmienda, mientras se iba tornando una silenciosa criatura, como uno de esos insectos que siempre van esquivando a los humanos por temor a ser sacudidos de un manotazo.

Mientras Carlos cada día se creía más machito, exhibiendo su gloria subido en una moto que le hacía sentir más tío, Leo cada día tenía los ojos más tristes, el cuerpo más delgado, la piel con más sombras. No se veía en su rostro ningún moratón —«él nunca me ha puesto la mano encima»— pero bajo la camiseta escondía las heridas que no se ven. Las que iban tirando de ella hacia abajo, haciéndola cada día más menuda, mientras él entraba en el bar con la sonrisa propia de un anuncio de desodorante de macho.

Las miradas de envidia de los vecinos y de deseo de las vecinas le hacían sentirse como un pavo real, pero no soportaba que ninguna de ellas se acercara a Leo pues ella no debía relacionarse con nadie para que él pudiera seguir teniendo ese dominio y, por consiguiente, esa categoría de la que en realidad carecía por completo.

Leo, que poco a poco dejó de vestirse y pintarse para resultar guapa y femenina, seguía creyendo que vivía un cuento de hadas con altibajos. Se sentía incluso culpable, rezaba cada día para resistir el mal trago y lloraba enamorada cuando él volvía a regalarle flores después de haberle dado una paliza por tener conectado el *wifi*. «Quien quiera hablar contigo que llame a mi teléfono».

Leo siguió siendo el ama de casa perfecta, viviendo estos momentos como si fueran el precio que tenía que pagar para que Carlos se mostrara cariñoso con ella. «Él no bebe, solo una cerveza de vez en cuando. Cuando está estresado o le ha ido mal en el trabajo».

Su familia dejó de intentar mediar y se fue alejando de la situación en un alarde de egoísmo impresionante. O quizás fue impotencia. Leo no lo sabía. Y no fue hasta que conoció a Berta que había empezado a temer, de una manera imperiosa, que Carlos se enterara de su amistad y cortara también de raíz esa ilusión. Vivía en un estado de ansiedad constante.

Cuando acabó de hablar mirando hipnotizada el fuego, cuyas brasas empezaban a apagarse, no supe qué decir. La angustia me oprimía el pecho y sentí la necesidad de abrazar a aquella personita indefensa en lo que se había convertido mi amiga incluso antes de que la hubiese conocido. Nos fundimos en el abrazo más intenso que yo recordara haber dado en mucho tiempo.

Pero mis muestras de cariño no podían arreglar esa situación. Era un maldito marrón que había que atacar de raíz con otros medios. Si arrancaba a Leo de su casa y dejaba el problema dentro, se infectaría igual que un grano de pus. Había que hacerlo bien, desde fuera y con inteligencia. Y para eso, ella tenía que estar decidida.

—Leo, tienes que dejarme que te ayude —le dije apartándola de mi pecho y agarrándola de los hombros para que me mirara—. Para eso, en este momento debes irte a casa y seguir con tu vida como hasta ahora. Déjame informarme, conozco a alguien que nos puede ayudar. Tengo una amiga que trabaja en la Ciudad Judicial, en la planta de violencia de género y voy a ir a que me diga qué tenemos que hacer.

* * *

Clara Bélmez, una amiga de hacía muchos años que había ido conmigo al colegio, seguro que podría darme algunas directrices de la manera de proceder. Una de esas personas que, aunque haga mucho tiempo que no os hayáis visto, cuando retomáis el contacto parece que hiciera dos días que hubieseis estado juntas.

Cuando Leo se fue, la llamé y después de saludarnos con cariño y ponernos al día, un poco por encima, de nuestras vidas en este tiempo en el que no nos habíamos visto, quedamos para comer al día siguiente al lado de los juzgados.

Me fui a la cama con un pellizco en el corazón que no tenía nada que ver con mi enfermedad ni mi convalecencia.

Capítulo 6

*Winter, spring, summer, or fall,
all you have to do is call
and I'll be there, yeah, yeah, yeah.
You've got a friend.*

Invierno, primavera, verano, u otoño,
todo lo que tienes que hacer es llamar
y estaré ahí, sí, sí, sí. Tienes un amigo.
«You've got a friend», James Taylor.

Llegué a los juzgados media hora antes de lo que habíamos quedado y aproveché para dar una vuelta por aquel barrio que hacía tanto tiempo que no visitaba. Le mandé un mensaje a Clara y llegué hasta la biblioteca para hacer tiempo. Quise entrar, pero a aquellas horas estaba cerrada. Por lo visto no ampliaban el horario en la época en que estábamos aunque los alumnos estudiaran para los exámenes.

Me adentré en los jardines pero no encontré la paz que estaba buscando debido al tráfico intenso que reinaba a aquellas horas. A pesar del día soleado, me arrebujé en el abrigo y me levanté las solapas. La noche de escaso sueño, lleno de pesadillas y sobresaltos me estaba pasando factura. Estaba destemplada.

Mientras paseaba me vinieron a la mente pasajes de mi infancia en la que Clara tomaba protagonismo. Provenía de una familia numerosa donde el amor, el respeto y el cariño reinaban por doquier. Cuando los visitaba me encontraba en tal estado de paz y felicidad que innumerables veces deseaba formar parte de aquella hermandad perfecta. Nos sorprendió a todos que antes de acabar sus estudios decidiera marcharse a Argentina. Nadie entendió qué bicho le había picado para que, a dos asignaturas de la carrera, decidiera coger un avión y con lo puesto y poco más, quedarse a vivir más de cinco años al otro lado del charco. Y lo que era aún más extraño, que poco a poco fuera cortando y distanciando la comunicación con sus seres queridos.

Fue su padre el que, alarmado y con la mosca detrás de la oreja después de una llamada que clamaba auxilio por todos los poros, cogiera el siguiente vuelo y fuese a rescatar a su hija de las manos de un desalmado maltratador que la tenía subyugada por completo.

Dos años le costó a Clara rehacer su vida y reestructurar su mente, así que lo primero que hizo, cuando se vio capacitada de nuevo, fue acabar las dos asignaturas pendientes e, inmediatamente después, preparar unas oposiciones para entrar en la Generalitat y solicitar un puesto en violencia de género. Nadie mejor que ella podía reconocer los síntomas de una mujer maltratada y, por otro lado, su trabajo le sirvió de catarsis.

Sin embargo, la primera imagen que me venía cuando pensaba en Clara era esa niña alegre, dispuesta a seguirme en todas mis ocurrencias hiperactivas, con la mirada inocente de los niños cuyos padres les han evitado siempre los reveses de la vida en lo posible de sus facultades. Ella se limitaba a sonreír ante cualquier idea que yo hubiese pergeñado sin encontrar jamás la maldad en ningún acto.

Fue una amiga perfecta en aquella época. Yo era una niña de una sola amistad, pero sincera. El resto eran compañeras de curso, con mayor o menor contacto y a las que fui apreciando según transcurrieron los años y conquistamos la adolescencia. Pero antes, cuando Clara y yo no teníamos las hormonas revolucionadas, cuando los problemas de la vida eran cosa de los mayores y cuando los lazos entre dos amigas eran más fuertes que las cadenas, fuimos las hermanas más inseparables que la diferencia de sangre pudiera permitir.

Hace mucho tiempo que nuestros caminos se habían separado, pero ese lazo invisible, como un cordón umbilical, seguía existiendo de una manera inconsciente, propiciando que cualquier encuentro nos mostrara el amor vivido como algo reminiscente.

* * *

Seguí paseando hacia el interior de los Jardins de l'Arboleda por la avenida rodeada de árboles centenarios y de otras especies más exóticas. Presentes en la trama urbana desde finales del siglo XIX, son un elemento esencial, plenamente integrado en el planeamiento urbanístico de la ciudad. Y en aquella zona se juntan varios parques y jardines muy cuidados.

Justo en el momento en que, mirando mi reloj de pulsera iba a dar media vuelta, escuché a mi espalda como alguien me llamaba.

—¡Berta!

Me volví y allí estaba ella. No la había visto desde antes de mi accidente. No le había dicho nada porque no quise que me viera en aquel estado. Curiosamente, la depresión hace que te apartes de la gente a la que más quieres y solo cuando empiezas a salir a flote, sientes que es el momento de volverles a abrir la puerta.

Clara Bélmez estaba tan estupenda como siempre. No era muy alta y le sobraban unos kilitos, pero los llevaba con una gracia increíble. Con sus ojos claros y su pelo largo y moreno, siempre había sabido encontrar la ropa y el maquillaje que le favorecían y sacaban el mejor partido a su persona. Pero lo que verdaderamente la hacía especial era su carácter. Optimista y siempre alegre, transmitía buen humor y confianza al mismo tiempo.

Nos abrazamos con una intensidad tan apasionada que aquel gesto fundió en unos instantes

años de separación y con tan solo una mirada nos relatamos parte de todas nuestras vivencias el tiempo en que estuvimos ausentes la una de la otra.

—Vamos, buscaremos un sitio tranquilo para comer, a salvo de miradas y oídos indiscretos.

Era un juego entre nosotras, una frase que nos remontaba a la adolescencia en la que todo eran confidencias y secretos lejos del alcance de los mayores. Ella descansaba de la mirada constante de madre y hermanas y yo, simplemente, vivía la intriga de la aventura que suponía escondernos para contarnos nuestras intimidades. Estas pasaron de hechos inocentes como el haber encontrado un escondite perfecto para sus lápices, a haberle «tomado prestado» el lápiz de labios a su hermana mayor. Más adelante esas confidencias estaban plagadas de chicos que nos gustaban, que la mayoría de veces no nos hacían caso, seguramente debido a que no nos atrevíamos a mirarlos siquiera, acabando por confiarnos nuestro primer beso y nuestra primera relación íntima con el que fuera nuestro primer amor.

También sufrimos juntas aquellos primeros e insalvables desengaños en el que el mundo se nos venía abajo y queríamos morirnos pues el hombre de nuestra vida nos había dejado y no creíamos poder volver a amar nunca jamás. Es la adolescencia una época de adjetivos superlativos y adverbios radicales en los que las opciones son «siempre o nunca», «todo o nada», y no existe el «probablemente», «quizás o a lo mejor». Nuestro lenguaje era vehemente, totalmente desmesurado.

Encontramos un restaurante de comida casera cerca de su trabajo, al que tenía que volver después de la comida. Aunque Clara me iba a dedicar el tiempo que necesitara, yo sabía que tenía que cumplir unos horarios y estos venían delimitados por el fichado a la entrada y a la salida de los juzgados. No quería entretenerla más tiempo del necesario, aún así, comimos con tranquilidad y sin tocar hasta los postres, el tema que me había traído allí.

Una vez tuvimos delante un trozo apetitoso de tarta de la casa y un café intenso y humeante, empecé a relatarle a mi amiga la historia desde el principio.

La atención de Clara en lo que le estaba contando era exclusiva, parando tan solo de vez en cuando a hacer alguna pregunta precisa. Pero una vez se la respondía, me pedía que continuara sin volver a interrumpirme, haciéndose una idea de la gravedad del problema que le traía.

Cuando acabé de relatarle el caso de Leo se quedó un rato en silencio, calibrando el alcance de las presuntas lesiones y desarrollando un plan de ayuda que nos permitiera conseguirlo sin males mayores. Había que echarle una mano a Leo sin que Carlos utilizara su influencia para impedirlo.

Al final se decidió a hablar:

—Sería conveniente que tu amiga viniera aquí. Hablaré con mis compañeros de Atención a la víctima y le tomaremos declaración. Son expertos y tanto ellos como yo estaremos presentes para evaluar su estado y la estrategia a seguir.

Tengo que verla para sopesar la gravedad del asunto.

—Clara, conozco a Leo, me va a costar convencerla aunque ayer me dijera que sí. Si entrara con ella, quizás...

—Si ella se siente más segura de esa manera, dile que sí. Aunque hemos de intentar que hable solo con nosotros. Ya es bastante difícil que la víctima confiese por todo lo que ha pasado debido a la vergüenza que muchas de las afrentas le producen. Cuanta más gente haya, es peor, y más si se arrepiente de haber venido.

—Yo se lo voy a explicar tal y como tú me lo has dicho. En cuanto me responda, te digo algo.
—Vamos tirando, que he de volver al trabajo —dijo Clara. Y salimos a la calle.

* * *

Una vez fuera del restaurante, Clara me cogió del brazo, y acercando su cuerpo al mío de esa manera que solo dos amigas de toda la vida pueden apreciar, me dijo:

—Mientras vamos andando, quiero que me cuentes todo lo que te ha pasado estos meses.

Y así, relatándole la historia de mi accidente y mis meses de depresión y abandono, fuimos desandando el camino hasta llegar a los juzgados, franqueamos la barrera, subimos en ascensor hasta la cuarta planta y entramos en su departamento justo cuando me estaba preguntando:

—¿Y en estos momentos qué tal te encuentras?

—Te diré que esta de hoy es la salida más larga que he hecho en meses, no solo en distancia, sino también en tiempo. Desde antes del accidente no pasaba un encuentro tan entretenido como el que he tenido contigo, sin pensar en nada. Creo que en breve veré la luz al final del túnel.

—La amistad de Leo te ha sentado bien, y su problema te ha hecho reaccionar. Y te diré más: creo que has empezado a ser de nuevo tú misma —añadió con una sonrisa picara que no entendí.

—¿Por qué lo dices? —pregunté curiosa.

Clara me miró a los ojos y el gesto de su boca se tornó una enorme sonrisa de oreja a oreja.

—Porque le has mirado el culo al juez cuando hemos salido del ascensor.

* * *

Aquella tarde esperé a Leo con más ansiedad de la acostumbrada. Estaba contenta y nerviosa por explicarle todo lo que me había dicho Clara e intentar conseguir que se decidiera y se dejara ayudar.

Leo apareció más taciturna que nunca, pero no lo aprecié porque fue entrar por la puerta y lanzarme hacia ella. La cogí de las manos y la senté a mi lado en el sofá. Le relaté todo lo que me había dicho mi amiga y le expliqué que era la única solución a lo que le estaba sucediendo. Parloteé y hablé por los codos, incluso fui yo la que, sin darme cuenta me dirigí a la cocina y preparé el té. Se lo puse en las manos y seguí hablando entusiasmada de lo que íbamos a hacer.

Leo hablaba poco. Realmente casi no abrió la boca en toda la tarde que se me pasó como un suspiro. Estaba muy seria, como sopesando la situación.

La acompañé a la puerta y al despedirme de ella le pregunté:

—¿A qué hora se va tu marido a trabajar?

—Depende del día, pero a las nueve siempre ha salido de casa.

Le cogí de las manos y, con mi mirada en sus ojos le dije:

—Te espero mañana en mi casa a partir de las nueve.

Leo asintió, se dio la vuelta y cuando franqueó la portilla de mi casa, cerré la puerta.

Pero al día siguiente Leo no se presentó.

Al día siguiente Leo desapareció.

Capítulo 7

*Remember what I said
I'm not waiting on a lady
I'm just waiting on a friend
I'm just waiting on a friend*

Recuerda lo que digo
no estoy esperando una dama
solo estoy esperando a una amiga
solo esperando una amiga
«Waiting on a friend», The Rolling Stones.

La estuve esperando toda la mañana y no dio señales de vida. No me atrevía a llamarla por teléfono por si Carlos estaba en casa, quién sabe, quizás había caído enfermo y no había ido a trabajar. Decidí que esperaría a la tarde, a la hora que ella solía llegar cada día y además, avisé a Clara de lo que estaba pasando para que no nos esperara.

—Berta, no te hagas ilusiones antes de tiempo. Muchas veces se arrepienten, muchas más de las que te imaginas. Yo diría que en un porcentaje muy elevado.

—No Clara, estoy convencida de que ella estaba decidida. Solo espero que su marido no le haya pegado de nuevo y esté recluida en casa sin poder salir. —Al expresar en palabras mis temores, un escalofrío me recorrió la espalda de arriba abajo.

—Relájate, Berta. Entretente con algo, espera un poco y llámame si hay alguna novedad, a la hora que sea.

—Gracias, cielo. —Corté la comunicación y me dirigí al salón. Me acerqué al equipo de música que, junto con la colección de discos y CDs, ocupaba una pared entera del mismo. En la de enfrente, una televisión enorme estaba incrustada entre estanterías repletas de DVDs, aunque lo del cine era cosa de Eloy, mi pequeño gran apasionado por la gran pantalla.

La música era una de mis pasiones. La otra era la lectura, y tenía una inmensa biblioteca en la buhardilla, cuyas paredes estaban forradas por estanterías con libros de todas las épocas, algunos incluso primeras ediciones que habían pertenecido a mi abuelo, quien me había inculcado el amor por el arte.

Me quedé mirando el polvo que se acumulaba sobre la tapa del tocadiscos. Hacía muchos meses que no lo usaba y la asistente no había sido muy eficiente durante ese tiempo. Me iba a oír cuando viniera el próximo día, humm.

Le pasé el trapo con el cuidado necesario y busqué entre los álbumes alguno que me apeteciera en aquellos momentos. *Face value* de Phil Collins me saltó encima enarbolando la banderita de «ponme a mí». En cuanto oí los primeros acordes de «*In the air tonight*» me di cuenta de cuánto había echado de menos mi música estos meses y lo cerca que había estado de sucumbir a la depresión más profunda existente. Antes de acabar la canción con aquella genialidad de la batería de Phil Collins, ya estaba más tranquila.

Al empezar «*This must be love*» me acerqué al mueble bar y al no poder elegir entre muchas opciones debido a mi convalecencia y la medicación, me puse una tónica con hielo y limón. A la noche, si todo había acabado bien, me permitiría un dedito de *whisky* de Malta. Tenía una botella de Lagavulin de 16 años guardada, esperando una ocasión que nunca llegaba y el estado casi intacto de la misma confirmó que mi vida últimamente había sido una sucesión de días sin importancia alguna.

Me senté y seguí escuchando canción tras canción hasta desgranar por completo el álbum, sentada en mi sillón favorito que estaba emplazado en el lugar justo para que la acústica fuera la idónea, con el vaso en la mano, los ojos cerrados y la mente en blanco. No me permití empezar a cavilar hasta que se acabó la cara A y me levanté a cambiarla. Fue justo en ese momento en el que ya tenía la mente preparada para contrastar acontecimientos, barajar posibilidades y trazar planes factibles.

Por más vueltas que le daba a la cabeza no podía dar con la respuesta a lo que le había sucedido a Leo. Una cosa es que no acudiera a nuestra cita y otra más inquietante es que ni viniera por la tarde como siempre hacía ni me hubiera enviado una nota o un mensaje anulándola, al menos para que no me preocupara. Leo no era así, jamás me hubiera dejado con el desasosiego sin una explicación.

Habiendo oscurecido sin que me hubiese dado cuenta y levantándome exclusivamente para cambiar disco tras disco, cara tras cara, fueron cayendo *Daylight again* de Crosby, Stills & Nash y a mitad de *The turn of a friendly card* de Alan Parsons Project, llamaron a la puerta.

Salí disparada con el corazón en un puño esperando que fuera Leo aún sabiendo que ni eran horas ni le hacía falta llamar al timbre ya que tenía su propia llave, que siempre usaba.

Era Clara, que estaba también preocupada por lo que le hubiera podido pasar a Leo. Esperé a que se quitara el abrigo, la bufanda y los guantes, le ofrecí una bebida y nos sentamos a barajar posibilidades, descartar malentendidos si los hubiese habido y elucubrar básicamente lo que hacer ya que no teníamos nada conciso a lo que agarrarnos.

Debíamos enterarnos de primera mano, y todos los caminos acababan en visitar la casa vecina y preguntar por Leo. Pero no debíamos enfrentarnos a Carlos sin una excusa que no la perjudicara en el caso de que se encontrara dentro.

—¿Y no sería conveniente que denunciáramos su desaparición? —pregunté a Clara mientras le servía la copa y se la llevaba al sofá.

—La policía no hará nada si no tiene pruebas o, al menos, indicios de que le haya pasado algo.

Cogió el vaso de mi mano y le dio un trago con la mirada distraída y la mente bullendo de

ideas.

—Pues no vamos a tener más remedio que averiguar nosotras qué ha podido suceder.

—Puede que su marido esté enfermo y no le sea posible abandonar el domicilio.

—No, no, no —negué categóricamente—, habría buscado algún momento para hacer una llamada o enviarme un mensaje, aunque fuese a escondidas. Leo no me dejaría con la angustia de no saber qué le ha pasado.

—A lo mejor es ella la que está enferma. —Y diciendo esto, las dos guardamos silencio imaginando que ese «enferma» podría significar una paliza de Carlos llevada hasta el extremo de tener que guardar cama.

—Tenemos que hacer algo, Clara. —La angustia no me dejaba ni respirar—. No puedo seguir con este desasosiego y más pensando que tiene que haber sucedido algo, a la fuerza.

Clara se levantó y dio una vuelta por la sala. Siendo yo la más activa y nerviosa de las dos, ver el estado de ánimo de mi amiga me desató el pulso aún más de lo que estaba. La seguí con la mirada hasta que se paró, se giró y mirándome dijo:

—Mañana cuando te levantes observas el movimiento de la casa vecina.

—Carlos se va sobre las nueve de la mañana.

—Bien —contestó mientras organizaba sobre la marcha—, esperas hasta pasada esa hora y te acercas. Llamas al timbre. Una sola vez, por si acaso. Busca una excusa por si Carlos no se hubiese ido aún y te abre él. Dile que se te ha ido la luz y que si a ellos también, para saber si es avería tuya o general, o cualquier cosa por el estilo.

—Buena idea —aplaudí—. ¿Y qué hago si eso sucede y no puedo hablar con ella?

—No sé —dudó Clara—. Supongo que nada más. Volverte a casa y esperarame. Daremos el siguiente paso después del primero. Mañana trabajo, pero luego tengo tres días de fiesta y urdiremos un plan dependiendo de lo que te encuentres con tu visita.

De repente sentí una premura imperiosa como si lo que sucediera dependiera de nosotras y el tiempo jugara en nuestra contra.

—Deberíamos hacer algo ya. —La angustia me atenazaba la garganta.

—No sufras, Berta —me tranquilizó Clara—. Debemos dejar pasar esta noche para dar tiempo a Leo a que se comunique con nosotras. No son horas de molestar en casa de nadie y, si en realidad es tan solo una eventualidad, quedaremos muy mal y tu relación con ella corre peligro si está Carlos en casa.

—Sí, es verdad —concedí—. Podemos meter a Leo en un lío e incluso propiciar otra discusión entre ellos. No debemos hacer nada hasta mañana.

De repente se me ocurrió una idea.

—Clara, ¿por qué no te vienes estos tres días que tienes de fiesta a casa y juntas averiguamos qué está pasando?

—¿Y me traigo las agujas de hacer punto?

Me la quedé mirando estupefacta sin entender a qué se estaba refiriendo.

—Claro —continuó ante mi estupor—, es lo que nos falta para parecemos a dos señoritas Marple de pacotilla.

Estallamos las dos en una carcajada y, por primera vez aquel día, sentí que el nudo que me oprimía el pecho se soltaba un poco. Decididamente, Clara me hacía mucho bien.

Acabamos la velada al mismo tiempo que nuestras copas y aunque la aguja hacía tiempo que

había llegado al final del disco, seguimos charlando un rato más, esta vez recordando anécdotas de nuestro pasado e intentando sosegar la inquietud que, inevitablemente se había alojado dentro de nosotras.

Despedí a Clara en la puerta con un hasta mañana y, guiñándole un ojo, con un saludo especial para el juez.

Capítulo 8

*And what have you got at the end of the day?
what have you got to take away?
a hottle of whisky and a set of lies
blinds on the window and
a pain behind the eyes*

¿Qué has logrado al final del día?
¿qué has conseguido llevarte?
una botella de *whiskey*
y un nuevo montón de mentiras
persianas en la ventana
y un dolor detrás de los ojos
«Private investigations», Dire Straits.

El día amaneció frío. Me costó sacar los pies de la cama, pero me obligué a ponerme en marcha ya que tenía mucho que hacer aquella mañana. Una ducha rápida precedió a la elección de una ropa cómoda y cálida. No me entretuve con el café, ni salí siquiera a la calle a hacer mi habitual ronda para visitar la tienda de mis hijos ni comprar el diario.

Pasadas las nueve de la mañana, abrí y cerré en varias ocasiones la puerta de mi casa decidida a salir y traspasar la valla para acercarme a la vivienda vecina y averiguar qué le había pasado a Leo, pero me volvía a meter otra vez dentro, angustiada por la posibilidad de que Carlos estuviera aún allí o, peor aún, que fuese él quien me abriese la puerta.

Paseaba entonces nerviosa por el recibidor, entraba en la cocina, me hacía un té, un café, picaba cualquier galleta, en fin, todas esas tonterías que solemos hacer buscando una excusa que supla nuestra falta de osadía.

Rondando el mediodía me armé de valor y me dije que no podía esperar más. Abrochándome el anorak hasta la barbilla e infundiéndome un valor del que carecía, franqueé la puerta de mi casa y la cerré tras de mí. A aquellas horas el sol había fundido la escarcha de la madrugada pero la humedad hacía que, el que en el Telenoticias de aquella mañana habían catalogado como el día más frío del año, fuese tan helado que el frío se te calara como pequeñas agujas por todo el

cuerpo. La sensación térmica era de bajo cero. La tierra crujía bajo mis botas dando una sensación de fragilidad al jardín que parecía que fuera de cristal.

La cancela no estaba cerrada con llave y la abrí sin dificultad. Llamé a la puerta y me quedé esperando, temblando de frío y de miedo. Me llevé las manos a la boca y soplé en ellas para que no se congelaran, provocando una nube de vaho alrededor de mi cara.

No hubo respuesta. Volví a llamar al timbre y obtuve idéntico resultado. Una tercera vez. Esperé un tiempo prudencial pensando cuál iba a ser mi siguiente paso, totalmente descolocada porque no me esperaba que la casa de Leo fuese a estar vacía.

Desanduve mis pasos y volví a entrar en mi casa. Me quité el anorak y lo colgué en la entrada sin poderme sacar de encima esa desazón que se había creado dentro de mí. No sabía qué hacer, si desistir y esperar a que llegara Clara, o volver a probar suerte en unos minutos. Aproveché para hacer la comida porque la cocina siempre me ha permitido pensar mientras trabajo en alguna receta, siempre que no necesite de mi creatividad en exclusiva. Pero como mi abanico de menús últimamente no era precisamente muy creativo, para hacerme una pechuga a la plancha con algo de verduras no necesitaba la tan famosa materia gris. Así que me dispuse a chamuscar un trozo de pollo mientras decidía el siguiente paso a dar.

Media hora más tarde me había vuelto a plantar delante de la puerta a probar suerte de nuevo, con el mismo resultado de antes. En casa de Leo no había nadie. O eso, o estaban todos dentro muy calladitos, cosa que descarté de inmediato.

Me acerqué a la puerta a ver si me llegaba el más ligero sonido y nada. No me atreví a escuchar más descaradamente pegando el oído por si alguien pasaba por allí en ese momento y me descubría espiando, así que empecé a rodear la fachada de la casa para tratar de encontrar una puerta o ventana desde la que poder otear el interior.

Arrimada a la pared de piedra fui siguiendo el muro hasta llegar al final y, mirando a los lados para confirmar que nadie me veía, doblé la esquina, con el corazón palpitándome en la garganta. Ya estaba en el jardín posterior. Agarré el picaporte de la puerta trasera, pero este no se movió. Estaba trabado y cerrado con llave. A continuación, revisé la ventana que daba al patio trasero. Tenía la persiana echada. De todos modos hubiera sido imposible ya que todos los huecos de esa pared de la parte de atrás de la vivienda tenían rejas.

Miré hacia arriba y divisé una ventana, algo más pequeña a la altura de la primera planta. Miré al lado y vi una enredadera bajo la cual se disimulaba el canalón de desagüe del tejado. Esta subía por la escuadra que formaba el cerramiento de aluminio y cristal con el que habían cubierto aquella parte de la terraza que avanzaba internándose en el jardín. Si apoyaba el pie en las losas que cubrían la parte de abajo de la pared a modo de zócalo de piedra, quizás alcanzara de alguna manera la repisa. Pero tendría que escalar por el tejadillo que separaba las dos plantas antes de poder encaramarme al hueco.

Antes del accidente no hubiera dudado ni un segundo de mi habilidad para conseguirlo, pero había pasado una operación y los meses de convalecencia, por lo que mi capacidad física estaba bastante mermada.

Me concedí unos minutos antes de decidirme. Apoyé mi espalda en la pared e intenté reducir el estrés que me oprimía el pecho. Las pulsaciones llevaban un ritmo desde hacía un rato disparadas por encima de lo conveniente. Mientras practicaba ejercicios de relajación y entre aspiración e inspiración acompañadas, observé el cuidado jardín de mi amiga. Aquella parte, en

esa época del año, no tenía plantas, y las jardineras estaban vacías preparadas para la plantación de primavera, pero el camino de césped que separaba la terraza cubierta con el murete de piedra estaba cuidado hasta el extremo. Ni una hierba estaba más alta que la otra. Leo le dedicaba muchas horas, imagino que trabajar en el jardín, al aire libre, era una de sus vías de escape. A mitad del muro de piedra había un hueco donde habían colocado dos maderas a modo de banco y con la valla natural que formaban los calocedros y los cipreses, ese rinconcito me pareció un lujo para poder leer o disfrutar de un rato de ocio sin hacer absolutamente nada.

Era incongruente que aquel paraíso albergara a alguien tan retorcido como Carlos y, sobre todo, que este pudiera mantenerlo con el sueldo de un trabajador sin cualificación. Leo me había dicho en alguna ocasión que trabajaba en una fábrica de embutidos, pero no me dio a entender que tuviera un alto cargo. Sin embargo, una casa como esa debería tener muchos gastos. No sé. Pensaría en ello más tarde.

¡Bien, ahora o nunca! Me agarré a la tubería, puse un pie lo más alto que pude y cogiendo impulso empecé a subir. Me resultó más fácil de lo que me imaginaba y la adrenalina suplió con creces la baja forma física. Reviví mis buenos tiempos en el Grupo Especial de Actividades Subacuáticas cuando no había barrera que me detuviera y la euforia me ayudó a alcanzar el alféizar de la ventana que resultó ser la del lavabo. Tenía un palmo largo de persiana abierto y un centímetro de abertura en la ventana, del mismo modo que dejo yo la de mi buhardilla cuando me voy unos días, para que ventile y al regresar no huela a humedad.

Encaramada al voladizo, metí los dedos por la rendija y deslicé la hoja sin dificultad abriendo un hueco suficientemente ancho para colar mi menudo cuerpo por él. Una vez dentro del lavabo, la idea que me había impulsado a entrar no me pareció tan buena. Un temblor se apoderó de mi cuerpo y por un momento el pánico dominó mi voluntad. Quería, y al mismo tiempo no me atrevía, a huir de allí.

Al girarme me sobresalté cuando vi que me habían descubierto, sin entender que era mi imagen en el espejo hasta pasados unos segundos. Ahogué un grito. El corazón galopaba dentro de mi pecho y decidí que era el momento de apaciguarme. Aunque jamás imaginé que sería capaz de hacer algo así, había tomado una decisión y ya estaba dentro. Ahora tenía que intentar no malgastar el tiempo ni la oportunidad.

Abrí la puerta que daba con... miré a través de la ranura y vi que era el pasillo que comunicaba con unas cuantas puertas que, intuí, debían ser las habitaciones. Como en la mayoría de los hogares, a excepción de la puerta de los lavabos y cuartos de baño, el resto las dejamos abiertas y con las persianas echadas cuando salimos de viaje. No lo estaban. Eso fue el indicio que me llevó a confirmar que Leo y Carlos se habían ido precipitadamente. Y eso, precisamente, fue lo que más me preocupó.

Ya con la convicción de que nadie me iba a pillar dentro, di una vuelta por la planta para ubicarme. No llevaba linterna, así que utilicé la del iPhone. Tenía que encontrar alguna pista que me mostrara la razón de tan atropellada huida.

Solo encontré dos indicios de su huida en mi registro por armarios y cajones. Uno es que no se habían llevado nada ni de ropa ni enseres, y las maletas estaban allí, en un altillo, por lo que mis temores se acrecentaron. Se habían ido con lo puesto y, seguramente, con precipitación. Tendría que bajar hasta el garaje, a comprobar si el coche seguía allí.

El segundo fue una carpeta con unas hojas de trabajo y nóminas en las que constaba la

dirección de la empresa en la que Carlos trabajaba. También había facturas y gastos. La cogí y me la guardé dentro del anorak. Sería una buena pista por donde empezar a tirar del hilo. Y, de momento, la única.

No me quise demorar, llevaba más de media hora dentro y, aunque no era probable, cabía la posibilidad de que volvieran. Bajé hasta el sótano y aproveché para salir por el garaje, después de comprobar que, efectivamente, el coche no estaba dentro.

* * *

Atravesé el jardín hasta la verja, llegué a la portilla de mi casa y me metí en la seguridad de mi territorio, aunque no estuve tranquila hasta que cerré la puerta tras de mí y apoyé la espalda en ella para respirar y rebajar el ritmo cardíaco. El estrés de mi incursión en la casa ajena me había dejado agotada.

No tuve tiempo de calmarme. Escuché un ruido que provenía de la cocina. Me quedé tan callada que segundos después me di cuenta de que ni respiraba. Tomé aire y agucé el oído. Sí, había alguien dentro de mi casa.

Agarré un paraguas del paragüero y lo blandí por encima de mi cabeza, caminando de puntillas hasta donde, ya sin duda alguna, se oía una persona trasteando en mis cajones. Giré con toda precaución la esquina y al plantarme en el quicio de la puerta con la improvisada arma en ristre, preparada para actuar, espeté:

—¿Pero qué coño haces tú aquí?

Lily soltó un grito y unos cuchillos cayeron al suelo.

—Soy yo, Sra. Berta. Es viernes. Mi día de limpieza.

Tan sorprendida me quedé que tardé un rato en bajar el paraguas que aferraba con las manos apretadas, los nudillos blancos y todo el cuerpo en tensión. La pobre Lily, mi asistente boliviana, estaba pálida del susto y a punto de desvanecerse.

—Pues haz el favor de limpiar bien los muebles del salón, que están llenos de polvo —acerté a decir mientras me daba media vuelta camino del recibidor para devolver el paraguas al paragüero, bajo la mirada estupefacta de la pobre chica, que no acertaba a vocalizar palabra alguna—. Y prepara la habitación de mi hija, que tengo una invitada unos días.

La adrenalina empezaba a salir de mi cuerpo y me estaba dejando un malestar y una mala leche impresionantes. Odiaba que me llamara Sra. Berta aunque mis esfuerzos habían sido inútiles para corregir a aquella chica que no sabía, por educación y por costumbres, tutear a nadie.

Me encaminé al salón. Ya era patente el hecho de que estas últimas semanas yo fuera poco menos que una vieja cascarrabias. No me preocupé ni lo más mínimo en apaciguar mi estado de ánimo.

Escuchando «*Modern love*» de David Bowie con una tónica con limón en la mano, me senté y me dispuse a esperar a Clara con la carpeta sobre la mesita auxiliar junto al sillón. Aguardaría a que llegara, una vez Lily se hubiera marchado, y la revisaríamos juntas.

Capítulo 9

*Now let me tell you this
Now you know
you could be dead before they let you...*

Ahora déjame decirte esto
Ahora ya sabes
que podrías estar muerto
antes de que te dejen...
«Liar», Queen.

Nada más abrir la puerta a Clara, empecé a contarle todo lo que había sucedido aquel día. Tanto hablaba y tan deprisa que tuvo que pedirme que me calmara para poder entender algo.

—Berta, tranquila, déjame quitarme el abrigo, dejar mis cosas y luego me cuentas.

—Perdona, Clara, es que no te puedes imaginar la de cosas que me han pasado hoy.

—No, si no me lo explicas despacito para que te entienda. Esa verborrea me impide enterarme. —Haciendo un esfuerzo por controlarme, ayudé a Clara a acomodar su maleta en la habitación de Malena. No le dejé ni deshacerla, la cogí de la mano y me la llevé a rastras al salón.

—Vale, vale, ya veo que no sirve de nada resistirme. Adelante —dijo cuando se sentó en el sillón—, pero poquito a poco, que comprenda algo.

Tras una profunda respiración empecé a relatarle, paso por paso y de una manera vehemente no exenta de gestos, mis aventuras del día. Clara estaba estupefacta, no se podía imaginar que yo hubiera sido capaz de entrar en casa de Leo por la ventana y mucho menos de registrar buscando pistas para saber qué le había sucedido.

En un momento de mi explicación, me levanté y fui a buscar la carpeta, todo esto sin dejar de hablar.

Clara es mucho más tranquila que yo, y no menos práctica, así que en cuanto llegué al final de mi relato se quedó callada y reconcentrada. Me quedé expectante, mirándola fijamente, esperando una respuesta.

Se llevó el vaso a la boca y tragó sin decir una palabra. Pasados unos segundos volvió a hacer lo mismo y yo, desesperada ya de la ansiedad no pude aguantar más.

—Clara, por el amor de Dios, di algo antes de que me dé un jamacuco.

—Tengo hambre. Berta, ¿qué te parece si vamos a la cocina y nos preparamos algo de cena? —fue lo que dijo mi amiga dejándome más inquieta todavía—. Allí charlaremos, porque estoy convencida que no has probado bocado desde que volviste de tu emocionante aventura.

—¿Pero cómo quieres que coma algo? —espeté—. He cometido un allanamiento de morada, me he convertido en una delincuente y tú me pides que coma algo como si nada hubiera sucedido...

Clara me miró con una sonrisa divertida en la boca.

—Y ahora yo soy cómplice de tu delito, así que sosiégate y vamos a cocinar.

Sí, tenía razón. La idea de investigar había sido mía y no había otra forma de saber qué le había pasado a Leo. Cada vez estaba más segura de que no había sido nada bueno.

Ví cómo Clara cogía un delantal de detrás de la puerta y abriendo la nevera iba sacando y dejando sobre la encimera todos los ingredientes que encontraba para hacer una ensalada. Mucho más calmada, la imité, cogí otro delantal y me apresté a facilitarle una ensaladera, la tabla de madera para cortar las verduras, el cuchillo y mientras ella preparaba y mezclaba los elementos, yo preparé una salsa con la que aderezarla.

—¿Tienes algún vino con el que acompañar la cena? —preguntó.

Me tomé esa falta de interés como un cambio agradable al estrés vivido por mí durante aquel intenso día. Y dejándome llevar por la sencillez del momento, la charla con Clara y la copita de vino que me permití, cenamos agradablemente hablando de cosas sin importancia. La gente como Clara vale su peso en oro.

* * *

Después de la cena salimos a la noche helada del jardín a que Clara se fumara un cigarrillo. El viento de la tarde se había calmado y en el aire flotaba la promesa de las fiestas que se acercaban. El invierno no era mi época favorita, ni mucho menos. Me pasaba los dos meses de frío intenso deseando que llegara la primavera, y este no iba a ser diferente, pero no quería humo en casa y acompañar a mi amiga mientras sucumbía a ese vicio social me parecía lo mínimo que debía hacer en respuesta al respeto que demostraba por no llenarme de humo el interior.

Acabado el cigarro, entramos dentro y, mientras Clara colocaba en un jarrón unos fragantes narcisos que había comprado en una floristería de camino de vuelta del trabajo, yo me acerqué a la estantería a elegir algo de música para encarar la velada que habíamos pospuesto y que no queríamos demorar más.

El salón ya despedía aquel olor dulzón de las flores, cuando empezaron a tocar los acordes de «Smooth Operator» del álbum *Diamond Life* de Sade. Con el ambiente lleno de su música chill out, Clara y yo nos acomodamos bajo la luz tenue, con muchas ganas de contrastar nuestras opiniones.

Durante la primera media hora volvimos a repasar todo lo que había acontecido. Escucharlo

de boca de Clara me hizo ver el problema con mucha más claridad. Ella, al igual que yo, era de la opinión de que habían dejado la casa a toda prisa y eso era, inevitablemente, señal de que algo había sucedido. ¿El qué? Ahí es donde nuestras opiniones discrepaban.

Yo pensaba que Carlos se había llevado a la fuerza a Leo y Clara creía que los dos habían huido por algo. En todo caso, no era normal que ella no me hubiese mandado ni un mensaje para avisarme.

Llegó el momento de examinar los papeles que había sustraído de la casa:

—Fíjate, la última nómina es de hace unos seis meses —observé—. Eso no quiere decir nada, pero es raro que llevando una organización tan metódica como llevaba, falten todas desde esa fecha. Es evidente que ya no trabaja.

—Y hay algo que no me cuadra tampoco —intervino Clara—. Carlos no ganaba lo suficiente para mantener esta casa.

—Cierto, esa misma pregunta me hice yo cuando observé la parte trasera. Hay mucho dinero invertido en ese jardín, tanto el de verano como el de invierno.

—¿Cuánto tiempo hace que son tus vecinos?

—No sabría decirte a ciencia cierta, pero poco más de un año, no mucho más. Puedo estar equivocada, en aquella época yo no paraba mucho en casa, y menos para tener relación con los vecinos...

—Carlos debía estar sacando dinero por algún otro canal. Lo suficiente como para que dejara el trabajo hace unos meses.

—Miremos a ver si encontramos alguna información más.

Seguimos buscando en la carpeta que estaba separada por compartimentos y en los cuales toda la documentación estaba ordenada por fecha y materia, y cogida con clips. Yo me había procurado una libreta y, fiel a mi obsesión por las listas y las notas, iba apuntando todo lo que nos parecía de interés.

—Han comprado muchos objetos de valor este año —concluyó Clara con una serie de facturas de joyas y obras de arte en la mano.

—No entré en todas las habitaciones, pero no recuerdo que la casa estuviera llena de arte precisamente —dije—. Sin estar vacía, tampoco estaba abarrotada ni mucho menos ostentosa. —Me paré a rememorar lo que había visto en mi incursión—. No, definitivamente la casa de Leo no destaca por su decoración ni la clase de su diseño. Los muebles de IKEA y los cuadros sin valor, eso sí, todo muy limpio y cuidado. Hay mucho más capital gastado en el exterior que dentro.

—Pues tendremos que averiguar qué han hecho con esas obras y dónde las guardan —contestó Clara— si es que no las han vendido.

Dejé de apuntar y me acerqué a Clara, puse mi mano en su brazo para intentar ver algo de los papeles que tenía en la mano y pregunté:

—¿Has encontrado alguna dirección que no sea la de esta casa o la de su trabajo? Quizás sea allí donde esconden todos esos objetos de valor.

—Buena idea —dijo—. Si Leo ha guardado algo que nos lleve a donde se encuentra no sería en esta casa. Carlos podría encontrarlo.

Nos repartimos los documentos de la carpeta y empezamos a buscar y desechar hojas hasta que de repente, di con algo que me pareció interesante:

—Mira Clara. Este es un albarán de entrega de una partida de gasoil en una dirección de

Caldes de Malavella.

—¿En Girona? Déjame ver. —Clara me quitó el papel de la mano e intentó descifrar la dirección de entrega—. No sé si dice Josep Plà o Irlà, hija, ¡qué mala letra tenía el repartidor!

—Ja, solo un farmacéutico sería capaz de asegurarnos cuál es la dirección correcta. —Reímos las dos de mi ocurrencia.

Fuimos apartando a un lado los documentos que nos fueron pareciendo interesantes para poder estudiarlos con detenimiento y elaborar un plan de estrategia a seguir. Con Clara a mi lado me sentía mucho más lúcida y sobre todo más segura de arriesgarme a cualquier cosa.

En ese momento sonó el teléfono, me disculpé con Clara y fui a contestar. Era Malena, quería saber si me pasaba algo pues hacía dos días que no me pasaba por la tienda. Era cierto, con toda mi preocupación por lo de Leo, mis incursiones «ilícitas» y lo de la visita de Clara no me había parado a pensar que no les había dicho nada a mis hijos.

En cuatro palabras le dije que lo sentía, que estaba bien, que Clara estaba pasando unos días conmigo y que no se preocupara. Malena me riñó pero yo sabía que lo hacía con la boca pequeña ya que estaba, y se le notaba, encantada de verme de nuevo ilusionada por algo.

—Me alegro, mamá —me dijo intentando ocultar la emoción—. Voy a llamar a Eloy para decirle que estás bien, él también está extrañado por tu ausencia estos días.

—No, no, cariño —dije con rapidez, reconociendo que no había sido justa con ellos—. Voy a llamarle yo ahora mismo. Tienes razón, seguro que está preocupado.

—¡Qué bien! —exclamó—. Es estupendo. ¿Nos vemos mañana? ¿Queréis venir a comer el domingo?

—No creo —sentí tener que rechazar la invitación de Malena—. No te preocupes, cielo. Clara y yo estaremos tan ocupadas poniéndonos al día, y hemos hecho tantos planes... Seguro que la próxima vez que venga.

—Por supuesto, mami —me llamaba por el diminutivo cuando estaba especialmente cariñosa y sensible conmigo—. Habrá más próximas veces, estoy segura.

Colgué y me dispuse a llamar a Eloy. Me sentía algo culpable. Sí, no había sido considerada con mis hijos. Es algo que tendría que solventar en cuanto hubiera acabado lo de Leo. Al fin y al cabo eran mis más grandes tesoros.

* * *

Antes de volver al salón, pasé por la cocina para preparar té, mientras colocaba unas pastitas en un plato sobre una bandeja, me di cuenta de lo mucho que echaba de menos a Leo. Con ello regresé a la sala contigua donde Clara me estaba esperando con una sonrisa en la boca:

—He encontrado algo muy interesante. —Le brillaban los ojos por la emoción.

—Dime, no te calles —pregunté intrigada.

—Estos extractos bancarios te van a sorprender.

Agarré los papeles que me daba y mientras los examinaba, Clara sirvió dos tazas de *rooibos*

cuyo aroma de frambuesa había impregnado la estancia con un olor dulce y afrutado.

—Pero... pero aquí hay mucho dinero. —Miré a Clara con la boca abierta.

Clara asintió.

—¿De dónde pueden haberlo sacado? Está claro que del trabajo de Carlos no. Hace unos meses que dejó la empresa. Se confirma que no hay ingresos de nóminas en los extractos del banco.

—O lo echaron —contestó ella—. No demos nada por hecho aún.

Con los papeles asidos en la mano izquierda, agarré de nuevo el bolígrafo y empecé a tomar notas. Había entradas de grandes sumas de dinero que me dispuse a listar. Hice dos columnas, una con las fechas de entrada y otra con las cantidades. Eso sería necesario para estudiar la pauta, si es que la había.

—Estos extractos datan de hace unos seis meses —observé—. Coincide con el tiempo que hace que dejó de cobrar su nómina.

—En ese tiempo, ¿has notado alguna diferencia en el comportamiento de Leo o del entorno de la casa vecina?

Negué con la cabeza.

—Hace seis meses yo no tenía relación con Leo —respondí—. La asiduidad de mi amistad con ella se remonta a tres o cuatro meses atrás, cuando tras salir del hospital empecé mi convalecencia.

Dejando la libreta en mi regazo, me dediqué por completo a mi té mientras pensaba.

—Jamás noté en Leo ninguna actitud de ostentación ni nada que hiciera pensar que tenía mucho dinero —le dije cogiendo el plato de galletas y ofreciéndole una por inercia—. Pero ahora que lo dices, en una ocasión Leo me comentó que en verano habían estado unos días en una casita fuera de Barcelona. No me explicó si era de ellos o si la habían alquilado, pero a lo mejor se refería a esa que sale en el albarán que hemos encontrado.

—Pues empezaremos por ahí —resolvió Clara—. ¿Te apetece mañana una excursión a Caldes de Malavella?

—Estupendo, pero antes hemos de localizar la supuesta dirección en un navegador.

Clara apartó la mesita donde teníamos todos los papeles extendidos y me cogió de la mano, llevándome a mi sillón.

—Eso tendrá que ser mañana por la mañana. Tienes una cara de cansancio espantosa y yo llevo una semana agotadora. Vamos a escuchar algo con marcha antes de irnos a la cama.

Y acercándome a la estantería, extraje el álbum «*Dookie*» de Green Day. Hacía mucho que no escuchaba a esa estupenda banda estadounidense de *rock*, así que mientras sonaban una tras otra, las pistas, fui degustando a un mismo tiempo la música, el té y la conversación amena con mi amiga, esta vez ya sentada en mi sillón y viviendo uno de esos momentos tan valiosos que la vida nos ofrece de vez en cuando llamados felicidad.

Capítulo 10

*Get your motor running
Head out on the highway
Looking for adventure
and whatever comes our way*

Pon el motor en marcha
Métete por la autopista
Buscando aventuras
y lo que se cruce en nuestro camino
«*Born to be wild*», Steppenwolf.

Entraba el sol a raudales por la ventana cuando abrí un ojo. Me levanté de un salto, miré el reloj y vi que pasaban de las diez de la mañana. Me coloqué una bata y bajé las escaleras en dirección a la cocina, con una premura que casi me hizo trastabillar.

Clara estaba sentada tomando café, con la taza en una mano y la tablet en la otra. Sorprendida levantó la cabeza y me vio, en la puerta, con cara de susto y los pelos en consonancia con mi rostro. Rompió en una carcajada que yo acogí con sorpresa.

—¿Qué? ¿De qué te ríes? Mira qué hora es —exclamé por toda respuesta.

Clara se levantó a preparar otra taza de café que me acercó, todavía con una sonrisa en la cara.

—Anda toma, siéntate aquí. No tenemos ninguna prisa, es día de fiesta.

—Pero teníamos que irnos pronto —continué lamentándome.

Clara estaba de un humor estupendo, me sonrió y me dijo:

—Estabas durmiendo tan a gusto que no he querido despertarte. Estoy convencida de que hace tiempo que no descansas de esa manera.

Ella tenía razón, hacía meses que no dormía de un tirón y me despertaba ya a media mañana. Y también hacía meses que no salía de la cama con esa velocidad, sin demorar mi estancia en ella hasta el límite, siendo incapaz de enfrentarme al día sin motivación alguna.

—Pues sí, pero vamos a perder el día —insistí.

—Tranquila, a estas horas tampoco vamos a solucionar nada con salir corriendo —razonó

Clara—. Tómame el café y vístete. Pararemos a desayunar algo por el camino, ¿te apetece un *esmorzar de forquilla*^[1] en una masía de la carretera?

Hummm, solo pensar en el olor de una carne a la brasa con su pan tostado con tomate y aceite, en un escenario de montaña, entre pinos, se me hizo la boca agua.

—No sé cómo he sobrevivido este tiempo sin ti. —Sonreí a mi amiga y me acerqué a ella a ver qué estaba mirando en la tablet—. ¿Qué buscas?

—La dirección de la casita de Caldes, a ver si por casualidad aclaramos algo.

—¿Has encontrado alguna calle que se parezca a lo que está escrito en el albarán?

—No, nada que se le asemeje ni por casualidad.

—Tendremos que preguntar. Por lo que me contó Leo debía estar en alguna urbanización o quizás incluso algo más apartada.

—Una vez estuve en un pueblo cercano y en la carretera hay muchas urbanizaciones que en realidad no lo son. Se les llama así porque alguien compró en su día parte de un bosque, lo partió en parcelas y las vendió. Pero la mayoría de ellas no están urbanizadas, ni mucho menos. —Clara se sirvió una segunda taza de café y continuó explicando—: Me contaron que el comprador solía organizar excursiones en autocar con posibles clientes y les ofrecía una gran comida regada con vino, en la masía que había sido la casa rural del terreno, que abarcaba miles de metros cuadrados. Acabada la fiesta, y con todos los clientes llevando un pedo considerable, les presentaban para firmar los contratos y no había quién no se quedara con una parcelita del bosque. De este modo, aquello se convirtió en una comunidad de terrenos no documentados legalmente y de dudosa constancia en el Registro de la Propiedad. En algunas ya se ha metido mano, el ayuntamiento ha dado facilidades para poner al día el papeleo, las propiedades, los permisos de construcción y se han constituido juntas de vecinos que han acabado urbanizando la zona, pero quedan muchas que aún no cumplen todos esos requisitos. —Hizo una parada para señalarme un plano con unas cuantas zonas extensas de bosque que no tenían calles dibujadas—. Y la nuestra debe estar en una de estas que te muestro porque lo que es una calle con ese nombre, ni en el pueblo ni en las urbanizaciones reconocidas existe.

Me acabé el café y dejé la taza en el lavavajillas mientras, encaminándome a la puerta de la cocina para subir al piso de arriba, le dije a Clara:

—Pues tendremos que acercarnos a la zona y preguntar por los alrededores. Voy a vestirme y salimos en cuanto estemos listas. —Y deteniéndome antes de llegar a la puerta me volví y le dije: «Deberíamos poner una muda en una bolsa por si acabamos pasando la noche fuera».

—Estupenda idea —convino Clara—. En cinco minutos subo y lo guardamos todo en mi maletín. Debido a tu reciente afición a allanar viviendas ajenas en la oscuridad, procura que la ropa sea toda negra.

Me volví, le mostré una sonrisa irónica y diciendo: «je, je», continué mi camino hacia el dormitorio.

* * *

Cogimos su coche porque el mío hacía meses que no lo tocaba y necesitaba una revisión. La circulación era relativamente densa para ser sábado, pero claro, contando que estábamos en plena campaña de compras navideñas, era de esperar.

Al ratito, el coche ya estaba acondicionado, habíamos entrado en calor y nos disponíamos a emprender un viaje de no menos de una hora. Clara me pidió que buscara alguna cadena de música. Fui barriando el dial descartando una emisora tras otra. ¡Qué manía tenían todos los presentadores de poner villancicos manidos en antena! No por acercarse las fiestas navideñas nuestro gusto musical se había deteriorado. ¿O sí?

Finalmente me quedé con una joyita, «*White Christmas*» de Rocky Sharpe & The Replays y estuvimos escuchándola en silencio en el coche. Yo me puse a tamborilear con las uñas en el agarradero de la puerta. Es una costumbre que tengo, sigo la música con los dedos como si se trataran de un instrumento de percusión.

Clara estaba enfrascada en la conducción por la ciudad debido al tráfico que había por lo que no íbamos a charlar hasta que saliésemos a la carretera. Me entretuve mirando por la ventana. Cada persona era un mundo, llenaba las calles y ofrecía un muestrario de gestos que revelaban sus intenciones o su estado de ánimo. Los había que no podían ocultar el estrés que las compras añadían a su día a día, otros arrastraban a los niños por las aceras cogidos de la mano en busca, seguramente, de los juguetes de Papá Noel o teniendo que compaginar su presencia esos días que no tienen colegio con los recados habituales. Pocos padres se tomaban esas jornadas extras de ocio con sus hijos para disfrutarlas y sí muchos las veían como un engorro. ¿Por qué? No me gustaban las navidades por el consumismo que arrastraban consigo y por la imposición de ese estado de felicidad irreal y necesario para pertenecer a esta sociedad.

Cuando era pequeña las adoraba. Teníamos un negocio familiar de juguetes y discos. Durante todo el año, cuando llegaba del colegio, dejaba la cartera tirada en un rincón del armario del fondo, donde estaban las mesas de LPs y *singles* —que era como les llamábamos, de una manera muy in, a los álbumes y sencillos— y miraba qué nuevos ejemplares habían llegado. Pasaba los álbumes con el dedo hacia delante y me empapaba con los diseños de las portadas, cada día lo mismo, haciendo inventario de lo que ya no estaba y lo que había de nuevo. Me sorprendía con las imágenes de las novedades, elegía una e, impaciente, la llevaba a la mesa de los tocadiscos donde, con sumo cuidado sacaba el vinilo de la funda tocando el borde con el canto del pulgar y la yema del dedo medio apoyada en el agujero, lo colocaba sobre el plato y acercaba la aguja con una meticulosidad exquisita. Sabía que tenía el privilegio de escuchar lo que quisiera en primicia, pero no debía olvidar que ese disco era para la venta y no debía dañarlo en absoluto.

Ese era mi kit kat diario, mi recarga de energía tras una jornada escolar en la que había estudiado mucho y me había relacionado poco, ya que yo no era especialmente sociable con el resto de la clase. La típica empollona de una sola amiga íntima pero, que al igual que a mí, la dejaban raramente ir a casa de otra compañera. Por eso nos veíamos solo en el colegio. Me pasaba las tardes estudiando o leyendo en mi habitación. Clara era una de las pocas excepciones.

En la época de las Navidades, esa ilusión de lo novedoso se extendía a los juguetes. No solo pasaba por la sección de discos sino que me acercaba también a mirar las muñecas, los trenes, los juegos de mesa que habían llegado presagiando una avalancha de compradores al acercarse las fechas de los Reyes. Y el *summum* ya era cuando nos daban las vacaciones escolares. Esos días

eran para «trabajar» en la tienda. Mis hermanos, primos y yo aportábamos nuestro granito de arena despachando a todo el público que, en aquella época, compraba todo con una antelación espantosa. Les facilitábamos la compra guardándonoslo todo en el almacén, clasificado en estanterías por letra y número, como las casillas del juego de los barquitos. Y el mismo día de Reyes se cerraba la tienda como pronto a las cinco de la mañana, momento en que se abría una botella de cava para los adultos y una de refresco para los niños y nos dejaban quedarnos con un juguete de entre los que habían sobrevivido al holocausto, cosa muy difícil porque quedaba todo arrasado. Los escaparates eran todo agujeros cuya ausencia recordaba lo abarrotada de género que había empezado la batalla. Según me fui haciendo mayor, ese juguete elegido se convirtió en un disco.

La extensa colección que ahora poseo no data de aquella época. Me los fui comprando más tarde pues en mi caso hice honor al refrán de «en casa del herrero, cuchillo de palo». Los escuchaba en la tienda, casi nunca me quedaba con ellos, así que cuando el negocio se decantó hacia otros artículos más productivos y se decidió acabar con la venta de discos, ya siendo yo mayor de edad, fue tan doloroso que me aparté de la tienda por unos años, como autodefensa para no sentir dolor y me centré en mi vida de adulta, mi trabajo y luego mis hijos. Pero cada año, al llegar las Navidades, sentía esa punzada de pérdida como el que echa de menos a un familiar que ya no está. Los últimos años antes de quebrar el negocio, retomé el contacto, esporádico simplemente.

Cuando mis hijos eran pequeños llegué a convertir esas fiestas en algo feliz, las disfrutaba con ellos, aunque en algunas épocas no estuviésemos muy boyantes, sobre todo cuando me separé y nos quedamos los tres solos. Con poco dinero llenábamos la casa de cintas de colores y lucecitas, un belén de muñequitos cabezones de plástico y muchos regalos baratos pero no menos divertidos.

Mas ellos también habían crecido y la inocencia necesaria para ser feliz estos días había desaparecido. Quizás me quedara un último cartucho que quemaría si alguna vez tenía nietos. No en vano los últimos años me había ido todo fabuloso y no tendría nadie mejor que ellos, si es que algún día mis hijos se decidían, para resarcirme y derrochar lo que había conseguido.

* * *

El trayecto por la ciudad se desarrolló así, en silencio y oyendo las canciones que el locutor iba comentando durante los primeros acordes de las mismas. Silencio que solo se rompió cuando, a la hora en punto, y en el boletín de noticias, escuchamos que de nuevo el día anterior había desaparecido otra chica. Al igual que las anteriores, era joven —en este caso de dieciocho años —, de nacionalidad extranjera, esta en particular era bielorrusa, y vivía con unas amigas con las que compartía piso.

En esta ocasión, Clara sí que hizo un comentario al respecto. En los juzgados estaban empezando a preocuparse por el incremento de los casos de estas desapariciones y aunque no era un asunto que se tratara en su departamento, obviamente estos temas competen a la policía, sí que

se comentaba por toda la Ciudad Judicial. Por lo visto estaban bastante desorientados sobre lo que podía haberle sucedido a las chicas desaparecidas.

El tema nos arrastró inevitablemente a su trabajo, a los casos con los que acostumbraba a lidiar, mujeres muy maltratadas tanto física como psicológicamente y, a otros en los que no lo estaban tanto como ellas querían aparentar que, simplemente, eran fruto de hogares con una educación muy machista en la que el hombre no solo pega a la mujer sino que, además, es «necesario» que de vez en cuando lo haga para demostrarles su amor. Y era el trabajo de Clara y sus compañeros detectar los verdaderos maltratos en la mujer que estaba sometida a ellos y ponerles remedio en la medida que ella se quisiera dejar ayudar. Ahí radicaba el verdadero problema.

Sin poderlo evitar, terminamos hablando de Leo, de nuevo, y rememorando escenas y momentos en los que debí haberme percatado de algún indicio y no lo hice. Clara me hacía preguntas concretas y yo, al responderle me iba dando cuenta de lo ciegos que estamos y lo poco que el entorno que rodea estos casos repara en el problema que tiene ante sus narices.

Toda esa charla nos decidió a acabar averiguando qué le había sucedido a Leo a toda costa y solo la abandonamos cuando llegamos al Restaurant Cal Coix para hacer un desayuno de los que hacen historia.

Capítulo 11

*Oh, and it's a hollow feeling
When it comes down to dealing friends
It never ends*

Ah, y es una sensación de vacío
Cuando llega a tratarse de amigos
Nunca se termina
«Tequila Sunrise», Eagles.

Nos pasamos la tarde indagando por el pueblo a ver si descubríamos dónde se encontraba la dirección que constaba en el albarán, buscando con el coche las instrucciones y directrices que nos daban y descartando por nuestra cuenta diversas «urbanizaciones» perdidas. Nos costó mucho dar con la correcta ya que en aquella época del año, el pueblo no estaba poblado más que por los habitantes que allí viven permanentemente —que no son muchos—. Y debido al frío que hace en esa comarca, no es que hicieran mucha vida en el exterior precisamente y menos un sábado por la tarde.

La biblioteca, el ayuntamiento, el estanco y la mayoría de las tiendas estaban cerrados. Tan solo encontramos algo de movimiento en el salón social donde un grupito de abuelos jugaba a la brisca o a la *botifarra*, no estoy muy segura. A lo único que había jugado durante los últimos años era al mus, juego que nos trajo y enseñó un compañero del grupo de submarinistas que venía del País Vasco y que nos entusiasmó tanto que nos reuníamos una vez por semana en casa de alguno para jugar. Incluso habíamos montado alguna liguilla o campeonato algún año y nos pasábamos el día entero jugando para conseguir un trofeo y restregárselo por la cara al resto de las parejas durante el siguiente año entero. Ya se sabe que en el mus no te juegas dinero, pero sí te juegas tu honor. Y los jugadores somos muy fanfarrones.

Conseguimos plantamos delante de la casa en cuestión, un par de horas después de empezar nuestra búsqueda. Era una de las pocas parcelas que estaba edificada en aquella calle, por llamarla de alguna manera, ya que los caminos no estaban asfaltados, ni siquiera tenían aceras. Y no hablemos de vallas, elemento del que carecían la mayoría de los solares de aquella zona.

Las porciones de terreno estaban casi todas separadas por cintas que habían sufrido el paso

del tiempo y que a duras penas se mantenían enteras cumpliendo su misión de delimitar las propiedades. Muchas de ellas eran simplemente un trozo de bosque más, lleno de pinos y encinas cuya frondosidad hacía difícil el acceso al interior.

Pero la nuestra no. Tenía una valla de piedra, una casa de dos alturas edificada y rejas en todas las ventanas. La edificación más cercana estaba como a unos cuatro o cinco terrenos por la derecha y otros tantos por la izquierda, aunque por la parte de detrás, que daba a la calle de abajo, sí daba con una parcela construida. Desde donde nos hallábamos, no podíamos apreciar si estaba habitada o bien cerrada como esta, que lo estaba a cal y canto.

Era demasiado pronto para intentar hacer nada, ya que a plena luz del día no nos apetecía practicar lo que venía siendo ya mi afición favorita: allanar propiedades ajenas. Tendríamos que esperar al menos un par de horas más a que hubiera anochecido para poner en práctica el sano vicio de espiar.

Nos limitamos a echar una ojeada lo más amplia e íntegra que fuera posible y a preparar en el coche las herramientas que pudiéramos necesitar. Teníamos linternas, cuerdas y, a falta de llaves, y como no teníamos ninguna de las dos ni pajolera idea de usar una ganzúa —yo en realidad no había tenido jamás ninguna en la mano—, con un martillo solventaríamos el problema de la apertura de ventanas. Eso, y una oración con mucha fe para rogar porque la casa no tuviera una alarma y mucho menos, conectada a la centralita de la policía.

* * *

En el ratito que nos quedaba volvimos al bar del salón social a tomarnos unos chupitos. Cuando entramos nos dio la sensación de que allí dentro el tiempo no había transcurrido. Todo estaba exactamente igual que dos horas antes. Clara y yo nos miramos y soltamos una risotada al darnos cuenta que las dos habíamos pensado lo mismo. Nos sentamos a la mesa y al poco se nos acercó un chaval con cara de faltarle, además de un par de cumpleaños para la edad necesaria de ocupar un puesto de trabajo, unos cuantos bits en la memoria RAM, o dicho de otro modo, un poquito de lucidez. La cara llena de granos y las orejas de soplillo nos confirmaba nuestra primera impresión.

—Nos vas a poner un par de chupitos de hierbas —pidió Clara cuando él nos preguntó qué iba a ser.

Al darse la vuelta y emprender el camino de la barra a prepararnos las bebidas, no sé si correctamente pues no se había apuntado nada y su capacidad no parecía garantía de que fuese a acertar ni por azar, Clara y yo nos miramos y reprimimos una risa tonta como la de dos adolescentes, imagino que provocada por la emoción que llevábamos dentro del cuerpo con la adrenalina a punto de ponerse en marcha.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Clara? —dije cuando nos trajeron los chupitos y le dimos un sorbo.

—Dispara. —Nos reímos de nuevo tontamente. Estaba visto que teníamos el puntito ya antes

de que la bebida nos hiciera efecto.

—¿Qué pasó con aquel novio que te echaste?

—¿El que me iba a llevar con su barco alrededor del mundo?

—¡Ese, ese! No recordaba yo lo del barco —exclamé volviendo a reírme—. ¿Te llevó a algún sitio?

—Me llevó a convertirme en una arpía —contestó—. Me engañó con otra, yo lo descubrí y me vengué de él. Me hice pasar por una clienta que le contrataba el barco los tres meses de verano, él estaba entusiasmado y justo cuando llegó la fecha anulé el viaje y le dejé sin posibilidades de salir aquella temporada. Tuve que pagar una fianza, pero fue el mejor dinero gastado aquel verano.

—¡Qué ladino! —exclamé sin poder retenerme.

Volvíamos a reírnos a carcajadas mientras levantaba la mano y le pedía al chaval que nos pusiera otra ronda. Sentaba bien aquella terapia para calmar los nervios por lo que se nos venía encima.

—Eres tremenda, no quisiera tenerte como enemiga.

Clara me miró fijamente y me dijo:

—Yo de ti procuraría no enfadarme.

Seguimos riendo y contándonos fracasos amorosos hasta bien pasada la puesta del sol.



Regresamos con el coche por aquellos caminos oscuros con árboles en cada cuneta. Los faros del coche iluminaban el recorrido creando sombras acojonantemente inquietantes que no lograron acabar con la alegría ni el calorcillo que el alcohol había producido en nuestros cuerpos. Aún sin dejar de prestar atención a las sinuosidades del trayecto, Clara y yo no podíamos acabar con esa risilla que nos provocaba un bache, un respingo o cualquier otro movimiento que el coche hiciera camino de la casa.

Íbamos con el plano desplegado, pero nos perdimos tres veces, pero esta eventualidad no consiguió acabar con el buen humor que se nos había instalado en el cuerpo.

Finalmente, llegamos al sitio correcto. Aparcamos en la entrada de la calle, un poco apartado de donde estaba la casa y recorrimos el trozo que distaba hasta ella intentando no hacer ruido y mandándonos callar la una a la otra con un dedo en los labios, gesto que, irremediablemente nos daba la risa floja. Decidimos no mirarnos, a ver si así se nos pasaba la tontería.

Entrar en la parcela fue fácil. Ya habíamos visto que por la esquina de la valla y si amontonábamos una pila de ladrillos de un montículo que había no lejos de allí, en el interior de una obra cercana en construcción, se podía pasar al otro lado del muro. Hasta ahí bien. Otra cosa era encontrar un hueco por el que colarnos en la casa.

No sé si el alcohol nos distorsionó la idea del tiempo y en realidad estuvimos varias horas buscando como hacerlo, pero me pareció que fue casi de inmediato que tuvimos muy claro que la

única manera de entrar era por la claraboya que, en lo alto de la fachada trasera, comunicaba con la buhardilla. Al otro lado del jardín distinguimos una caseta de herramientas. Solo hacía falta que tuviera una escalera lo suficientemente larga para alcanzar el boquete.

Y sí. ¡Bingo! Una hermosa escalera colisa de unos dos metros que se desplegaba deslizándose un tramo sobre el otro hasta casi doblar su longitud. Nos miramos entusiasmadas y me puse a aplaudir cosa que hizo que, inmediatamente Clara volviera a ponerse el dedo en la boca y volviera la risa tonta que habíamos logrado —aparentemente— dominar.

Una vez apoyada contra la comisa del tejado y pasando su recorrido por delante de la ventana, urdimos el plan A:

—Tú sube hasta la ventana mientras yo aguanto la escalera —le susurré a Clara—. Luego, una vez dentro, baja hasta el piso de abajo y me abres la puerta.

—Me parece un plan estupendo —contestó Clara intentando centrar los ojos y que los dos miraran al mismo sitio: los míos—. Bajar hasta abajo me parece fácil. —Y volvió a reír.

Coger la escalera tanto para aguantarla como para trepar por ella nos hizo ponernos los guantes que llevábamos en el bolsillo, y no por no dejar huellas —a aquellas alturas creo que no había nada de lo que hubiésemos tocado en el exterior que no las llevara ya—, sino porque hacía un frío de tres pares de narices y el alcohol estaba dejando de tener aquel efecto caldera.

Entre traspies y risotadas reprimidas, Clara llegó hasta la altura del hueco y comprobó, no sin asombro, que la escalera impedía que entrara dentro.

—No puedo entrar —gritó flojito desde arriba.

—¿Por qué? —susurré todo lo fuerte que pude.

—Porque no quepo entre los travesaños. La escalera está delante.

—Joder, pues baja.

—¿Pero la rompo o qué?

—¿La escalera?

—No. La ventana.

—Ah, vale. —Era más fácil si la segunda ascensión la hacíamos sin el martillo en ristre—. Cuidadito. No te cortes.

Un escándalo de cristales rotos siguió a dos estallidos previos contra el cristal que no tuvieron éxito.

—¡Pero no hagas ruido! —Mi aviso creo que llegó algo tarde.

Sentí como la escalera volvía a vibrar, síntoma de que Clara estaba ya descendiendo por ella, y no con la misma agilidad con la que subió.

Nos miramos, nos reímos —de nuevo, cómo no— y entre las dos corrimos la escalera medio metro hacia la izquierda.

—Vale —dije mirando a Clara—, plan B. Subo, entro y bajo hasta la primera planta y te abro la puerta.

—¿Pero ese no era el plan A?

—No, en el plan A subías tú. En el plan B, subo yo.

—¡Ah, correcto! Ya lo he entendido.

No estaba yo muy segura de esto. Pero claro, tampoco de que me hubiera explicado bien.

Cogí la linterna que llevaba Clara colgando del cinturón del anorak y emprendí la marcha. Esta vez fue bastante sencillo, una vez alcanzada la altura de la claraboya, me colé dentro con

cuidado de no caer sobre los cristales que estaban desparramados por el suelo, encendí la linterna y me dispuse a encontrar el camino del recibidor en la planta de abajo.

Estaba en un recinto amplio y diáfano, debían ser las golfas^[2] que estaban por encima de los dormitorios, por lo que calculé debería bajar dos pisos para llegar a la entrada. Barrí la estancia con la vista, ayudada por la linterna, buscando la puerta de salida que descubrí justo enfrente de mi posición. No pude evitar pisar los cristalitos provocando ese ruido tan característico y musical al romperlos.

Encontré la escalera justo al atravesar la puerta y con cada escalón que bajaba los añicos que se me habían clavado en las botas raspaban el gres del suelo chirriando y alertando mi estado de ansiedad. Yo misma estaba infundiéndome el terror más espantoso al escuchar sonidos por todos sitios a mi alrededor.

Cuando ya estaba bajando el segundo tramo de escaleras, me pareció escuchar un ruido diferente. Me paré en seco y me quedé escuchando, con el corazón palpitando.

No, no se oía nada, habían sido figuraciones mías. Seguí avanzando y lo volví a escuchar. Me volví a parar y esta vez apagué la linterna. De nuevo escuché con todos los sentidos abiertos al máximo.

En esta ocasión sí, lo había oído perfectamente y el corazón dejó de cabalgar para practicar salto de vallas dentro de mi garganta. Eché mano a mi cintura, pero había dejado el martillo abajo pensando que no lo iba a necesitar. Clara había dejado el hueco de la claraboya roto y accesible. Palpando la pared detrás de mí me topé con una repisa, no sé si era una cómoda o una mesita, no me paré a planteármelo. La rastree hasta encontrarme un objeto contundente, una estatua que mi mente decidió que era un Oscar de la Academia, lo agarré por la cabeza y con él, en ristre descendí el último tramo que me quedaba hasta la sala en la que acababa la escalera. Paso a paso, con mucho sigilo, me aproximé hacia donde se veía algo de claridad. Cuando llegué a la puerta de entrada me la encontré abierta de par en par y a través de ella se veía claramente el jardín, la valla, el camino y hasta el cielo estrellado y con luna.

De súbito el ruido estaba tras de mí. El corazón en uno de estos saltos chocó contra el obstáculo que era mi pecho y se desplomó porque cuando me giré espantada y con el Oscar por encima de mi cabeza, vi a Clara que, tan asustada como yo, me miraba con unos ojos exorbitados.

Las dos dimos un grito y tuvo suerte de que el espanto me hubiera dejado congelada de terror, si no la hubiera descalabrado con mi improvisada arma.

—¡Joder, joder, joder, Clara! —grité en cuanto mis cuerdas vocales volvieron a funcionar.
—. ¿Cómo mierda has entrado?

—Por la puerta. —Respuesta más obvia, evidente e irrefutable no se le podía haber ocurrido para expresarla en tres palabras.

—¿Y se puede saber cómo coño has abierto la puerta? —La mala hostia estaba ocupando el lugar que hasta hace unos segundos había ocupado el pánico.

—He encontrado una llave detrás de esa maceta de hortensias.

Miré a Clara con una rabia irreprimible, con ganas de saltarle a la cara y arañarle el rostro, pero de repente, al ver su carita asustada a punto de la lágrima, estallé en una carcajada. Clara pasó del estupor a la sonrisa, y también se empezó a reír. Una risa que nos destensó todo el cuerpo.



Una vez superado el momento inicial y ya dentro de la casa, nos repartimos el trabajo de buscar pistas, datos, lo que fuera para averiguar el paradero de Leo o lo que hubiera sucedido. Íbamos a ciegas, y no solo en lo que a ideas se refería, sino literalmente, ya que una linterna no era luz suficiente para registrar cajones, armarios y todo lo que se nos ocurriera.

Yo volví a subir al piso de arriba y me metí en las habitaciones. Una tras otra fui descartando las que, al parecer estaban desocupadas pues tenían poco mobiliario y en los cajones no había nada de interés. Llegué por fin al dormitorio principal y abrí el armario. Había una caja fuerte que tuve que excluir de inmediato del plan ya que era impensable que la pudiéramos abrir. Sin embargo, en la parte inferior del interior del armario sí encontré unas carpetas clasificadoras similares a las que había encontrado en casa de Leo. Las cogí y con ellas bajo el brazo seguí buscando por la estancia.

Ni en las mesitas de noche ni en los armarios del baño había —o yo no lo supe encontrar— nada que llamara mi interés. Carpeta en ristre, volví a bajar a reunirme con Clara. No la encontré en el salón, así que alumbrando el pasillo me dirigí a la cocina, desde donde salía el resplandor de su linterna que parpadeaba de lado a lado. Era de entender que estaba registrando los armarios uno a uno.

—¿Has encontrado algo, Clara? —pregunté cuando llegué a la entrada.

—De momento nada interesante, pero me falta revisar el cuarto que hay detrás de esa puerta. —Dirigió la luz hacia el espacio al que se refería—. Mira tú a ver si encuentras algo.

Ví una puerta cerrada con llave. Alumbré por toda la pared y, no muy lejos, colgada de un gancho, estaba la que parecía ser la llave que podía encajar en la cerradura. La cogí, la probé y abrió a la primera. Vaya, demasiado fácil. Era el cuarto de la plancha. No pensé encontrar nada de interés dentro. O quizás sí. De la manera que era Carlos con Leo, si esta hubiera querido esconder algo no iba a ser bajo llave ya que él no se lo hubiera permitido. «No hay mejor escondite que el que está a la vista», recordé.

Y con esta intuición, empecé a buscar por los rincones donde una mujer podría creer que un hombre no iba a registrar. Y fue al levantar la funda de la cesta de la ropa para planchar, y metiendo la mano debajo de la ropa, cuando noté que había algo de papel. Busqué unas tijeras o cuchillo para descoser una esquina de la costura. Hallé, en la estantería de al lado, una caja con utensilios de costura. Junto con agujas e hilos encontré unas bonitas y efectivas tijeras de coser. Con la punta de ellas, y con todo el cuidado del mundo para que no se notara el descosido, corté unos cuantos puntos, los suficientes para sacar doblado un pliegue de papeles que tenían pinta de ser importantes. Cuanto menos, al estar escondidos de aquella manera, deberían tener un interés especial, para que merecieran tal atención. Y parecían documentos legales u oficiales.

—Clara, he encontrado algo —susurré lo más alto que pude—. Ven a verlo.

Apareció al cabo de unos segundos y se acercó a mí, mirando lo que tenía en las manos, por encima de mi hombro.

—¿Qué es? ¿Qué dicen? —preguntó intrigada.

—No sé, toma, léelo tú.

—No, mejor hazlo tú y me lo cuentas.

Me la quedé mirando con una sonrisa irónica en los labios.

—Tú tampoco te has traído las gafas, ¿verdad?

—Pues no. Parece que ninguna de las dos vemos tres en un burro.

Y volvimos a soltar aquella carcajada que durante un rato habíamos logrado dominar. Pero duró poco porque Clara de súbito se calló, me puso la mano en el brazo y se llevó el dedo a la boca.

—Silencio —murmuró—. ¿No has oído un ruido?

Nos quedamos escuchando en el más absoluto de los silencios sin apreciar que nada hubiera cambiado. Con gestos le dije a Clara que pusiéramos las cosas en su sitio de nuevo y nos fuésemos de allí.

—Pero no hemos podido revisar nada de lo que hemos encontrado —me contestó Clara al oído.

—Nos lo tendremos que llevar.

—No sé, no me gusta la idea —susurró ella—. Una cosa es romper un cristal, que lo podía haber roto cualquiera y otra muy diferente es llevarnos algo de la casa. Eso es robo.

—Pues ya me dirás cómo lo vamos a hacer para averiguar lo que dice si no podemos leerlo...

—Bueno, venga. —No quedaba otro remedio que llevarnos las cosas al hotel y, si acaso, volver al día siguiente a dejarlas—. Pero intentemos dejarlo todo lo más parecido posible a como lo hemos encontrado.

Con suma precaución, colocamos las cosas que habíamos tocado en su sitio, salimos del cuarto de la plancha cerrando y dejando la llave donde estaba, nos acercamos a la puerta de delante escrutando la oscuridad y en completo silencio —o eso procuramos—. Abrir la puerta principal, observamos el jardín antes de salir y cerrar a nuestras espaldas. Al pasar por delante de la jardinera, Clara volvió a dejar, debajo de ella, la llave que habíamos usado. Mientras nos dirigíamos hacia la parte trasera del jardín para guardar la escalera, le pregunté a Clara intrigada:

—¿Cómo sabes que esa maceta contiene hortensias si está la planta helada y seca por completo?

—Eso, querida, es una larga historia.

Y con esa misteriosa sentencia, muy característica de mi amiga, nos volvimos al coche y enfilamos de nuevo los caminos oscuros intentando no perdernos para llegar al pueblo.

Capítulo 12

*Cause it's soon one morning
Down the road I'm going.
But I ain't going down that
long old lonesome road
all by myself.*

Porque es temprano una mañana
Por la carretera por la que voy.
Pero no recorreré esa
larga, vieja y solitaria carretera
solo por mi cuenta.
«*On the road again*», Canned Heat.

—¿Nos hemos perdido? —era una pregunta tonta la que le hice a Clara ya que era obvio que lo habíamos hecho.

—Por supuesto que no —respondió Clara que, lejos de seguir mis indicaciones había optado por, según dijo ella, seguir su instinto—. Estoy segura de que tomamos el camino correcto cuando giramos a la izquierda en aquel cruce.

—Y también cuando dejamos atrás la roca blanca al borde del camino, y cuando el gran pino te guiaba, o cuando el seto ya lo habíamos pasado a la ida...

—Soy capaz de seguir, con los ojos cerrados, la misma ruta que hicimos esta tarde —se defendió Clara a la que se le había disipado la bruma del alcohol dejando en su lugar una incipiente resaca— tengo, y siempre he tenido, una especial facilidad para retener los itinerarios. De hecho, mi cabeza es como un plano y...

—Nos hemos perdido —concluí.

—Vale, sí, es posible —reconoció finalmente Clara—, pero ahora ya no podemos hacer nada, tan solo dar vueltas, a ver si vemos algo que reconozcamos.

Decidí que la única forma era relajarnos. Fuera, la noche era helada, las nubes habían cubierto la luna y las estrellas que, tan solo una hora antes, se veían en el cielo despejado. El camino se había convertido en la boca de un lobo. Eché una ojeada al depósito y, por suerte estaba casi

lleno, así que no nos iba a faltar la calefacción.

Abrí la guantera y rebusqué para encontrar algo de música que poner. Clara me miró de reojo y me agradeció en silencio que no me hubiese enfadado. Pero, ¿cómo me iba a enfadar con ella? Que fuese tan cabezona no restaba mérito a lo que estaba haciendo por mí, así que pensé que sería una buena forma de hacer tiempo para que el puntito que habíamos pillado con los chupitos se fuera disipando y no supusiese obstáculo para regresar. Porque, lo que estaba claro es que a esas horas ya no íbamos a buscar ningún hotel y nos restaba un largo camino hasta casa. Eso si encontrábamos la salida a aquel laberinto de caminos de tierra, curvas cerradas, calles sin asfaltar y ninguna luz en ninguna casa para poder preguntar.

Seguimos rodando por aquellos caminos cuyos dos surcos, paralelos como los raíles del tren, marcaban el recorrido sobre el que encajaban las ruedas del monovolumen de Clara. Los faros alumbraban la escarcha que se había formado en la tierra y que tornaban el paisaje en un blanco y helado panorama sin nieve. Hacía un rato que los árboles del borde del camino se habían vuelto más frondosos por lo que deduje que nos habíamos alejado de la urbanización, posiblemente hacia el interior del bosque, y que nos iba a ser costoso llegar a alguna carretera principal.

Con las notas del álbum *Dance Naked* de John Mellencamp envolviendo la atmósfera del interior del coche recorrimos unos cuantos kilómetros. De vez en cuando el resplandor de la luna se escapaba por una rendija entre las nubes y nos guiaba hacia la impenetrable oscuridad que nos rodeaba. Debido a la ansiedad que nos generaba la situación de desorientación en plena noche oscura y tenebrosa, no nos había dado aún el bajón que, de seguro, nos vendría en cuanto esta situación se solucionara. Ya le había echado yo el ojo al *Green River* de Creedence Clearwater Revival para cuando encontráramos la carretera nacional de regreso a Barcelona, porque lo íbamos a necesitar. Y si las circunstancias requerían una sobredosis, Clara guardaba en su guantera el *The Number of the Beast* de Iron Maiden. Pero ese solo en caso de extrema necesidad. Tampoco era cuestión de llegar a casa con el subidón.

Después de casi una hora de conducción llegamos a una zona poblada. Las calles desiertas iluminadas por la escasa luz de las farolas nos permitió respirar con tranquilidad y, lo que es mejor aún, activar de nuevo el navegador del móvil que se nos había quedado sin cobertura dentro del inmenso bosque. Me gustaría a mí saber qué compañía tenía contratada la NASA para que le lleguen datos desde millones de kilómetros de distancia y yo, con la mía llevara sin servicio desde que entramos en la zona.

Descubierto que el pueblo adonde habíamos ido a parar era Cassà de la Selva, buscamos, esta vez sin dificultad y sin ayuda de los planos —que había plegado, ya hacía rato por la inutilidad que la cabezonería de Clara les confería—, la salida del mismo que nos llevara a la C-25 y esta directa a la AP-7, la autopista hacia Barcelona.

Lo peor de cómo se había solucionado la noche era que no íbamos a poder devolver los papeles que nos habíamos llevado de la casa. Nos habíamos convertido, desde ese momento, en un par de vulgares ladronas.

* * *

El viaje de vuelta, ya una vez en la carretera, fue agotador pero sin problemas. Echamos mano del disco de *metal* mientras alternábamos charlas intrascendentes con el ir cantando las canciones a grito *pelao*. Ninguna de las dos quiso, por acuerdo tácito, hablar de nuestra incursión delictiva en el *chalet*, así que dejamos aparcado el tema hasta que llegáramos a casa, nos diésemos una ducha y, posiblemente, tomáramos un tentempié antes de acostarnos. Las dos necesitábamos tanto el dormir como el comer. Posiblemente incluso más.

Llegamos a mi casa en plena noche. Barcelona estaba desierta. En las calles de un domingo no había más que grupitos de jóvenes y no tan jóvenes que se retiraban, con distintos grados de lucidez, a sus casas a descansar. Ni siquiera nos topamos con los habituales camiones de limpieza que solías encontrar los días laborables, así que transitamos por la ciudad tranquilamente mientras esta se desperezaba.

Fue justo cuando entramos en casa y cerramos la puerta detrás de nosotras, el momento en que nos dio el bajón físico. Los ojos se nos cerraban irremediablemente y, pasando incluso de ducha, nos retiramos cada una a su dormitorio. No recuerdo haber visitado el servicio para haber aliviado la urgencia que traíamos. No recuerdo ni haberme desnudado para meterme dentro de la cama. De hecho, no recuerdo nada más.

Capítulo 13

*The chance for love comes without warning
so don't stop looking for it.
Yeah love comes without warning
so be ready for love.*

La oportunidad para el amor
viene sin previo aviso
así que no dejes de buscarlo.
Si el amor viene sin previo aviso
preparate para el amor.
«*Love comes without warning*», America.

Estuvimos toda la mañana del domingo durmiendo. Me desperté sobre las doce del mediodía con un apetito atroz. Como Clara estaba durmiendo aún, me di una ducha y bajé a la cocina a preparar algo de comer. En ello estaba cuando alguien dio unos toquitos en la puerta trasera que comunicaba el jardín con la cocina. Nadie solía entrar por ahí a no ser que fueran mis hijos, pero al mirar por la ventana descorriendo la cortinilla, vi que mi vecino, el de la casa de atrás que lindaba con mi jardín, era el autor de la llamada y recordé que antaño, hace un par de años quizás, habíamos tenido más contacto, antes de que su mujer falleciera. Y justo después de que enviudara alguna que otra vez me acerqué a su casa para ver si necesitaba algo. Luego perdimos el contacto más allá de algún saludo cuando coincidíamos los dos en el jardín y nos veíamos por encima del seto.

Hice un gran y, sobre todo, veloz ejercicio de memoria para recordar su nombre. Arturo, Armando... ¡Alberto! Nonono, estaba segura de que empezaba con A, pero no caía.

Me dirigí a la puerta con la cabeza en plena ebullición. Alejandro, Antonio. No, no era tan corriente. Alejo. Tampoco. ¡Mecachis! Estaba llegando a la puerta y no me acordaba. ¡Joder! No me gusta saludar a la gente sin aludir a su nombre. Alfonso, Adrián... Iba a tener que abrir sin que me hubiera venido a la memoria.

—Buenos días, Álvaro. —Parecía mentira, pero salió de mis labios en cuanto vi su cara—. ¿Qué te trae por aquí?

—Hola Berta. —No recordaba la sonrisa tan bonita y franca que tenía Álvaro. La verdad es que en los últimos encuentros, el pobre no estaba muy risueño—. ¿Molesto?

—No, por Dios. Pasa, pasa, no te quedes ahí fuera. Hoy hace mucho frío.

—¡Oh! Estás cocinando, ¿esperas a alguien? —La incomodidad se reflejó en su cara, repentinamente—. Seguro que tienes una cita y te he interrumpido.

—Nada de eso, no te preocupes. Tengo una amiga este fin de semana. Está arriba, y tan solo íbamos a hacer un desayuno tardío.

—Jajaja —rio de repente—, habéis tenido una noche de farra, ¿eh?

—Digamos que no andas muy desencaminado. —Y acto seguido, me dirigí al cajón y extraje un analgésico que tragué con mi café. No me había dado cuenta del dolor de cabeza que tenía hasta que había empezado a hablar con él—. Pero siéntate. ¿Quieres un café?

—Sí, gracias. Aunque para mí no será el desayuno —seguía burlándose de mí, cosa que me divirtió y me recordó que mi vecino tenía un gran sentido del humor cuando su mujer vivía. Debía haberlo recuperado de nuevo.

Álvaro se sentó en una silla de la cocina, y mientras le ponía el café vi que había mejorado mucho desde aquellas visitas que le hice por aquel entonces. Sin ser muy alto, sí tenía una buena estatura. Pelo blanco, con un flequillo que le caía sobre la frente, ojos marrones y gafas de montura metálica. Unas facciones regulares que le daban un atractivo maduro y sexi. Vestía un jersey de cuello alto y unos pantalones de pana, todo en tonos tierra, al igual que las botas de ante con cordones. Se había quitado la chaqueta y la había dejado en la percha de detrás de la puerta, pero ya había vuelto a la mesa cuando le puse delante la taza y el azucarero.

En el preciso instante en que tomé asiento junto a Álvaro, Clara entró en la cocina, en camisón y zapatillas preguntando algo, pero enmudeció en cuanto nos giramos y nos quedamos mirándola los dos. Se llevó la mano a la boca, después al cabello despeinado, soltó un grito y, girando sobre sus talones, emprendió un veloz ascenso hacia el piso de arriba, encerrándose de un portazo en el lavabo.

Álvaro y yo nos miramos atónitos e inmediatamente soltamos una carcajada. Me disculpé y subí a explicarle a Clara que teníamos visita y que la esperábamos en la cocina. Oía la ducha al otro lado de la puerta y levanté la voz para preguntarle si necesitaba algo. Me dijo que no, y le conminé a que bajara en cuanto estuviera arreglada y visible. Me reí de aquella expresión.

Una vez abajo, de nuevo sentada con Álvaro a la mesa, le pregunté qué era lo que le había traído por allí aquella tarde.

—¡Oh, sí! Voy a celebrar una reunión en mi casa la semana que viene. Mi hija ha montado una empresa de venta de ropa de hogar y utensilios de cocina y la promociona con visitas en casas particulares, como se hace con los *Tupperware*. Yo le he ofrecido la mía y me encargo de buscar participantes y preparar un picapica. He pensado que quizás te gustaría venir. —Se detuvo unos instantes—. Y a lo mejor a tu amiga también.

Le vi una sonrisa, lo juro que se la vi, aunque él intentó disimularla.

—Si te esperas un ratito, se lo puedes decir tú mismo —contesté—, aunque ella está pasando tan solo unos días aquí. Mañana por la tarde regresa a su casa.

—¿Y crees que le gustaría que os invitara a comer mañana a las dos?

—Por mí encantada, no sé qué tendrá que decir ella a esto. Me parece que no ha entrado con muy buen pie hace un rato.

—Quizás me ayudaría saber qué le gusta para poderla tentar con la comida.

—Álvaro. —Le puse una mano en el brazo y le dije— créeme, a cualquier mujer que un hombre le cocine, se la tiene ganada. Se come cualquier cosa.

No sé si pilló el doble sentido que le quise dar a la frase, pero los colores le subieron a las mejillas de inmediato. Se levantó y dijo:

—Bueno, ya me diréis algo. He de marcharme. Os dejo que comáis tranquilas.

—Bien, creo que aún tengo tu teléfono en la agenda —respondí acompañándole hasta la puerta—. Te llamaré con lo que sea.

Cuando atravesaba el quicio de la puerta, de repente se giró y con el rostro pensativo me preguntó:

—Por cierto, ¿has visto estos días a tu vecina Leo? —Esta pregunta me pilló por sorpresa y me quedé inmóvil—. Hace unos días la vi salir con su marido de casa, parecía que llevaban prisa pues todo fue un poco raro. Él la llevaba prácticamente arrastrando cogida del brazo y así como la expresión de la cara de él era furibunda, ella parecía que no quisiera marchar con él. —Aquellas palabras empezaron a alarmarme—. Pero claro, ella siempre tiene un semblante apocado y timorato.

—¿Y cómo se fueron? ¿A dónde la llevó?

—No tengo ni idea, solo vi que salían por la puerta de delante, cerrando de golpe y cogieron el coche que tenía aparcado delante de la casa, en la calle. —Se quedó un momento pensando, como intentando recordar todos los detalles—. Daba la impresión de que él había llegado para recogerla y ni siquiera había metido el coche dentro. —De repente salió de su ensimismamiento—. Pero claro, eso son solo conjeturas mías. No sé realmente qué es lo que hacía el coche ahí fuera ni por qué iba ella con aquella cara. Yo los vi justo cuando pasaba con mi coche por delante, de camino a mi casa. Y estaba ya oscuro, era tarde. Fue tan fugaz que puedo haber malinterpretado lo que pasaba.

—Me lo supongo, espero que no fuera nada grave —respondí intentando que no se me notara el estado de preocupación que habían creado sus palabras—. Seguramente habrán ido a pasar unos días fuera y los tendremos aquí esta misma noche. A lo más tardar, mañana por la mañana.

—Sí, seguramente sea así. —Álvaro se rindió a la lógica de mi contestación—. Espero vuestra llamada, querida.

Y con esta despedida cerré la puerta y me quedé apoyando la espalda tras ella, con una suma preocupación por todo lo que, en un momento, me había contado Álvaro.

* * *

Veinte minutos más tarde bajó Clara arreglada de punta en blanco. Me la quedé mirando divertida pues supuse que no solo había habido flechazo por parte de Álvaro. Me di cuenta de que a mi amiga también le había hecho tilín, y comprendí lo avergonzada que debió sentirse al aparecer en la cocina con aquellas pintas de recién levantada.

Clara había tenido una etapa de rechazo hacia los hombres después de divorciarse, pero como todo en esta vida, no le duró cien años. La primera vez que se lanzó a ligar —recuerdo cuando me lo contó al día siguiente— fue una noche de sábado que, creyendo que la cosa seguía igual que cuando ella era joven, buscó un escenario para, sentada y con una copa en la mano, echar su anzuelo y que la cortejaran tantos tipos que pudiera elegir al hombre de su vida. Pero pronto se dio cuenta de que «el mercado» y sus hábitos depredadores habían cambiado. La noche y las discotecas las copaban jovencitos de una edad que en nuestra época no hubieran tenido permiso para salir más allá de las nueve de la noche, la música era infernal, los bailes demoníacos y los únicos hombres que estaban disponibles se acomodaban en la barra, con una bebida en una mano cargadita de pulseras, la camisa abierta varios botones más de lo que la elegancia recomienda y la mirada chulesca de quien se cree el más atractivo de los ejemplares del sexo opuesto.

Clara se acabó su *gin tonic*, se levantó y marchó con la moral por los suelos. Lejos de amilanarse, hizo un estudio de mercado para entender los cambios y adaptarse a las nuevas tendencias, por lo que descubrió que lo que imperaba en esos momentos era internet. Y dentro de internet, una cosa que se llamaba *chat*. Y probó. Se creó un *Nick*, Monipenny40, y se lanzó a las salas abarrotadas de conversaciones a ver si entendía algo de lo que allí se decía.

Pronto se dio cuenta de que lo mejor era intervenir, aunque cada uno fuera a su puta bola. Descubrió que había muchos hombres que se hacían pasar por mujeres —era lista y se dio cuenta en seguida del engaño—, pero eso le sirvió para aprovecharse de que ella sí que era una mujer. Se podía hacer la reina de la sala tan solo con que fuese más lista que los supuestos hombres-mujeres. Y empezó a contactar con varones que en seguida le ofrecían una conversación por privado.

Muchas fueron las noches que se pasó hablando con ellos y muchas de las conversaciones acababan exactamente en lo mismo: el aborrecible y reprobable cibersexo. En ese mismo momento, ella les cortaba, primero de una manera educada y después ni siquiera se despedía, pero poco a poco fue observando que podía detectar a los que querían simplemente eso, de los que se podía tener una charla con ellos. Acabó comenzando todas las conversaciones con la frase: «Si es esto lo que buscas, mejor lo dejamos ahora mismo. No vamos a perder el tiempo ni tú ni yo».

Y conoció muchos candidatos, no se les puede llamar de otra manera porque no pasaron de ahí, unos por no congeniar en aficiones o caracteres, otros por vivir muy lejos y los otros por estar casados o comprometidos. Hasta que conoció a José Luis. Y en seguida surgió una conversación fácil y divertida.

Estuvieron una semana charlando cada noche hasta las tantas y de repente, al séptimo día él le dijo que había sacado un billete para venir a Barcelona a pasar con ella el fin de semana. Quería conocerla a toda costa. Le pidió que reservara hotel donde quisiera y le prometió que esos dos días iban a ser para los dos. Clara se debatía entre la curiosidad de conocerlo y el miedo de la premura. Había algo que le decía que era muy precipitado, pero sentía que sin llegar al enamoramiento, sí que había despertado una ilusión dentro de ella.

Lo recogió en el aeropuerto y se fueron a pasar la noche del viernes a un hotelito de Rupit, un pueblo de aspecto medieval con casas de origen románico y calles de piedra. Él se comportó como un verdadero caballero: la invitó a todo, cenas, hotel, viaje, y la respetó en la cama, cosa que a ella, en aquel momento, tampoco le hubiera importado mucho. Sin embargo empezó a levantar una barrera de protección cuando él hablaba del futuro como si llevaran años juntos. Se

veía viviendo con ella —o mejor dicho, ella con él—, quería que dejara su trabajo para dedicarse a viajar y acompañarle en sus viajes de negocios —hay que decir que hasta ese momento ella no se había creído que José Luis fuese tan rico como le había dicho—. Se pasó el día del sábado al teléfono cerrando operaciones y en una ocasión que habló con su hermano le dijo: «Acabo de conocer a mi futura esposa». Las alarmas de Clara se dispararon.

Al regresar de Rupit el sábado por la tarde, la llevó directamente a un concesionario de Mercedes, adonde había llamado por teléfono pidiendo cita para que le atendieran, y le mostró un modelo deportivo, que dejó reservado como regalo para ella. Clara salió de allí muy asustada, preguntándose dónde se estaba metiendo. Ya había tenido un marido que la había dominado y parecía que este quería manejar su vida al igual que el anterior.

Aquella noche puso una excusa cuando le dejó en su hotel de Barcelona para no quedarse a dormir y al día siguiente lo recogió y lo llevó al aeropuerto. Cuando le comentó que la cosa estaba yendo demasiado deprisa y que no estaba segura de querer seguir por ese camino, él montó en cólera, le dijo que le había engañado, que era como todas, y un montón de insultos más, que sorprendieron a Clara por la violencia que en un momento se desató en los ojos de él.

Huyó temiendo que aquel tipo la acosara y tomara represalias por su rechazo, le pidiera explicaciones por sentirse traicionado. Porque era posesivo y durante los días siguientes no encendió ni el ordenador. Pero resultó que no solo no la persiguió, sino que cuando volvió a conectarse se dio cuenta que él la había bloqueado de todo, cuenta de *chat* y hasta teléfono, así que respiró aunque sin estar del todo tranquila.

Fue en aquel momento cuando me llamó y quedamos. Arrasada en lágrimas me lo relató todo, se compadeció de sí misma e insultó al colectivo masculino en general. A esa experiencia le siguió una etapa de castidad que, todo hay que decirlo, ya arrastraba de antes pues no tuvo citas carnales con ninguno de ellos, pero en esta ocasión fue tanto física como mental.

Estuvo un tiempo sin volver a entrar en aquellos chats hasta que las redes sociales entraron en escena. No sé si por propia iniciativa o aconsejada por alguna compañera, se registró en una famosa página de contactos de esas que introduces todos tus datos y pone a tu alcance todo un abanico de personas que, aparentemente, están tan disponibles como tú y buscan una relación seria tipo la que tendrías con un príncipe azul.

Empezaron de nuevo las charlas vía chat, los descartes, las aficiones y, en esta ocasión, al poder delimitar la zona de convivencia, se hicieron posibles las citas. Lo último que supe de todo aquel lío fue que había conocido a aquel tío que tenía un barco y que hacía viajes, aunque Clara me rectificaría diciéndome: «Es un marino, lo que tiene es un velero y lo que hace son *charters*».

Aquel verano que perdimos el contacto, ella se fue a pasarlo con él a Ibiza. No supe nada más hasta ahora que nos habíamos reencontrado, pero seguro que nos quedaba pendiente alguna charla sobre el tema ya que Clara, con su cuerpo curvilíneo y su cara hermosa y simpática, atraía al género masculino de una manera especial y ella lo sabía. Estoy segura de que sus aventuras no quedaron estancadas cuando acabó su relación con el marinero.

Capítulo 14

*Money makes the world go around
... the world go around
... the world go around.
Money makes the world go around
It makes the world go 'round.*

El dinero hace girar el mundo
... girar el mundo
... girar el mundo.
El dinero hace girar el mundo,
Hace el mundo girar.
«*Money money*», Liza Minnelli.

Poniéndole un café en la mano le expliqué, mientras cocinaba, todo lo que Álvaro me había propuesto.

—¡Qué vergüenza, qué vergüenza! —exclamó verdaderamente azorada—. Tu vecino tan atractivo y me ha visto hecha un desastre, en camisón, con aquella cara y aquellos pelos...

—Mejor, mujer —respondí, intentando infundirle unos ánimos que realmente eran difíciles de infundir—, ¿no ves que de este modo, mañana cuando vayamos a su casa, tú estarás arreglada y te verá estupenda?

—No lo dudes ni por un momento. —Para subirse la moral, ella sola se bastaba—. Va a saber este lo que es una mujer atractiva.

Y se aprestó a poner la mesa mientras yo empezaba a servir el desayuno. Estábamos caninas, así que durante los primeros cinco minutos, ninguna de las dos abrió la boca nada más que para ingerir alimentos.

Por fin salió el tema de Leo. Le expliqué lo que había dicho Álvaro justo al salir de la cocina y ambas nos quedamos un rato pensando qué podía significar todo aquello. Era evidente que si Carlos se había llevado a Leo a rastras y parecía, según dijo mi vecino, en contra de su voluntad, era porque algo le había enfurecido. Algo referente a Leo.

—Tenemos que ponernos cuanto antes a estudiar los papeles que hemos traído de la casa de

Caldes —me dijo Clara—. Corremos el riesgo de que suceda algo irreparable antes de que la encontremos.

—¿Qué razón crees tú que hay para que Carlos se la haya llevado y aún no hayan vuelto? —pregunté.

—Espero equivocarme, pero me huelo que se enteró, de alguna forma, que iba a denunciarlo.

—¿Eso os sucede muchas veces en los casos de las víctimas que vienen a consultaros?

—Ay no, Berta. Casi nunca vienen las víctimas a consultar. —Clara suspiró—. En los casos en que lo hacen, es porque la policía las trae, avisados por los vecinos de los gritos y las peleas, y la convencemos de que esto no puede seguir así y su vida corre peligro —calló unos segundos, ensimismada, como si un recuerdo la hubiese despistado de lo que me estaba contando—, pero la mayoría de las veces el miedo es tan grande que se vuelven a casa sin haberlo hecho. De nuevo a la guarida del lobo, con el lobo dentro.

—Dios mío. Deberíamos poder hacer algo por todas esas mujeres que están aterrorizadas por lo que sus parejas les pueda hacer si deciden dar ese paso.

—Luchamos contra eso cada día, pero es difícil entrar en una mente tan dañada como la que ellas tienen. Esos hombres han acabado con mucho más de lo que creemos dentro de ellas. El daño físico es aquí lo menos importante, aunque sea lo que las puede matar.

Recogí los platos de la mesa y me dirigí al fregadero. Los pasé por agua y los fui metiendo en el lavavajillas mientras Clara preparaba un poco más de café.

—Sea lo que sea lo que Carlos haya descubierto, el caso es que lo pagó con Leo. Y la cosa tiene que haber sido grave porque ya hace cuatro días que se fueron y no han aparecido.

—Y sabemos que no se han llevado ni maleta ni enseres, por lo que, estén donde estén, no tienen ropa.

—Cada vez estoy más convencida de que la cosa no va a acabar bien.

Con la taza en la mano nos dirigimos al salón, puse la tele con el volumen bajo y nos sentamos con la carpeta en el sofá. La abrimos y sacamos todos los papeles que contenía. Volvimos a encontrarnos con el orden riguroso de la otra vez. La documentación estaba clasificada por expedientes. Cada uno de ellos, agarrado con un clip, estaba encabezado por una serie de letras y números, como si fuesen una clave.

—Las primeras letras son ES. Si el resto fuesen números en grupos de cuatro, podríamos pensar que era el IBAN de las cuentas corrientes —dijo Clara pasándome una de las carpetas.

—No —negué yo, categóricamente— no son cuentas corrientes, segurísimo. —Los estudié unos minutos en silencio—. ¿Sabes lo que es el DARP y el DIB?

—No, ni idea. —Clara me miraba con los ojos como platos—. ¿Me estás tomando el pelo?

—No, escucha —expliqué—. Mi hermana estuvo trabajando en un matadero y la escuché muchas veces hablar en esos términos. Ella llevaba el control de calidad y la trazabilidad del ganado. Las siglas DARP corresponden al Departamento de Agricultura, Ganadería y Pesca^[3] y el DIB es el Documento de Identificación Bovino. A los animales los identifican por unas marcas auriculares constituidas por dos crotales de plástico que se colocan en cada una de las orejas y llevan un mismo y único código que permite distinguir de forma individual a cada animal y la explotación en la que ha nacido. El código consta de los caracteres del país —en este caso ES que identifica a España— y otros cuantos a continuación que determinan la autoridad competente, el dígito de verificación o control, la Comunidad Autónoma y el DIB del que te he hablado antes. —

Clara me escuchaba mientras miraba y cotejaba lo que le iba explicando con los números que titulaban cada expediente—. Carlos trabajaba en una fábrica de embutidos. Aún no sé la relación, pero deberíamos centrarnos en esa idea para seguir buscando.

—Uff, Berta —suspiró Clara—, en un minuto me has dejado fuera de combate. ¿En serio Alicia trabajó en control de calidad?

—No sé si te acuerdas de que mi hermana es veterinaria.

—¡Cierto! No lo recordaba, no. Si necesitáramos más información la podríamos llamar.

—Solo en caso de máxima necesidad. No debemos mezclar a nadie más en esto, de momento. Sería difícil de explicar.

Seguimos apartando y separando los distintos expedientes. Había más de veinte. Tendríamos que dividirnos el trabajo para examinar, de manera individual, cada uno de ellos.

—Lo que está muy claro es que no se trata de terneros —observé—. Fíjate, aparecen reflejados los datos y características de cada una de las entradas con los datos y características de cada uno de los elementos y ni el peso ni la medida se corresponden con un animal de la especie vacuna de ese tamaño.

—Tampoco con un cordero, pues le dobla el peso. —Clara empezó a usar su lógica para suplir la falta de conocimientos técnicos—. Porque un ejemplar adulto de ovino, ¿qué pesará? ¿Unos 20-25 Kgs?

—Más o menos —dije—, aunque se matan más jóvenes, así que las canales pesan menos.

—¿Pues qué animal se corresponde con las medidas que se dan aquí? ¿Un cerdo quizás?

—Noooo, un cerdo pesa mucho más. —Enmudecí unos instantes debido a la seriedad de lo que iba a decir a continuación—. Clara, estos pesos solamente se corresponden a un humano, una mujer probablemente, ya que oscilan entre 50 y 60 kgs.

—¿No estarás hablando en serio? —preguntó. Me levanté y me puse a dar vueltas por la habitación observada por Clara que se había quedado muda y congelada.

—No sé, he soltado lo que se me ha ido viniendo a la mente y tal y como lo he pensado. —No llegaba a entender qué teníamos entre las manos, pero estaba segura de que era muy gordo.

—Pero Berta, ¿qué quiere decir todo esto? ¿Qué estamos considerando? ¿Mujeres archivadas como si de ganado se tratara?

—No lo sé, todo esto se me escapa aún. Tendremos que seguir estudiándolo hasta que demos con un patrón que nos conduzca a una idea razonable con una explicación que esclarezca todo este galimatías.

—Si es que, mires el expediente que mires, las tablas se repiten. Tenemos por un lado lo que has llamado trazabilidad. —Clara iba de un expediente a otro, comparando lo que encontraba—, y por el otro cuadros con destinos de entrada y salida.

—¿A ver? Déjame mirar eso que dices. —Con los papeles en la mano, miré lo que había apuntado Clara—. Observa, todos los recorridos pasan por aquí, por Barcelona como punto confluente desde donde se desvían a tres países diferentes, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita y Omán, siempre esos tres.

—En ninguno de los expedientes viene ningún nombre —notó Clara—, ¿crees que el número que dices tú de identificación puede ser su DNI?

—Lo dudo mucho —respondí—. A diferencia de los DIB que son solo cifras, estos intercalan alguna letra. Da la sensación que la persona que ha ideado el sistema conoce el protocolo de la

trazabilidad del ganado y la ha aplicado a su antojo. Pero no de manera exacta.

—Todo esto me parece muy fuerte —soltó Clara mientras se levantaba a ponerse un *whisky*. Volvió y se sentó a mi lado, estudiando esta vez los expedientes que yo tenía desperdigados a mi alrededor—. Deberíamos volver a ponerlos en orden para comprobar si estaban colocados cronológicamente.

—Sí, creo que sí, me da la sensación que los hemos ido apartando siguiendo la fecha que viene en la portada, justo debajo del número de cada uno. Hay una secuencia de tres o cuatro días entre algunos. Contando que otros llevan fecha de diez días o dos semanas con respecto del anterior, la periodicidad media sería de un expediente semanal.

Clara soltó un resoplido de incredulidad.

—¡Qué barbaridad, Berta! Esto haría una franja de unos seis meses. Y no sabemos si se remonta a esa fecha o hay otros anteriores que no están aquí.

—Creo que hemos dado con la razón del porqué hacía seis meses que Carlos había dejado la empresa, pero todavía se nos escapan muchas cosas. Sobre todo las razones. —Allí había algo muy grande que no era capaz de reconocer aún.

Estuvimos estudiando los expedientes y el resto de documentación de la carpeta hasta la madrugada. Elaboramos unas listas que luego pasaron a configurar unas tablas. Los perfiles se repetían: el recorrido se iniciaba en países de Sudamérica, Rusia o Ucrania, entre otros, siguiendo diferentes rutas hasta confluír en Barcelona. Algunos empezaban directamente en dicha ciudad u otra de la provincia. Posteriormente teníamos varios recorridos: De Barcelona a diversos puertos de Argelia (Argel, Orán, Arzew, Babor...). De ahí una ruta hacia el sur, por el Sáhara, pasando por Mali, Níger, Chad y Sudán. Y por último, se embarcaba de nuevo en Bandar y una bonita travesía hasta el Golfo Pérsico... O se desembarcaba en Jeddah, en la costa del mar Rojo en Arabia.

Lo que teníamos allí, sobre la mesita y el sofá, era una bomba y comenzábamos a vislumbrar de qué podíamos estar hablando, aunque solo se viera la punta del iceberg.

Se nos pasaron las horas volando, enfrascadas como estábamos en nuestra investigación. Había oscurecido hacía rato. En algún momento nos levantamos a tomar algo y seguir con las pesquisas. Volviendo al salón encendí la chimenea. Ese fue un error, porque con el calorcito y el crepitar de las llamas, agravado por el cansancio y la resaca del día anterior, nos empezó a entrar un sopor que hizo que durante la última hora no adelantáramos nada, así que decidimos irnos a la cama.

Subimos las escaleras y nos despedimos en la puerta de nuestros dormitorios. Lo de tener un sueño tranquilo y sin pesadillas iba a ser una utopía.

Capítulo 15

*I've been sanctified
Girl, you give me good feeling, so good girl
Something like sanctified
Oh, do right baby
Nothing wrong with love
Just let yourself go.*

He sido bendecido.
Chica, me das buenas sensaciones,
tan buenas, chica.
Algo como bendito.
Oh, hazlo ya cariño.
No hay nada malo en el amor.
Solo déjate ir.
«*Let's get it on*», Marvin Gaye.

—Buenos días —dijo Clara entrando en la cocina muy temprano y constatando, al ver mi cara, que yo tampoco había podido dormir mucho aquella noche—. ¿Te queda algo de café?

—Claro, siéntate, que te sirvo una taza.

—Había pensado salir a comprar algo recién hecho a la panadería. —La idea de Clara me hizo salivar—. Necesito dar una vuelta pues he pasado muy mala noche y me he levantado inquieta y con la espalda agarrotada.

—Mejor me visto yo también y vamos paseando hasta La amistad —se me ocurrió—. Hace días que no me paso por allí y la señora Ana tiene unos cruasanes estupendos. Nos sentará bien el paseo. Si nos quedamos en casa volveremos a enfrascarnos en los expedientes y no saldremos en todo el día.

—... Hasta la hora de comer —recordó Clara.

—Sí claro, hasta la hora de comer. —Dentro de un rato, a una hora razonable, tendría que llamar a Álvaro para confirmar nuestra asistencia—. Aprovecharemos para comprar algún postre para llevar. Me hubiese gustado haber preparado algo casero, pero con todo esto, anoche se me

fue de la cabeza por completo.

Aquellas palabras me trajeron a la mente el recuerdo de nosotras preparando tartas y repostería. ¡Pues no lo habíamos hecho veces en nuestra juventud! Era una manera estupenda de pasar la tarde, y mientras nos contábamos intimidades y reíamos, preparábamos magdalenas, pasteles, galletas, todo lo que se nos ocurría y que habíamos ido recopilando en recetas que, en aquella época, coleccionábamos de las revistas.

Conservaba un archivador repleto de recortes y fichas que escribíamos a mano con los ingredientes y la elaboración. Muchas de ellas manchadas de aceite o de masa porque la poníamos sobre el mármol, delante de nosotras, para ir siguiendo los pasos. Las guardaba así, trajinadas, porque cada una de ellas contenía una tarde estupenda vivida con mi amiga.

Aquellos momentos se fueron distanciando cuando nuestras vidas se llenaron de otras responsabilidades, y en mi último traslado, aquel archivador fue a parar al desván, donde debía estar arrinconado cogiendo polvo. Se me ocurrió que, un día de estos, debería subir a colocar todo un poco. Un día que, sabía de antemano, iba a perder por completo dedicado a encontrar viejos recuerdos allí guardados.

Álbumes de fotos, imágenes de mis hijos de pequeños, de menos pequeños y ya de jovencitos. Toda una vida en cuadritos de cuando los instantes se capturaban en papel fotográfico. Los momentos de mis primeras inmersiones y luego toda una carrera fotografiada fuera y dentro del agua. Las celebraciones familiares: cumpleaños, comuniones, bodas a las que habíamos asistido. Mi lejana y pasada vida con mi exmarido... No sé si estaba preparada para volver a mirar todo eso de nuevo. Quizás debería esperar un poco más.

—¿Adónde te has ido, Berta? —Clara me trajo de nuevo a la cocina—. Parece como si estuvieras en otro mundo.

—Y lo estaba —reconocí—. Venga, voy a arreglarme y salimos. Aunque con esta cara, más que un arreglo, necesito una restauración.

—No digas eso, que me deprimes. —Clara hizo ver como si llorara con un puchero muy gracioso—. Tampoco estamos tan mayores, ¿no?

—No mujer. Estamos divinas de la muerte.

Y escuchando las carcajadas de Clara que se quedó en la cocina acabándose el café y ojeando la prensa en el iPad, subí a darme una ducha.

* * *

Estábamos en la mesa del rincón de la cafetería, mi preferida. Con un café con leche caliente entre las manos, un plato lleno de mini-cruasanes calentitos al lado de una macetita decorada en tonos pastel con una poinsettia en pleno florecimiento. Clara se me quedó mirando muy fijamente.

—No tienes muy buena cara hoy —observó mi amiga. Me conocía de tal manera que no se le pasó por alto mi semblante preocupado ni mis ojeras—. ¿Qué te pasa, Berta?

—No te lo quería decir para no alarmarte, pero esta noche he tenido una de mis

«sensaciones».

Clara era la única persona que creía en mis sensaciones pues había vivido en numerosas ocasiones la confirmación de los hechos que dichos augurios pronosticaban. Desde que tengo uso de razón, esas premoniciones me asaltan, preferentemente en pleno sueño, haciendo que me despierte bañada en sudor, con una angustia vital y con el corazón saliéndose del pecho. En un principio, yo le llamaba *pálpito*, y Clara siempre me corregía:

«—Pálpito, se dice pálpito, con acento en la a.

»—Vale, pues digámoslo de otra forma».

Presentimiento, corazonada, presagio eran palabras que nos daban «yuyu», y tan solo el pronunciarlas nos hacía buscar algo de madera y tocarlo con los dedos en forma de cuernos para contrarrestar la mala suerte. Nos faltaba decir «lagarto, lagarto». Me resistía a reconocer que tenía un don, así que este tema lo seguía rodeando de una superstición tonta e inútil ya que yo continuaba sintiendo esos augurios y ellos simplemente se cumplían cada una de las veces.

No era nada concreto, la sensación era más o menos intensa en relación con el hecho que se iba a producir, a veces por proximidad a mi persona o a veces por la gravedad de lo ocurrido, pero nunca había dejado de acontecer algo a mi alrededor cuando tenía «la sensación». Por el contrario, esta tampoco aparecía cada vez que iba a suceder algo.

Aquella noche, además, se había acompañado de sueños inquietos de mujeres que eran llevadas a un matadero con una etiqueta en la oreja y Leo, en la fila, mirándonos con angustia y pidiendo ayuda a gritos. No pudiendo volver a conciliar el sueño, me levanté y retomé la investigación. Una idea se había empezado a formar en mi mente y seguí dicha intuición.

Realicé una búsqueda en internet por las hemerotecas de los diarios más conocidos buscando los casos de las recientes desapariciones de chicas en la ciudad y cotejé las fechas con los expedientes que tenían el inicio de la ruta en Barcelona. Los resultados me helaron la sangre. Todos coincidían con un margen de veinticuatro horas a lo sumo.

Estaba empezando a encajar algunas de las piezas, tan solo para confirmar que teníamos entre manos lo que, posiblemente, había provocado la desaparición de Leo. Era más que posible que ella hubiera descubierto algo, así como era tan probable o más, que Carlos tuviera mucho que ver en esta trama.

Pero todo eso no se lo quise explicar en estos momentos a Clara. Íbamos, invitadas a comer a casa de Álvaro y lo que había averiguado podíamos retomarlo más tarde. De todos modos, «la sensación» estaba ahí, con sus alas negras sobrevolando nuestras cabezas.

—¡Dios mío, Berta! —Los ojos de Clara denotaban su inquietud—. ¿Quieres que hablemos ahora de eso?

—No hay mucho de lo que hablar. —Cuando intentaba capturar los retazos de sueño, estos se diluían como la sal en el agua, no pudiendo concretar lo soñado y quedándome tan solo la magnitud de la sensación—. Esta noche ha sido muy intensa, pero como en ocasiones anteriores, no te puedo decir a qué hacía referencia.

—Cada vez que me explicas estas cosas, me dejas inquieta. —En seguida Clara rectificó—. Sí, ya lo sé, eres tú la que tienes esas sensaciones y supongo que el desasosiego que a ti te queda es como el mío pero multiplicado. Sin embargo, me siento impotente por no poder hacer nada.

—Tenemos que esperar, nos enteraremos tarde o temprano. Por desgracia.

Jamás «la sensación» había traído una buena noticia. Pero poco teníamos que hacer sino

aguardar a que lo que fuese a pasar, sucediera.

Para ser lunes por la mañana, la cafetería estaba poco concurrida. La gente que no trabajaba llenaba las tiendas del centro para realizar sus compras de Navidad. Comidas, regalos, adornos... eso era lo que imperaba en las cabezas de todo el mundo estos días, aderezados con musiquitas machaconas y sensibleras que nunca había disfrutado. ¿Por qué los villancicos tenían que ser así, concebidos para mentes atrofiadas? Había mucha buena música cantada en estas fiestas que no tenían por qué ser precisamente esas gilipolleces pseudomusicales con campanillas y cascabeles.

Me di cuenta de que en las fechas en las que estábamos, los días de celebración eran inminentes y yo ni me había parado a pensar qué iba a hacer.

—Lo que sí tendría que hacer es llamar a Malena y a Eloy para organizar las fiestas —dije asimismo—. He estado mucho tiempo en un agujero, y ahora acabo de escalar una sima. Vuelvo a estar en circulación y debería agradecerles lo que han hecho por mí, demostrándoselo de alguna manera.

—Por supuesto. —Clara sabía que intentaba echar tierra al asunto de «la sensación», y me lo hizo saber—. Pero aunque esta noche hables con ellos de tus planes, no dejemos de estar pendientes de lo que suceda a nuestro alrededor.

—Es inevitable y lo que suceda nos salpicará de lleno. Cuando aparece «la sensación» me arrastra con ella al ojo del huracán.

Y dicho esto, sonreí a mi amiga sinceramente. Necesitaba su comprensión y sabía que haría todo lo que estuviera en su mano por quitarle hierro al asunto aunque la preocupación se hubiera albergado en sus tripas.

* * *

Se nos hacía tarde y Clara no bajaba del piso de arriba. Me acerqué a la escalera y le volví a gritar, por enésima vez, que debíamos salir ya.

Esta vez sí que escuché que salía del lavabo al cerrar la puerta y que, por fin, bajaba las escaleras.

Había visto a Clara arreglada infinidad de veces, y sabía cómo sacar partido de sí misma, pero aquella vez se había superado. Había relegado sus pantalones al fondo del armario y se había vestido con un elegante y sencillo vestido negro que se ajustaba a su cuerpo realzando la curva de su cintura y sus caderas. Pocas veces Clara enseñaba las piernas, pero nunca entendí por qué, ya que las tenía muy bonitas, sobre todo si se calzaba unos zapatos de salón con tacones, no muy exagerados, como hoy. Recordé que Clara, fuera adonde fuera, siempre echaba en su maleta un conjunto por si surgía la ocasión. Era muy presumida y quería poder estar siempre perfecta en caso de surgirse una cita.

—¡Guau! —exclamé y solté un silbido—. Desde luego vas a romper algún que otro corazón hoy.

—Todo es poco para poder reparar la impresión que se debió llevar ayer tu vecino con mi

entrada tan ridícula.

—Tú no hiciste una entrada ridícula. Entraste con una decisión que, eso sí, se resquebrajó nada más se cruzaron vuestras miradas.

—No te rías de mí, Berta. Anda, dime qué tal está el recogido por detrás. —Y diciendo esto, se dio la vuelta.

—Estás guapísima. Inmejorable. Anda, vamos ya, que no me gusta llegar tarde.

Salimos por la puerta de la cocina, cerrando tras de nosotras. Yo llevaba una tarta de frutas y Clara una botella de Juvé & Camps bien frío. Aunque el día era helado, ella se había cubierto tan solo con un ligero chal, lo que ratificó aquel dicho de que «para lucir hay que sufrir».

La casa vecina era algo más pequeña que la mía, pero Ana, la mujer de Álvaro, tenía muy buen gusto y logró darle a su hogar un aspecto agradable y acogedor que este mantuvo después de su muerte. Y es que Ana era acogedora de por sí.

Álvaro nos recibió encantado. Estaba impecable y atractivo, jersey oscuro de cuello alto y pantalón gris. Olía a *after shave* —su barba se veía perfectamente delineada— y a tabaco de pipa. Cuando le presenté a Clara, diría que sostuvo su mano más de lo que hubiera sido necesario y el protocolo requería. De hecho, tanto él como ella empezaron un juego de seducción con poses y miradas que me tenía fascinada. Hacía tanto tiempo que yo no sentía atracción por nadie, que ese despliegue en plan «cola de pavo real» me sorprendió y no pude menos que pasarme la velada contemplando cómo cada uno utilizaba sus armas de flirteo.

Las artes culinarias de Álvaro nos dejaron anonadadas. De primero nos sirvió una sopa de pescado en un bol cubierto por hojaldre y al gratén, que estaba deliciosamente perfecta, regada con un excelente *priorat* Les Brugueres que me recordó que Álvaro era un verdadero experto enólogo. De segundo, el conejo a la cazadora con setas de temporada nos hizo perder los papeles a las dos. Acompañado por un Gran Caus, yo me chupé, literalmente, los dedos.

El postre ya fue una apología de la gula pues nuestro anfitrión había preparado un flan casero de huevo con nata hecha a mano y le sumamos la tarta que habíamos traído nosotras, momento en que brindamos con el cava, por lo que cuando nos retiramos al salón después de ayudar a Álvaro a recoger la cocina, no podíamos mover ni las pestañas.

Nos acomodamos en el sofá mientras Álvaro se arrodilló frente a la chimenea y se dispuso a encender un fuego. Se me ocurrió que podría poner algo de música, pero no me atreví a pedir permiso para trastear en su discoteca ya que estaba la tele puesta, aunque a un volumen bajo.

Hay gente que vive con las imágenes del televisor. No sé si es por la compañía o porque no pueden soportar el silencio de la soledad. Bueno, al fin y al cabo, las dos cosas vienen a ser lo mismo.

Yo era una persona que valoraba mucho el silencio. Necesitaba esa intimidad que dan los momentos en soledad y no podía entender como mucha gente se pasaba las horas delante del monitor viendo cualquier cosa que programara cualquier cadena de telebasura. Horas y horas de sedentarismo con el mando en la mano y, como mucho, una bandeja al lado con comida de la misma calidad que el programa que se estaban tragando.

Por otro lado, notaba que a aquellos dos quizás les apetecería unos minutos de intimidad. O quizás no, al contrario, se encontrarían tan cohibidos que el encontrarse cara a cara, sin nadie que les hiciera de carabina, les haría avergonzarse hasta el enrojecimiento de la raíz del pelo. Me propuse fijarme y si notaba algo, ya buscaría una excusa más adelante.

La conversación durante la comida había sido agradable y fluida, por lo que en unos minutos retomamos el ritmo. El tema se centró, en ese momento, en el trabajo de Clara. Álvaro se interesó por todo lo que hacía en el VIDO^[4], el Departamento de Violencia de Género. Yo sabía que Álvaro había sido abogado, aunque hacía años que estaba jubilado a causa de una afección cardíaca que le supuso un antes y un después en su carrera, pero nos explicó que estaba suscrito a numerosas revistas legales y que se mantenía al día en todo lo referente a su profesión. Asistía a charlas y se reunía con amigos ya jubilados como él o cercanos a dicha jubilación, por lo que sabía que estaba al tanto de todo lo que se modificaba en temas legales.

Siempre he pensado que en cualquier profesión has de mantenerte al día, pero en la de abogado, en especial —así como en la de cualquier especialidad médica— no dejas nunca de estudiar. Seguramente sucede en más profesiones de las que yo creo, pero en muchas, el aprendizaje del día a día dedicándote a ello, suple esa instrucción continua.

Llevábamos varias copitas y el calorcito del fuego y de la charla nos estaba sumiendo en un sopor apetecible. Nuestros espíritus estaban distendidos y nos encontrábamos disfrutando de aquella tertulia, cuando empecé a sentir una inquietud incierta dentro del pecho. Algo intangible que estaba anidando en mi interior, sin explicación alguna, pero que cada vez más requería mi atención.

Me removí inquieta, intentando disimular mi desasosiego. Centraba mi interés en escuchar la conversación y no despistarme con nada, pero me era, cada vez más difícil.

Las imágenes del televisor me embebían, atrayendo mi atención, aunque yo luchaba por no distraerme. Me obligaba a no apartar la vista de mis amigos, e intentaba seguir su conversación con una firme voluntad.

La noticia que en esos momentos estaban dando en el Telenoticias estaba calando en mi cerebro. Mi subconsciente estaba más pendiente de la escena que se estaba desarrollando en la pequeña pantalla que en cualquier otra cosa, hasta que me sorprendí con la vista fija en aquel coche que conocía muy bien por haberlo visto entrar y salir continuamente del garaje de al lado de mi casa.

La charla de mis amigos desapareció y solo resonaba en mi cabeza las palabras de la locutora explicando el hallazgo de un cadáver, en un claro del bosque, en una montaña cuyo nombre me era familiar, pero que aún no había centrado en el plano virtual de mi memoria.

En un momento dado, tanto Clara como Álvaro se dieron cuenta de que me había quedado abstraída, con la mirada clavada por encima de sus hombros hacia un punto más allá de sus personas. Siguiendo la trayectoria de la misma, se percataron de qué era lo que me tenía tan absorta. Álvaro se levantó a coger el mando y subió el volumen.

«... en un camino intransitable situado en el corazón del Parque Natural del Montseny, apartado de la carretera que va desde Sant Celoni a Santa Fe. Unos vecinos que tienen un restaurante por la zona de La Falda del Montseny lo han encontrado esta mañana mientras paseaban con los perros de la finca.

»Fuentes bien informadas nos han explicado que el cadáver llevaba varios días en el punto, donde había sido encontrado, al lado del coche y aún se desconocen las causas de la muerte ya que están esperando la llegada del juez que autorice el levantamiento del cadáver.

»Tampoco se ha sabido la identidad de la persona que yace en estos momentos al otro lado del perímetro policial...».

Empecé a temblar, hecho del que Clara se dio cuenta y dedujo que la persona que habían encontrado no me era ajena.

—¿Qué está pasando, Berta?

—El coche... —balbucí—. Ese es el coche de Leo. Estoy segura, es el suyo. —El temblor iba en aumento por momentos—. Es su coche. Esa matrícula. La conozco.

—Berta, tranquilízate. —Clara se acercó y me abrazó—. No han dicho nada concreto todavía. Tenemos que enterarnos de qué ha pasado y, sobretodo, de a quién han encontrado.

Álvaro me puso en las manos una taza con una bebida caliente que supuse que debía ser tila o alguna otra infusión de esas de bolsita debido a la etiqueta que colgaba fuera del borde. En algún momento se debía haber levantado a prepararla en la cocina.

Hecho esto, tomó el mando del televisor para hacer *zapping* buscando emisoras de noticias donde enterarnos del suceso lo más ampliamente posible. No encontramos nada más. Aquella cadena debía haber obtenido un chivatazo y enviado un reportero con una unidad móvil, que no debía saber mucho más de lo dicho debido a que el cordón policial no dejaba que se acercara nadie a la escena en sí.

Al final, todas las cadenas de televisión se harían eco, pero no sería hasta pasadas unas horas cuando se conocerían datos más específicos.

Capítulo 16

*And I am not frightened of dying,
any time will do,
I don't mind. Why should
I be frightened of dying?
There's no reason for it,
you've gotta go sometime.*

Y no le tengo miedo a la muerte,
en cualquier momento llegará,
no me importa.
¿Por qué debería tenerle miedo a la muerte?
No hay razón para ello,
tienes que ir alguna vez.
«*The great gig in the sky*», Pink Floyd.

El fin de la velada fue un desastre. Clara y yo nos despedimos de Álvaro al poco, ya que después de la noticia vista en la tele, nuestra conversación no podía retomar la frescura que tan agradable nos estaba resultando.

En la puerta nos prometimos repetir la experiencia, así como llamarnos si nos enterábamos de algo más concreto acerca de la identidad del cadáver hallado. Entrando en casa, Clara me retuvo justo al cerrar la puerta y me dijo:

—¿No deberíamos haberle contado algo a Álvaro?

—No, claro que no —negué convencida—. ¿No querrás que le expliquemos que hemos entrado en casa de Leo cuando ellos no estaban?

—Él es abogado, Berta.

—Pues precisamente por eso. Su deber sería dar parte. En estos momentos somos unas delincuentes.

En silencio subimos las escaleras para cambiarnos de ropa y ponernos algo cómodo. La noche iba a ser larga.

Al llegar al piso de arriba, me volví hacia Clara y, asustada le pregunté:

—¿Y ahora qué va a pasar? La policía entrará en casa de Leo a buscar a Carlos, o alguna pista que les conduzca a él y verán que he entrado.

—Tranquila, Berta —me dijo Clara, aunque se notaba que la que no lo estaba era ella pues no dejaba de moverse como si tuviera el baile de San Vito—. No hay nada que te relacione con el allanamiento. Y si encuentran alguna huella pues... bueno... tú eras amiga de Leo. Puedes haber estado en su casa en alguna ocasión, sería comprensible.

Seguimos por el pasillo y entramos cada una en nuestro dormitorio.

No pasaron ni dos minutos antes de que yo saliera de mi cuarto con el desasosiego en la garganta y llamara como una desesperada a la puerta de Clara, entrando sin esperar que me diera permiso.

—¡Pero cuando registren la casa de Caldes, sí que verán el cristal roto y nos pueden meter en la cárcel!

—¡Berta! —me gritó Clara—. ¿Quieres hacer el favor de relajarte, que me estás poniendo de los nervios? —Me cogió de los hombros y me obligó a que le mirara a los ojos—. Respira y tranquilízate. Razona un poco: ¿Qué relaciona a tus vecinos con la casa en una urbanización perdida de la mano de Dios, en un bosque prácticamente laberíntico y que no sale ni en los mapas?

—Los documentos y unos albaranes que estaban en su casa.

—Perfecto. ¿Ves a lo que me refiero?

—¿A que los cogí yo?

—Exactamente. Los tenemos nosotras.

La sonrisa picara de Clara no me calmaba en absoluto. Necesitaba otro tipo de garantías y no solo la de mentir y esconder a la policía una información vital.

—Deberíamos hablar con ellos y darles todos esos papeles.

—Pues yo creo que no —dijo Clara muy segura—. Primero investigaremos nosotras, a ver si ponemos en claro todo lo que hemos encontrado, y cuando sepamos qué es lo que está pasando, se lo contaremos.

—Pero con Leo muerta, ¿no deberíamos...?

—No sabemos si Leo está muerta —aseveró Clara con vehemencia—. ¿Quién ha dicho que Leo esté muerta?

—La tele... las noticias... los mossos... —balbucí, cada vez menos segura.

—No sabemos nada en concreto. De hecho, no sabemos nada de nada, tan solo que han encontrado un muerto, que en el escenario has distinguido un coche y has creído reconocer el todoterreno de Leo, pero no han dicho nada más. —Lo que decía Clara estaba cargado de lógica—. Ya está bien de tantas presunciones. Así que cámbiate de ropa, ponte el chándal más gastado y amplio que tengas, unos calcetines, nos hacemos un té y nos tiramos en el sofá. Entonces planearemos qué vamos a hacer. —Y apartándome de un manotazo, Clara salió disparada hacia el lavabo—. Y déjame pasar, que me estoy meando. Llevo todo el día sin ir al lavabo para no tener que quitarme esta horrible faja.



Nos reunimos en la cocina, ya cambiadas, y mientras Clara encendió el calentador de agua para el té, yo saqué una cajita de madera con departamentos, y dentro de cada uno de ellos se apretujaban unas cuantas bolsitas de un tipo diferente de té: aromáticos, de hierbas, de frutas, Earl Grey, Puerh, Breakfast y unos cuantos más, cada uno enfundado en un envoltorio de plástico, conformando un repertorio para todos los gustos y ocasiones.

Fue un regalo de Malena, hacía muchos años para una ocasión, no recuerdo si por mi cumpleaños o por el día de la madre. El caso es que era muy niña y su padre le ayudó recortando las maderitas, que colocó dentro formando el entramado de compartimentos y luego la forró, recortando papeles de flores y pegándolos con un pincel y cola.

Eloy era muy chiquitín, pero adoraba a su hermana y siempre quería hacer todo lo que ella hiciera, así que quiso colaborar en el regalo, por lo que él fue el encargado de dibujar la tarjeta de felicitación. Todo el que haya tenido hijos sabe que cuanto más infantil y horripilante sea el dibujo, más les gusta a ellos, así que en esa tarjeta no solo nos dibujó a Malena, a su padre, a él y a mí, sino a toda la colección de protagonistas de Son Goku, de Código Lyoko y, creo recordar, también de Doraemon.

Cogí dos tazas y puse una bolsita en cada una de ellas.

—¿Fresa con chocolate blanco?

—Estupendo, mmm...

Clara las llenó de agua en cuanto la tetera se puso a pitar y yo las cubrí con sus tapas para dejarlas reposar unos minutos.

—Mañana cuando regrese al juzgado voy a indagar a ver qué se sabe —me dijo Clara mientras llevábamos las tazas al salón y nos acomodábamos—. Preguntaré a cualquiera de los policías que conozco, cuando vengan a acompañar a un detenido. Una noticia como esa corre como la pólvora.

Ella se sentó y yo me dirigí a buscar algo de música. Había adquirido aquella misma semana *Blue & Lonesome*, el nuevo disco que los Rolling Stones acababan de lanzar. Eran doce temas de *blues*, una verdadera joya que estaba deseando escuchar, así que pensé que aquella podría ser una buena ocasión. No iba a poder deleitarme con esa primera audición, pero escuchar a los Stones cantando *blues* era algo sublime que calmaba cualquier ánimo descompensado.

En cuanto regresé y me senté, Clara siguió explicando lo que había organizado:

—Me quedan unos cuantos días de fiesta —dijo mientras soplabla la taza humeante—. Voy a ver si puedo cogermelo alguno ahora, dependiendo de las fiestas de mis compañeros. Pero creo que no habrá problema, ya que todos se esperan a coger sus días en Navidad. Esta semana no creo que haya falta de personal.

—¿Y qué hago yo mañana? —pregunté. Bebí un sorbo; el intenso aroma de la fresa, potenciado por el chocolate, hacía de ese uno de mis tés favoritos.

—Sigues mirando los papeles que trajimos y elaborando las tablas de comparativas, a ver si sacamos algo en claro.

Lo que decía Clara me pareció una estupenda idea. Yo era buena con las listas y en esos momentos, entre la embriaguez de la música, el té que calentaba mi interior, relajando los nervios que habían estado todo el día en alerta máxima, y la falta de sueño de la noche pasada, me estaba entrando una modorra que me hacía cerrar los ojos irremediablemente.

—Me gusta que estés aquí, Clara —dije, ya totalmente relajada—. No hubiera podido con todo esto yo sola. Tienes un carácter fuerte que me ayuda mucho.

—Tú también eres de fuerte carácter.

—Sí, pero ante estos problemas, tú mantienes más la calma —dije, reconociendo sus virtudes—. Yo me ahogo en un vaso de agua.

Y poco a poco, rodeadas de las notas del *blues*, la taza de té en la mano, el aroma de la fresa intensa, y la compañía de Clara, en silencio a mi lado, nos fuimos quedando dormidas en el sofá.

De madrugada nos despertamos y nos dirigimos a la cama.

Capítulo 17

*Of our elaborate plans, the end
Of everything that stands, the end
No safety or surprise, the end
I'll never look into your eyes... again.*

De nuestros elaborados planes, el final,
de todo lo que permanece en pie, el final.
No más seguridad o sorpresa, el final
Nunca te miraré a los ojos... de nuevo.
«The end», The Doors.

Cuando me desperté al día siguiente, Clara se había marchado a trabajar. Me había dejado una nota al lado de la cafetera, y aprovechando que todavía había café hecho de aquella mañana, decidí no salir y desayunar en casa.

Llamé a Malena y repartimos las responsabilidades en las compras y comidas de Navidad.

Quedaban poco más de diez días y nunca me había gustado dejarlo todo para el último momento.

Mi hija me preguntó si quería que fuésemos las dos juntas de compras y me pareció una brillante idea, así que quedamos en llamarnos cuando ella se organizara el trabajo con su hermano, y yo cuando supiera algo concreto sobre los días en que iba a venirse Clara. Noté que Malena estaba emocionada y muy ilusionada por mi mejoría y cuando me despedí le dije que la quería mucho y que sin ellos no hubiese podido superarlo todo. Al colgar, las dos teníamos los ojos húmedos, pero somos demasiado orgullosas para dejar que se nos note.

Respiré hondo para quitarme las telarañas de los sentimientos sensibleros de encima y me dispuse a retomar la investigación. Sobre la mesa de la cocina dispuse los papeles de la carpeta que cogimos en el chalet y seguí trasladando a las tablas de excel los datos de lo que allí iba discerniendo.

No llegaba a entender las cifras, pero sí iba tomando forma, que estábamos tratando con mujeres y no con ganado. Mis búsquedas por internet me fueron confirmando que los destinos coincidían con paraísos sexuales para gente de gran poder adquisitivo. Ahora lo que teníamos que

encontrar era algo que implicara a Carlos con toda aquella trama y que no fueran solo los documentos que él pudiera tener en su poder por miles de causas ajenas a su participación. No tenía idea de cuál era, pero sí sabía que teníamos que encontrar esa pista.

Se me ocurrió que podía llamar a Alicia. Tenía la excusa. Cada año pasaba la noche de Nochebuena en su casa y podría preguntarle con qué quería que colaborara yo aquella fecha.

A mi hermana le hizo mucha ilusión escuchar mi voz y percibir la mejoría que yo había experimentado. Alicia se inmiscuía muy poco en la vida de los demás, pero siempre estaba cuando la necesitabas.

En cuanto pude, saqué a colación el asunto que me interesaba, de una manera despreocupada, intentando no parecer deseosa.

—¿Dónde estaba aquella empresa cárnica en la que trabajaste durante años? —pregunté, dando algunos rodeos al tema de llevar yo el cordero para la cena.

—En Sentmenat, un pueblo del Vallés, cercano a Granollers.

—Uy, sí, ya lo recuerdo. —No me acordaba en absoluto—. Y te hacían trabajar todo el fin de semana, ¿verdad?

—No, qué va —contestó mi hermana—, los sábados en cuanto los camiones salían con los repartos de ese día, la empresa cerraba hasta el domingo por la noche, que entraba el turno nocturno que preparaba los pedidos del lunes.

—Ah, claro —contesté despreocupadamente—, debían quedarse nada más que los de guardia y la persona que cogía el teléfono.

—Ni eso. Había un contestador automático, cuyas grabaciones escuchaban los que abrían la fábrica el domingo. La vigilancia recaía en una empresa externa común a todas las fábricas del polígono que, como mucho, patrullaba un par de veces al día por allí.

—¿Y si hubiera habido una emergencia? No sé, un fuego por ejemplo...

Alicia soltó una carcajada:

—Siempre tan catastrofista —dijo. Conocía mi forma de ser, potenciada por el trabajo que había tenido tantos años—. Esa emergencia que para ti era el pan nuestro de cada día porque era a lo que te dedicabas, nosotros tan solo la vivimos una vez. Se llamó por teléfono a la central de la empresa de Seguridad y enviaron a un guardia que tenía la llave y el código de la alarma.

Antes de que Alicia se mosqueara por el cariz que estaba tomando la conversación, desvié el tema hacia los regalos de Reyes de los sobrinos y para conocer la identidad de la persona que me correspondía de amigo invisible. Ella era siempre la que se ocupaba del sorteo de los papelitos, y luego nos lo comunicaba a cada uno.

Cuando colgué repasé las notas que había ido tomando, con los horarios de apertura y cierre de la fábrica, así como la de la empresa de seguridad que se ocupaba de la vigilancia. En la mano tenía una nómina de Carlos y una sonrisa se me dibujó en la cara al constatar que, si no era la misma empresa, sí estaba en el mismo polígono. Eso suponía un enorme golpe de suerte. Tendría que enterarme de si era la única cárnica del complejo, pues de ser así, nos iba a evitar perder mucho tiempo y centrar la investigación.

Miré el reloj: ¡no me lo podía creer! Eran más de las cuatro de la tarde, en nada, se me echaría la noche encima y yo ni me había acordado de la comida.

Me dirigí a la cocina a hacerme cualquier cosa. Calenté la plancha y me preparé un sándwich de jamón. Lo devoré junto con un zumo de naranja y un yogurt. Debía vigilar la dieta y compensar

los excesos de los días anteriores, ya que dentro de un par de semanas me extralimitaría de nuevo con los manjares que se suelen preparar en estos ágapes familiares.

Y después del refrigerio, sí me permití pasar al salón y tomarme el té con algo de música. Elegí el álbum *Santana III* del increíble Carlos Santana y a ritmo caribeño reorganicé los papeles para poder encajar teorías en mi mente.

El anochecer me pilló desprevenida una hora antes de que me llamara Clara comunicándome que ya estaba a punto de salir del trabajo. Se le había hecho tarde, pero traía información jugosa.

No quiso soltar prenda hasta llegar a mi casa tras pasar por la suya para coger algo más de ropa.

Me levanté a encender las luces y me dispuse a disfrutar de la música mientras esperaba a mi amiga.

* * *

Escuché unos golpecitos en el cristal de la puerta de la cocina y me acerqué a ver quién llamaba a esas horas. Al apartar la cortina me encontré con el rostro sonriente de Álvaro. Con un saludo, le franqué la entrada.

—Pasa, pasa. No te quedes ahí fuera, que hace un frío espantoso. —Me aparté a un lado y le pedí que tomara asiento—. Voy a preparar un café. ¿O prefieres un té a estas horas? Clara está de camino.

—¿Viene Clara? —No pudo disimular una chispa radiante que le iluminó el semblante durante un breve segundo. Más que una pregunta, había sonado como una alegre constatación.

—Sí, eso me ha dicho hace un momento por teléfono. —Me volví para que no se me viera la sonrisa—. Tenía la intención de cogerse un par de días más de vacaciones, pero no sé si lo habrá podido arreglar.

Al volverme vi en Álvaro esa carita que pone un perro ansioso cuando tienes una galleta en la mano destinada a dársela.

—¿Quieres cenar con nosotras o tienes algún otro compromiso? —pregunté.

—Bueno, me había dicho mi hija que fuese a cenar esta noche a su casa, pero si me das un minuto, la llamo para anularlo.

No se me ocurrió llevarle la contraria. Notaba que la noticia le había alegrado la noche.

Y mientras escuchaba como Álvaro telefoneaba y le daba una excusa a su hija, abrí la nevera para decidir qué iba a preparar con lo que tuviera. No había hecho compra y disponía de poco material. Tendría que sacar partido de mi famosa «cocina del recurso».

Tengo que confesar que me entusiasmaba la idea de que, al llegar Clara, se encontrara con él a solas en el salón, pero me daba rabia perderme la cara de sorpresa de mi amiga, así que decidí apañármelas con lo que tenía y no salir a comprar para poder estar presente en ese momento.

Álvaro no solo encendió la chimenea, sino que fue a por una botella de vino a su casa. Como ya he dicho antes, era un gran entendido y gustaba de los buenos caldos, por lo que abrió y decantó

un Vega Sicilia para tenerlo aireado a la llegada de Clara.

Cuando llamó a la puerta, fue recibida por nuestro invitado, copa en mano y sonrisa en boca. No sé si Clara sufrió una experiencia orgásmica en ese momento, pero sí vi los colores en sus mejillas cuando entró y Álvaro cogió su abrigo y su bolso.

—Hola cielo —le susurré en cuanto tuve oportunidad—, ¿has conseguido esos días de fiesta?

—Sí, tengo lo que queda de semana. El fin de semana tengo guardia en principio.

—Ok, vamos a cenar y luego te cuento lo que he descubierto cuando estemos a solas.

—Vale. *Top secret*. Pero de lo que me he enterado yo, sí que vamos a hablar durante la velada.

Y aunque me quedé inquieta, me dirigí a la cocina para seguir con la cena mientras Clara y Álvaro ponían la mesa y coqueteaban a la menor ocasión. Tenía unos calabacines y media docena de huevos, por lo que decidí preparar una crema de calabacín con queso y picatostes y de segundo un revuelto de setas y gambas con un bote de conserva y unos congelados.

Clara aún no había abierto la boca con respecto al asunto de Leo, y no sabía si lo iba a hacer estando Álvaro allí. Supongo que podía hablar de lo que se habría enterado sin entrar en los detalles de nuestras investigaciones.

Cuando nos sentamos a la mesa, Clara por fin sacó el tema.

—Me he entretenido más porque me he tomado un café a la salida del trabajo con mi amiga Luisa, una mosso d'Escuadra con la que me he corrido alguna que otra juerga, cerrando bares y tabernas, en otra época. —Clara había tenido aquella etapa de «comerse-el-mundo-que-se-acaba» justo después de separarse—. Y me ha puesto al día sobre lo del cuerpo encontrado en el Montseny.

Cuando Clara daba aquellos rodeos para explicar algo, mi carácter impaciente me consumía.

—Le he tenido que decir lo de que nos parecía que el coche era el de tu vecina —continuó, volviendo su mirada hacia mí—, pero claro, esa es la verdadera razón, ¿no?

—Clara, por Dios. —Me impacienté—, ¿quieres hacer el favor de explicar ya qué te ha dicho?

—Pues básicamente dos cosas: la primera es que no se trata de Leo.

Solté un suspiro de alivio, aunque inmediatamente volví a aguantar la respiración previendo que la noticia no se había acabado ahí e iba a ser un bombazo.

—Y la segunda es que se trata de Carlos.

Capítulo 18

*When you know that your
time has come around,
you know you'll be prepared for it.
Say your last goodbyes to everyone,
drink and say a prayer for it.*

Cuando sabes que tu hora ha venido,
tú sabes que estarás preparado para esto.
Di tus últimas despedidas para todos,
bebe y di una plegaria por esto...
«*Dance of death*», Iron Maiden.

—¿Carlos? —preguntó Álvaro más sorprendido aún que yo. Él no estaba al tanto ni de los maltratos a Leo ni de los follones que estábamos investigando Clara y yo.

—Sí, eso es —respondió Clara.

—¿Carlos? —volví a preguntar yo atónita.

—Sí, sí, sí, Carlos. Me lo ha contado mi amiga que está en el cuerpo de guardia del Edificio G, el Institut de Medicina Legal i Ciències Forenses de Catalunya —insistió Clara.

Yo ya sabía por ella, porque me lo había explicado alguna que otra vez, que en los juzgados había no solo muchas filtraciones, sino que cuando una de estas salía a la luz, la noticia corría como la pólvora. Aún así, tenías que dar con una de las primeras personas conocedoras de ella, porque si el rumor se difundía demasiado, la misma se distorsionaba e iba perdiendo credibilidad por la cantidad de exageraciones que iba adquiriendo a causa del boca a boca. De hecho, esas mismas fuentes eran las que habitualmente pasaban el aviso a algún periodista. De ahí que estuvieran tan pronto en el lugar del delito, aunque no supieran más que lo que podían ver desde lejos, alrededor del perímetro policial.

—Lo encontraron unas personas que paseaban con los perros —explicó Clara—. Bueno, de hecho, lo encontraron los propios perros que lo olieron y empezaron a ladrar. Se le ha podido identificar por el coche, que se hallaba entre unos árboles, cerca del cadáver y la documentación que estaba dentro, porque lo que es el rostro, estaba irreconocible. Le habían golpeado con una

piedra hasta matarlo. Cabeza y cara.

Noté como la náusea me subía por la garganta. Ya no tan solo por lo que mi mente imaginaba al escuchar aquellas palabras, sino por el hecho de conocer al cadáver en cuestión.

—Sigue, por favor —intervino Álvaro que estaba a mi lado cogiéndome la mano por encima de la mesa, temiendo que me desmayara.

—Pues poca cosa más me han contado —respondió Clara—, ya que el resto es seguro que se trata de especulación. Nada de lo que se pueda inventar nadie se confirma si no es la oficina forense la que lo aclara. Y de imaginación no carece nadie en los juzgados...

—¿Pero qué es lo que ha pasado? —acerté a preguntar.

—No lo sabe nadie aún, Berta. —Si Clara sabía alguna cosa más que no había dicho, estaba claro que no iba a hacerlo hasta que estuviésemos solas—. Tan solo las circunstancias del hallazgo del cuerpo. Nada sobre las causas.

No me hacía falta. Mi imaginación también volaba barajando los motivos que deberían haber jugado en el asesinato de Carlos. Y en todos ellos me cuadraba que el móvil pudieran ser los papeles que escondíamos en el cajón del mueble del salón, a unos metros de donde estábamos sentadas. Lo que no había manera de saber era quién había perpetrado el crimen. Y había otra duda que me estaba quemando por dentro.

—¿Y qué se sabe de Leo? —No pude aguantar más. La desazón me consumía.

—Nada de nada. Nadie habla de ella —continuó Clara—. ¿Quién puede saber que ha desaparecido también?

—Tendremos que esperar a que dé señales de vida.

Álvaro se removió inquieto en su asiento.

—¿No tenéis ni idea de qué le puede haber pasado? —preguntó.

Clara y yo nos miramos, tan solo un segundo, pero notó mi decisión de no involucrarlo.

—Ni de eso ni de dónde puede estar —le respondió, antes de que yo abriera la boca.

—Si os enterarais de algo, sabed que es necesario e imperioso que se lo digáis a la policía.

—No era tonto, algo debió de notarnos. Era abogado, conocía el peligro en que nos podíamos involucrar.

Tuve ganas de ponerlo al tanto de lo que habíamos descubierto, pero supe de inmediato que nos haría entregar la documentación a la policía y eso suponía que tendríamos que explicar de dónde la habíamos sacado. Habíamos incurrido ya en varios delitos y me estaba oliendo que no del nivel de una multa de tráfico.

De repente caí en la cuenta de que la policía se iba a cruzar en nuestros caminos.

—¿Y qué va a pasar ahora? —pregunté intentando que no se me notara la ansiedad. Fracasé por completo, la voz se me rompió por el temblor.

—¿A qué te refieres, Berta? —Clara se estaba contagiando de mi miedo pues, aunque ella tenía un carácter firme y templado, nos estábamos dando cuenta de que, en algún momento u otro, la investigación policial haría que nuestros caminos y los de la policía se cruzaran. Y no tardarían mucho.

—Pues a que si los mossos vendrán a preguntar algo.

—Pues sí, creo que sí. —Esta vez fue Álvaro quien contestó—. Tanto a ti, Berta, como a mí, por ser vecinos directos de Carlos, nos harán alguna pregunta.

Disimulé como pude el temblor que amenazaba con dejar caer la copa de mis manos. Me

levanté a recoger los platos y de ese modo tranquilizar el espantoso temor que se estaba apoderando de mi persona.

—Serán solo preguntas de rigor —siguió explicando Álvaro—, pero como en este caso no sabemos nada, no pasarán de ahí. Que si somos vecinos y que cuándo los vimos por última vez. Nada más pueden preguntar.

Dejé los platos sobre la encimera, de espaldas a los dos e intenté calmarme. La cabeza me daba vueltas y me veía con las esposas puestas, camino de la cárcel, arrestada por haber allanado una casa. ¡Qué digo una casa! Dos llevaba ya. Necesitaba tiempo para tranquilizarme y recapacitar sobre todo eso. Nunca me había visto envuelta en un caso de tal envergadura.

Escuchaba de fondo como Clara y Álvaro hablaban del tema, repitiendo lo que ya habíamos hablado y decidí aparcas mis temores hasta que se hubiera ido mi vecino. Entonces podríamos hablar ella y yo y decidir qué íbamos a hacer.

Me costó pero logré relajarme o, cuanto menos, hacer ver que lo estaba. No me podía creer lo buena actriz que era Clara. Había desviado el tema y estaba riendo y coqueteando de nuevo con Álvaro, como si no hubiera pasado nada, por lo que el resto de la noche no volvimos a sacarel asunto; y cuando pasamos al salón a tomar los cafés y la copita, hasta dejé que Clara fumara dentro del salón, abriendo una ventana. La idea de que salieran al jardín y me dejaran sola un rato se me hizo insufrible.

Elegí para escuchar *Déjà Vu* de Crosby, Stills, Nash & Young. Quizás no era lo más adecuado, pero necesitaba algo que me pusiera las pilas y me calmara el espíritu y este cuarteto ya lo había hecho en numerosas ocasiones. Esperaba que lo volvieran a conseguir una vez más.

La charla se alargó hasta bien pasada la medianoche, momento en el que Álvaro, quizás notando que no iba a conseguir que Clara acabara la noche con él a solas —y yo tampoco propicié el final feliz—, se marchó con la promesa de que volviésemos a repetir la reunión un día de estos, quizás en su casa.

* * *

Cuando nos quedamos a solas Clara y yo, me derrumbé. Toda la ansiedad que había estado tratando de retener sin que se me notara, salió al exterior. Y mi sorpresa fue enorme cuando me di cuenta que a Clara le había pasado lo mismo.

Lo primero que hice fue prepararle a Clara un lingotazo, antes de hablar realmente de lo que nos preocupaba. Con toda esa adrenalina que habíamos retenido durante la cena, nuestro cuerpo se estaba desmoronando por momentos, así que no tardaríamos mucho en caer rendidas de cansancio.

Aún así, sabía que Clara me quería contar lo que sabía del hallazgo del cadáver de Carlos y yo tenía que ponerla al día con lo que había descubierto. No quería esperar al día siguiente.

—No he explicado todo lo que me ha dicho Luisa porque lo ha hecho de forma confidencial. Me ha hecho prometer que no saldría de nuestra conversación. Está saliendo con el ayudante del forense y claro, si se entera de que me ha ido contando intimidades, podría tener un problema.

No me extrañaba que hubiese tantas fugas en cualquier departamento policial o judicial si nadie podía mantener la boca cerrada. No hay cosa que más nos incite a hablar que el saber que tenemos que callar bajo «secreto sumarial».

—Encontraron el cuerpo de Carlos ayer por la mañana —continuó Clara—, después de varios días, fecha que coincide con la huida de los dos el jueves por la mañana o, quizás, el miércoles.

—Álvaro me dijo que los había visto hacía unos días y Carlos llevaba a Leo a rastras —recordé—, pero no concretó cuándo. Tendremos que preguntárselo. Acuérdate mañana de que le llamemos.

Me pareció que a Clara le entraba un escalofrío de regocijo por el cuerpo al disponer de una excusa para poder contactar de nuevo con Álvaro. La verdad es que ese hombre debía gustarle en serio porque ella no era tan mojigata. Su comportamiento de niña de quince años no era propio de lo *echá p' adelante* que era con el sexo opuesto.

—Como ya comenté en la cena, me ha dicho que el cadáver encontrado tenía el rostro totalmente desfigurado. Lo habían golpeado con saña en la cara y en la cabeza. Eso, y el haber estado varios días a la intemperie, a merced de los animales y alimañas que pueblan los montes en esta época del año, donde el alimento escasea, han hecho que el estado en que lo han encontrado sea penoso.

»Y suerte a que el clima en esta época es muy frío y por las noches hiela hasta bien entrada la mañana, porque ha permitido que el cadáver no se descompusiera a la velocidad que lo hubiese hecho en otra estación del año.

»De todos modos, tienen una identificación por la documentación que había en el coche, pero está pendiente el reconocimiento oficial por parte de algún familiar. Han estado llamando durante todo el día a Leo, intentando localizarla sin ningún resultado. Según me ha comentado Luisa, tienen pendiente venir a buscarla a casa».

—¿Quieres decir que van a venir a la casa de al lado? —Estaba de nuevo temblando de miedo por la perspectiva de que la policía se acercara tanto.

—Pues claro, Berta. ¿Cómo quieres que investiguen un asesinato si no visitan los lugares y contactan con la gente cercana al muerto? —Clara parecía tenerlo claro—. Y da por sentado que preguntarán a los vecinos, o sea, que vendrán aquí.

—Estarás conmigo, ¿verdad? —Puse mi mano sobre el brazo de Clara—. No podré hacer esto sola.

—Berta, es necesario que estemos lo más serenas posible para cuando vengan a hacernos preguntas.

—En cuanto el inspector me mire fijamente a los ojos y abra la boca, me desmoronaré, lo sé.

Tienen un sexto sentido para detectar cualquier cosa que quieras esconderles. Y yo no sé mentir. Soy muy mala disimulando...

—Has visto muchas películas tú —exclamó Clara con una carcajada—. De momento no lleva el caso ningún inspector, sino los dos mossos que estaban de guardia en el momento del descubrimiento del cuerpo. Carlos no es ningún personaje público ni de interés para nadie —siguió explicando lo que le había contado su amiga policía—, así que no le van a dar la investigación a ningún policía de rango. Luisa me ha dejado eso muy claro cuando me ha dicho que llevaban todo el día intentando contactar con la mujer por teléfono y en casa no contestaba nadie. Tardan más de veinticuatro horas en visitar la residencia conyugal porque no les urge dicha

identificación. Nadie ha denunciado la desaparición del cuerpo y, en definitiva dicha identificación corresponde a un «mindundi». Es una pena, pero hasta para que se interesen por tu muerte, has de ser alguien importante.

—Nosotras sabemos que era algo más que un pobre parado —insistí.

—Tú lo que tienes que hacer es cerrar la boca y no decir que tenemos esos papeles. Que sean ellos los que pregunten y ya veremos por dónde salimos.

Conocía a Clara y sabía que ya se estaba hartando de mi indecisión y pesimismo.

—¿Y tú qué has sacado en claro de todos esos papeles de Caldes?

Me levanté y me dirigí al escritorio donde había guardado los papeles en los que había estado trabajando todo el día. Le pasé la carpeta a Clara y dejé que diera un vistazo mientras yo daba una vuelta por el salón. Fuera del foco de luz con el que nos regalaba la lamparita de la mesita auxiliar, el resto de la estancia estaba en tinieblas.

Al caer la tarde, la belleza de mi barrio se diluía con cada rayo de sol que desaparecía cuando los retazos fantasmagóricos de las tinieblas nocturnas ocupaban su lugar tras el atardecer.

Me acerqué a la ventana y miré hacia afuera. La calle estaba bastante tranquila a aquellas horas. El reflejo de la luna no hubiera sido suficiente para alumbrarla, pero las farolas se sumaban al resplandor derramando un círculo de luminosidad en la acera, en derredor del poste, y un halo de vaho rodeando la bombilla ambarina. El contraste era inquietante.

Cerré la cortina y volví al lado de Clara. Me senté a su lado. Ella levantó la vista de todo aquello y me preguntó con la mirada.

—Intuyo que, en efecto, todo nos dirige a un asunto de trata de blancas —respondí—, nuestras sospechas de anoche se ven confirmadas, cuanto más estudio los datos de cada carpeta. Pero no he encontrado nada que vincule a Carlos con el asunto.

He hablado con mi hermana y sé que la empresa en la que Carlos trabajaba está en el polígono de Sentmenat en el que mi hermana estuvo trabajando. Me huelo que era una de las empresas en las que ella controlaba la calidad de las reses que entraban. Hablando de ello, como si nada, me ha dicho que desde el sábado por la mañana temprano, hasta el domingo por la tarde, la fábrica cierra y no hay nadie dentro. Tan solo hay un vigilante que patrulla por todo el polígono. Lo que no se me ocurre es la manera de convencer al «segurata» para que nos dé acceso a la nave que nos interesa.

—Mira Berta. —Clara estaba ya tan cansada que se le cerraban los ojos—, creo que lo mejor que podemos hacer es irnos a la cama y mañana continuamos con todo esto. Las dos necesitamos descansar y tenemos hasta el sábado para pensarlo. En estos momentos no soy persona.

Y con esto, no tuve más remedio que darle la razón a mi amiga. Nos encaminamos al piso de arriba, nos despedimos en la puerta y nos dispusimos a descansar. Mientras nos separábamos le pregunté a Clara sin mirarle a la cara, antes de que cerrara la puerta de su habitación:

—Álvaro te gusta, ¿no es cierto?

—Creo que se me nota. Es el tipo de hombre que he estado esperando toda mi vida —fantaseó mi amiga—. Oye, Berta, no habrás tenido ninguna de tus sensaciones con respecto a nosotros, ¿verdad?

—Si eso ocurriera, serías la primera en saberlo.

—Casi mejor que no me lo digas.

Casi mejor que no me lo digas. Con esta decisión, desapareció en su habitación mientras

farfullaba algo inconexo.

Capítulo 19

*Someday they'll put me in a squad car
Someday they'll throw away the key
But 'til that day I'll be a mad dog
Cuz that's what you taught me to be.*

Algún día me van a meter
en un coche patrulla
Algún día van a tirar la llave
Sin embargo, hasta ese día
voy a ser un perro rabioso
Porque es lo que me enseñaste a ser.
«*Love's a loaded gun*», Alice Cooper.

Dormí de un tifón hasta las seis de la mañana, momento en el que, inexplicablemente, abrí los ojos sin poder volver a conciliar el sueño. Lo intenté durante más de una hora, pero me fue imposible. Quería dejar dormir a mi amiga, por lo que me di un prolongado y caldeado baño, me vestí, bajé a tomar un café y como a las nueve aún seguía durmiendo, decidí acercarme al vivero a comprar material para el jardín. Era ya el momento de empezar a arreglar el desaguisado que mi dejadez había conseguido, y el trabajo de jardinería nos relajaría lo suficiente para permitirnos hablar sobre el tema que nos preocupaba mientras hilvanábamos los datos y planificábamos la estrategia a seguir.

Escribí una nota a Clara avisándole de que llegaría a media mañana y la dejé sobre la mesa de la cocina, junto con el termo de café recién hecho, por si le apetecía una taza al levantarse. Hecho esto, cogí el coche del garaje. La semana que viene pediría hora al mecánico para hacerle una revisión.

El trayecto lo pasé escuchando la emisora de noticias, a ver si hablaban del crimen de Carlos, pero no comentaron nada. Sin embargo, mientras estuve en el almacén eligiendo el material, se me fue de la cabeza todo lo relacionado con el caso y la desaparición de Leo. La terapia de la jardinería es efectiva desde el primer momento en que te lanzas.

Cuando llegué a casa, Clara ya se había levantado, duchado y estaba preparando unas tostadas.

Se la veía radiante y de buen humor. También había salido a comprar cruasanes recién hechos que olían maravillosamente, y la prensa descansaba sobre la mesa. Varios periódicos dispuestos para poder ojearlos mientras desayunábamos.

¿Qué tenía mi amiga que siempre se levantaba de un humor excelente? Y no solo eso, sino que te lo contagiaba sin remedio. Cuando éramos pequeñas, un verano nos enviaron juntas a estudiar a Francia. Yo llevaba varios años tomando clases de francés en extraescolares, pero ella jamás había asistido a una sola. Sin embargo, cuando mis padres me consiguieron aquella plaza para pasar un mes y medio en un *foyer*^[5] de religiosas, ella no paró de insistir, llorar, patear, y berrear hasta que consiguió que a ella también la enviaran. Lo mismo sucedió cuando llegamos: el mismo espectáculo hasta que nos pusieron en una misma habitación, las dos juntas. Yo me moría de vergüenza ajena viendo aquel arrebato de aspavientos, pero sabía de sobra lo vehemente que podía llegar a ser Clarita, para conseguir todo lo que se proponía.

Fueron seis semanas estupendas donde no nos separamos más que durante las clases de la mañana ya que, y por mucho que lo intentó, no pudo conseguir que nos asignaran la misma aula, debido a nuestra diferencia de nivel. Pero el resto del tiempo éramos inseparables. Y esa alegría que desprendía hacía que otras niñas se nos fueran añadiendo, hasta hacer el grupo más numeroso a cada día que pasaba. Clara era una líder nata y siempre estaba ideando juegos y entretenimientos nuevos.

Tenía tal carisma que encandilaba a todas las profesoras e incluso a las religiosas. Había una monja joven, la hermana Inés, que siempre aparecía cuando estábamos reunidas en el gimnasio, o en la sala de juegos, o en el patio de atrás, o en la entrada del bosque. Allá donde fuésemos a formar el corro, terminaba viniendo la hermana Inés. En un principio pensábamos que venía a vigilarnos, o quizás a espiarnos enviada por otra hermana de mayor grado, y en cuanto aparecía, la conversación se acallaba o el juego que estuviéramos realizando se frenaba. Pero poco a poco nos dimos cuenta de que, si bien en un principio puede que fuese cierta tal razón, la costumbre y el contacto hicieron que se convirtiera en una más de nosotras y se notaba que disfrutaba de la compañía y la camaradería reinante.

Clara fue subyugando a la hermana Inés con su personalidad jovial y sincera y mi amiga acabó sintiendo lo mismo por la religiosa, hasta tal grado que decidió hacerse monja. Y le dio fuerte, muy fuerte. Buscaba la compañía de la hermana Inés y la cosía a preguntas sobre todo: la vida en el *foyer*, la congregación y sus obligaciones, las oraciones, Dios, la fe, el pecado, el cielo y el infierno... todo lo que se le ocurría.

Lejos de convencerse de que Clara hubiera sentido «la llamada de Dios», la hermana Inés se daba cuenta de que todo era un espejismo propiciado por el carácter empático de la cría, así que con mucho cariño y delicadeza, la noche antes de marcharnos y abrazando a una Clara arrasada en lágrimas por la despedida, le dijo que si cuando cumpliera unos años más todavía quería seguir los pasos religiosos, solo tendría que buscarla, pero que mientras, si quería mantener una correspondencia epistolar con ella, estaría encantada de contestar sus cartas.

Tal y como la hermana Inés auguró, Clara llegó a escribirle un par de cartas, a lo sumo tres, y tan solo porque se había convertido en una persona querida durante las vacaciones. En cuanto volvimos y fuimos a pasar quince días con mis tíos a la playa, Clara olvidó su vocación y se dedicó a mirar y admirar a todo adolescente *buenorro* que se nos ponía por delante, con la misma fogsidad con que, días antes, había decidido apartarse de la vida laica, encerrándose en un retiro

espiritual.

Cada vez que lo recordaba, me preguntaba si Clara hubiese sido una buena monja pues cuando algo le interesaba, se volcaba en ello con los cinco sentidos. Aún así, conocía el carácter apasionado de mi amiga con respecto al sexo opuesto, por lo que no podía imaginármela viviendo una existencia de castidad.

No obstante, de haberlo hecho, me consta que hubiese sido la alegría de todas sus hermanas.

* * *

Estábamos en pleno desayuno cuando, a través de la ventana vimos movimiento en la calle. Nos acercamos a otear por la vidriera del salón, con la cortina echada y, aun sintiéndonos unas cotillas, vimos como un coche de los mossos d'esquadra había aparcado delante de la casa de Leo y un par de policías habían salido de él, dirigiéndose a la puerta.

Después de haber llamado varias veces, sin éxito alguno, dirigieron sus miradas hacia las casas colindantes, incluida la mía. Nos retiramos apresuradamente de la ventana para que no nos viesan, ya muy angustiadas por lo que se intuía que nos iba a pasar. Volvimos a la cocina sabiendo, ya a ciencia cierta, que no tardarían en llamar a nuestra puerta.

Efectivamente, no tardaron ni diez minutos. Justo el tiempo que tuvimos para tomar conciencia de que íbamos a tener que aparentar una tranquilidad que distaba mucho del desasosiego que en ese momento nos embargaba.

—Buenos días, ¿es usted la dueña de la casa? —preguntó, cuando abrí la puerta, el policía que parecía mayor de los dos.

—Eh... sí, yo soy, yo... —Sentí una mano que se posaba en mi espalda intentando calmarme. El contacto cálido de Clara hizo que me relajara un tanto.

—Estamos investigando un caso relacionado con sus vecinos, los de la casa colindante —dijo el mismo policía señalando la casa de Leo y Carlos, volviéndose durante un segundo a mirarla y, retornando la vista hacia mí, me preguntó—: ¿Podemos pasar?

—Claro, por supuesto. —Y les franqueé la entrada, cerrando la puerta cuando los dos estuvieron en el recibidor.

El primero en entrar fue el que había hablado, un mosso alto, pero sin exagerar, fornido, con las sienes plateadas y un principio de entradas, aunque todavía conservaba un buen pelo. Debía rozar la cincuentena, pero quizás tenía algo más. O quizás menos. Soy muy mala para adivinar la edad de las personas.

Lo que más llamaba la atención eran los ojos, de un color azul, claro e intenso, destacados por las pestañas, largas y negras. De hecho, era lo que más resaltaba en aquella cara de, por otra parte, facciones muy regulares. Tanto los labios, la nariz o las orejas eran proporcionados y no sobresalían por ser ni pequeños ni grandes. Pero aquellos ojos hacían que llamara la atención y sin ser guapo, resultaba atractivo.

De todos modos, yo en esos momentos no estaba para bellezas. Lo que aquellos ojos me

inspiraban era una extraordinaria inteligencia y, estaba segura que detectarían, en un pis pas, lo que yo no quería que saliera de mi boca.

Detrás de este, había entrado en la casa un policía bastante más joven. Debía rondar los treinta años por su cutis tan juvenil y su cabello sin una sola cana. Era bastante más alto que el primero. No sé qué les dan ahora a los chicos para que crezcan de tal manera que la media de la población ha aumentado, desde mi época, al menos diez o quince centímetros. Se notaba a la legua que era mucho más inexperto que el otro, que de momento había demostrado que llevaba la voz cantante. No veía yo al joven como el superior del de los ojos azules.

Una vez estuvieron dentro, lo primero que hice fue presentarme y presentar a Clara, que no se había apartado de mi lado.

—Me llamo Berta Ballester, y esta es mi amiga Clara Bélmez, que está pasando unos días conmigo. —Me pareció que era mejor decir eso antes de que me preguntaran nuestra relación con respecto a los vecinos.

—Encantado —contestó ojos bonitos—. Yo soy el agente Salvador Jordá y él es mi compañero, el agente Josep Huguet.

—Mucho gusto —contesté, ofreciendo mi mano.

—¿Podríamos pasar al salón y tomar asiento? Quisiera hacerles unas preguntas.

Clara se dirigió a la cocina desde donde volvió con una bandeja para servirles un café.

Mientras nos acomodábamos, les fue ofreciendo una taza a cada uno. El agente Jordá la cogió, probó el café, agradeció a Clara el gesto y mantuvo la taza en la mano. Su compañero la depositó sobre la mesita, delante de él, y se dispuso a tomar notas en una libretita que extrajo del interior de la chaqueta. No les pedí que se las quitaran pues en el fondo no quería que la visita durara más tiempo del necesario.

—Estamos intentando contactar con sus vecinos, los de la casa de al lado, el matrimonio Coyote-Cárdenas —preguntó en cuanto Clara se sentó a mi lado—. ¿Hace mucho que los vio por última vez?

Puse mi mejor cara de *poker* y me tomé unos momentos para pensar cuándo fue la última vez que los vi.

—A Leo... perdón, a la señora Cárdenas —preferí usar el apellido tal y como había hecho el agente— la vi por última vez el miércoles pasado por la tarde. No tenemos un vínculo muy estrecho entre vecinos, pero a ella la veo con algo más de frecuencia que a él.

—¿Y al señor Coyote?

—No hay relación alguna entre nosotros. No sé el tiempo que hace que no nos hemos cruzado por el barrio.

—¿Qué relación tiene con la esposa?

—Somos vecinas y conocidas. Ha venido con algo más de frecuencia en los últimos tiempos a mi casa porque he estado convaleciente, pero yo no voy jamás a la suya.

No pude evitar darme cuenta de que si hubiese estado enchufada a un polígrafo, este hubiese detectado el salto que me dio el pecho y reflejado, en el gráfico, una oscilación a causa del recuerdo de mí misma ascendiendo por la enredadera y entrando por la ventana de la casa vecina.

—¿Entonces, la relación de ustedes dos es estrecha?

—No, no, no se podría llamar así. Como ya he comentado, me ha visitado en estos tiempos por estar yo enferma y de vez en cuando venía a ver si necesitaba algo y yo le ofrecía un té.

Charlábamos de esto y de aquello, y nada más. Cosas triviales de vecinas. Ya estoy mejor, por lo que sus visitas se han distanciado.

—¿Le contaba ella algo de su relación con su marido?

—¿Ella? ¿A mí? ¿Con su marido? —Me estaba poniendo nerviosa con tanta pregunta y Clara lo detectó al vuelo.

—Agente, ¿le ha pasado algo a Leo? —intervino viendo que yo empezaba a perder la compostura.

—No lo sabemos, por eso estamos preguntando —nos contestó, sin dar ninguna explicación más, y volviendo a centrarse en mí, preguntó de nuevo—: ¿Ha escuchado o visto, en estos días que hace que no ve a su vecina, alguna cosa diferente, algo que le haya llamado la atención, en la casa de al lado?

—No, nada en absoluto —contesté secamente.

El agente Jordá me miró fijamente con aquellos ojos bonitos y penetrantes, pero en esta ocasión, y haciendo un esfuerzo sobrehumano, digno de tener una mano ganadora de postre en el mus, le mantuve la mirada con una indiferencia gélida.

—¿Qué costumbres tiene el señor Coyote? —cambió de tercio Jordá—. ¿A qué hora solía salir, o a qué hora volvía a su casa? —detecté el uso del pasado en la pregunta, pero no di muestras de haberlo notado.

—No tengo ni idea, Sr. Agente. —Cada vez me salía mejor lo de la frialdad fingida—. Ya le he dicho que mi relación con ellos es mínima y se reduce al trato con la esposa, exclusivamente cuando me viene a visitar. —Volví al uso del presente para que no se supieran que estaba al tanto de lo que le había sucedido a Carlos. Lo único que quería era que acabaran con aquel interrogatorio y que salieran de mi casa.

—Pero lo habrá visto alguna vez entrando o saliendo.

—Por supuesto, pero si alguna vez he coincidido con él, es en el exterior de la casa. Entonces nos saludamos y ya está. Casi sin palabras. A veces, ni me mira.

—Entiendo. Pero no daba muestras de entender, y siguió preguntando.

—¿Tiene hijos el matrimonio?

—No, no hay ninguno. No se ven niños por la casa. Viven solos.

Mientras ojos bonitos me hacía toda aquella serie de preguntas, el agente más joven, Huguet, creo que así me había dicho que se llamaba, tomaba notas y fue justo en ese momento en el que intervino. Como si de un acuerdo tácito entre ellos se tratara, preguntó cuando el primero se calló.

—¿Tiene usted algún teléfono donde localizar a la señora Cárdenas?

—Sí, seguro que sí. —Señalé al cajón del escritorio con la intención de levantarme a buscarlo, pidiendo permiso con la mirada.

—Adelante —contestó. Intenté actuar sin que se me notaran los nervios que aquellos dos mossos me estaban creando.

Me acerqué al mueble y aprecié movimiento en la ventana de mi vecina Flora, la chismosa del barrio. Si estos pobres polis acababan entrando en su casa a preguntar por Leo y Carlos, se iba a despachar a gusto, pues su afición a inventar y tergiversar historias, era por todos conocida. No pude evitar sonreír y preguntarme si nos habría visto visitar el otro día la casa de Álvaro, aunque lo dudaba mucho, porque fue por la parte de detrás, de jardín a jardín.

Encontré la libreta de direcciones y, con ella en la mano, me volví de nuevo al grupo.

—Aquí lo tiene, agente Huguet. Tengo un número fijo y otro de su móvil.

Bien sabía yo que en esos no iba a encontrar a Leo. La había llamado infinidad de veces y siempre estaba apagado o fuera de cobertura. Y yo sabía que era apagado porque el mensaje saltaba inmediatamente después de marcar el número.

—¿No tiene ninguno del marido?

—¿Por qué iba a tenerlo? —intervino por primera vez Clara, que se había reprimido y ya se estaba impacientando—. ¿Qué puñetas les ha pasado a los vecinos para que vengan a preguntar si sabemos nosotras algo de ellos?

Era una pregunta directa que no estaban dispuestos a contestar. Se limitaron a obviar la salida de tono de Clara y a decir:

—Solo queremos ponernos en contacto con la familia y en los teléfonos que tenemos no contesta nadie.

—Pues nosotras ya le hemos dicho que no sabemos nada desde hace días —siguió Clara, impertinente.

—Ciertamente —dije algo más conciliadora—. Hemos estado fuera el fin de semana. Además, al hacer tiempo que no nos veíamos, mi amiga y yo, hemos ocupado nuestro tiempo en estar una con la otra, sin estar pendiente de nada más.

Otra mentira y otro salto de la aguja del polígrafo.

Salvador Jordá se puso en pie y, sacando una tarjeta del bolsillo, me la entregó y me pidió:

—Si los vuelven a ver, o detectan alguna cosa extraña en la casa de al lado, les rogaría que nos lo hicieran saber.

Ví que Clara estaba a punto de preguntar, con todo el descaro del mundo, que qué cosa extraña creía él que íbamos a detectar y, adelantándome a que abriese la boca siquiera, recogí la tarjeta de su mano y, dejando la mía allí mientras se la estrechaba, le dije que así lo haríamos, en el caso en que viéramos algo fuera de lo normal.

Los acompañé a la puerta y antes de cerrarla tras de mí, me quedé mirando cómo se encaminaban a casa de Álvaro. Al volverme, miré a Clara que, habiéndose dado cuenta también de que dentro de un rato nuestro vecino tendría algo que explicar, se dirigía al lavabo a retocarse el maquillaje, dispuesta a esperar que los agentes se hubieran marchado para ir a ver a su querido Álvaro con la excusa perfecta.

No dejaba de sorprenderme la pachorra que tenía Clara. Yo había caído derrotada en el sofá después del bajón que la adrenalina me había proporcionado, y ella empolvándose la nariz para coquetear de nuevo frente a mi vecino.

No me había desaparecido del todo la «sensación» del pecho y tenía la certeza absoluta de que volveríamos a encontrarnos con el dúo Jordá-Huguet. Y no íbamos a tardar mucho.

Capítulo 20

*Is it a gun? Is it a knife?
Is it in your heart? Is it in your eyes?
It ain't no secret
It ain't no secret
No secret my friend*

¿Es una pistola? ¿Es un cuchillo?
¿Está en tu corazón? ¿Está en tus ojos?
No es ningún secreto
No es ningún secreto
Ningún secreto amigo mío
«41 Shots», Bruce Springsteen.

Efectivamente, Álvaro apareció en cuanto tuvo oportunidad de deshacerse de la policía. El interrogatorio fue casi un calco del que nos hicieron a nosotras, con la excepción de que él sí les había dicho a los agentes que había reconocido el coche en las noticias y que sabía que algo les había pasado a sus vecinos, por lo que ellos le confirmaron el hallazgo del cuerpo de Carlos.

Poca cosa más les pudo decir salvo que los había visto la semana anterior saliendo de la casa, como me había explicado a mí. No entendía por qué no le habíamos contado lo mismo nosotras a la policía. Si él supiera...

La mañana helada había dado paso a una tarde soleada. Habíamos preparado algo frugal para comer puesto que ninguno tenía apetito y estábamos tomando un café cuando Álvaro nos propuso acompañarle a hacer las compras para la reunión en su casa el viernes, aquella a la que nos había invitado para que su hija vendiera los productos. Me excusé, ya que me apetecía empezar a arreglar el jardín con las plantas que había comprado y a Clara le faltó tiempo para ofrecerse a ir con él. Era la primera vez que iban a estar a solas y yo necesitaba ese tiempo para pensar. Era la única forma de recolocar mis ideas.

Empecé arrancando todas las plantas muertas de las jardineras que rodeaban la tapia. Resultó mucho más fácil de lo que me esperaba ya que los setos se habían secado por completo. Aún así, la actividad me hizo entrar en calor y al rato ya me había quitado el abrigo. Con los guantes,

agarraba las ramas y estiraba hasta sacarlas con las raíces colgando. Las llevaba a la esquina más alejada de la casa y las iba dejando en un montón, en la parte trasera del jardín, para quemarlas más adelante.

La primera vez que me percaté del movimiento al otro lado del seto, estaba ya oscureciendo. No sabría decir cuánto tiempo hacía que estaban allí, pero yo, concentrada como estaba en recolocar la información que durante aquellos días habían pasado por nuestras manos, no me había dado cuenta de que, de la manera más sigilosa posible, un par de hombres estaban intentando entrar en casa de los vecinos por el canalón de detrás, justo el mismo que, días antes, yo había utilizado para entrar en la vivienda de mi amiga.

Me agaché precipitadamente, escondiéndome de sus miradas. El corazón me latía con fuerza e intenté sosegar mi respiración. Los oía susurrar pero por más que prestaba atención, no lograba entender lo que estaban diciendo. Cogía al vuelo alguna palabra suelta, pero no le encontraba significado alguno. Tampoco distinguía si estaban hablando en castellano, en catalán o en algún idioma extranjero ya que era evidente, al menos, que uno de ellos no era de aquí, por un marcado acento que no supe distinguir.

No me atrevía a moverme, pero si no miraba, no podría enterarme qué estaban haciendo, así que me cargué de valor y me levanté poco a poco hasta asomar media cabeza por encima de los arbustos. Eran dos hombres, con pantalones y chaquetón oscuros, gorro de lana, guantes y botas. Vaya, como cualquier otro tipo que saliera a la calle en aquella época helada de diciembre.

Así, en cuclillas, fui deslizándome a lo largo de la valla hasta llegar a la parte delantera de la casa y eché un vistazo a la calle. Había una furgoneta comercial grande aparcada delante, de tal manera que quien pasara por allí, no podía ver absolutamente nada de lo que pasaba dentro del recinto de la casa de Carlos y Leo. No llevaba las gafas por lo que me pareció distinguir, pero no estaba segura, que había otro tercer hombre sentado en el asiento del conductor.

El furgón era de esos frigoríficos y estaba rotulado. Entre la poca luz del día que quedaba y la distancia que nos separaba, no leía bien lo que ponía. Algo así como «Humo Centollo». No tenía sentido, pero lo memoricé y deduje que debería ser un transporte de pescado o marisco.

Volví al lugar en el que, estratégicamente, vislumbraba la actividad de los dos hombres que intentaban entrar en la casa. Agazapada de nuevo en la esquina, busqué un orificio en el brezo que separaba los dos setos, el mío de aligustres y el de Leo de cipreses. Era difícil entrever algo ya que había que traspasar tres barreras. Agarré las tijeras de podar y las introduje por un agujero que encontré en mi lado. Una vez fui horadando el parapeto hasta que solo quedó fuera el mango, las abrí con fuerza, utilizando los guantes para poder agrandar el hueco que había practicado. Y por fin, un observatorio se abrió ante mis ojos.

Me agaché y miré por el ojo de hierbas. Volví a introducir las tijeras para buscar la perspectiva de la ventana y el canalón donde, minutos antes, había visto a los dos hombres. Al fin, después de varios intentos, volví a mirar y allí estaba el escenario que buscaba. Pero no había nadie. Vi perfectamente el trozo de jardín, vi el cristal del recinto exterior y vi el canalón cubierto por la enredadera. Pero estaba vacío. Ni rastro de los dos hombres. Me levanté para mirar por encima de la verja. Y allí, a menos de un metro, las dos figuras que me estaban mirando.

¡Chillé de espanto!

Uno de ellos se adelantó para trepar por encima de los arbustos. Tras un par de segundos en los que me quedé helada sin saber qué hacer, me di la vuelta y corrí a meterme en casa y cerrar la

puerta. Entré y pasé los cerrojos. No podía respirar del pánico que me inhabilitaba. Me apoyé en la puerta intentando no desmayarme y fui resbalando hasta quedar sentada en el suelo, allí mismo, con mi espalda apoyada en ella.

De repente, alguien aporreó la madera en la que me recostaba. Volví a gritar y me levanté como un resorte. En dos saltos alcancé el centro de la cocina donde me quedé inmóvil sin saber qué hacer, con las manos en la boca y los ojos llenos de lágrimas.

—¡Fuera! ¡Váyanse de aquí!

Otro golpe, esta vez más fuerte. El que los provocaba estaba intentando echar la puerta abajo.

—Abre la puerta, será lo mejor —escuché desde fuera una voz imperativa que, aunque no gritaba, su acento de matices densos, arrastrando las consonantes, me heló la sangre.

No sabía qué hacer. Estaba aterrada. Tenía que hacerme con un arma. No podía pensar, no sabía qué coger. Y la puerta seguía encajando aquellos golpes atroces.

—¡¡He dicho que se vaya!! —chillé de nuevo. De hecho, gritaba con cada golpe. Quería que parara aquel ruido infernal.

Y de repente paró. Y fue más horrible incluso. Sentí el miedo más espantoso que hubiera conocido jamás. En la semioscuridad, miraba hacia todos los lados, con los sentidos aguzados, intentando escuchar cualquier ruido para saber por dónde se movía en esos momentos aquel extraño.

Me pareció escuchar pisadas alrededor de la fachada, pero no estaba segura de si eran reales o mi estado de ansiedad extrema las creaba en mi imaginación. Y además, a veces las escuchaba por un lado y a continuación por el otro. Solo podía ser que los dos hombres hubiesen pasado a mi jardín y estuvieran intentando buscar un lugar desprotegido por el que acceder. Incluso creí que se podía haber agregado el tercero, el que estaba dentro del furgón frigorífico.

Iba a desmayarme si seguía con ese estrés. Abrí el primer cajón en busca de un cuchillo. En las películas siempre hay un enorme cuchillo de carnicero a mano en cuanto abres el cajón. Yo, sin embargo, me encontré con todo tipo de utensilios de cocina que fui desechando, según los iba sacando, tirándolos al suelo. Unas pinzas, una espumadera, un colador... ¿No iba a encontrar nada que me fuera útil, aunque solo fuese para calmar mi estado de ansiedad?

Mis manos nerviosas asieron algo con mango. ¡Al fin! Empuñaron un cuchillo de pan que, posiblemente, hubiera podido cortar algo a fuerza de serrar con vigor. Aún así, me sentí algo más valiente con él en ristre.

Oí un ruido, esta vez claramente, pero en la puerta delantera de la casa. Alguno de ellos estaba intentando forzar la cerradura. Rápidamente, corrí hasta allí, agarré las llaves que colgaban de un gancho en el armarito llavero de detrás de la puerta y la introduje en la cerradura. Debía cerrarla, debía cerrarla, debía cerrarla...

Empecé a dar vueltas sin contarlas hasta que hizo tope y no pude más. La dejé colgando por dentro, de través, para que no pudieran introducir nada que sirviera de ganzúa. Hice lo mismo con la otra llave, la que no usaba nunca. Y por último, eché la cadena. No tardé ni diez segundos en toda la operación.

No me atrevía a encender ni una luz. Allí en penumbra noté que las piernas no me aguantaban, y poco a poco fui dejándome caer en la banqueta del recibidor. Escuchaba cómo los ruidos continuaban y ellos seguían intentando forzar la entrada. Las lágrimas me resbalaban por las mejillas. No sé cómo seguía respirando.

De repente escuché una risita. No estaba segura, quizás me estaba volviendo loca de terror. Pero sí, volví a escucharla. Y una voz.

—Berta, ¿estás ahí? —Y sonó el timbre.

La primera vez pegué un respingo. No podía reaccionar. No daba crédito y mi cabeza no terminaba de hacer el click.

Al segundo timbrazo me levanté de golpe. Clara, era Clara. No me lo podía creer, ¡gracias a Dios!

Clara intentaba meter la llave en la cerradura y no podía. Ahora sí que estaba segura, las voces eran de Clara y de Álvaro, que estaban al otro lado de la puerta. Por fin pude quitar los cerrojos y la cadena y cuando abrí, arrasada en llanto, me lancé a los brazos de mi amiga que no entendía nada.

—Calma, Berta, chiquilla. ¿Qué te ha pasado? Estás temblando, pálida, con la cara descompuesta.

—Vamos adentro —respondió Álvaro, con más criterio que nosotras—, necesita calmarse. Le va a dar algo. No es bueno para su corazón.

No podía hablar ni parar de llorar. Me tuvieron que agarrar porque me caía al suelo y con los brazos caídos, dejé caer el cuchillo que mi mano aún empuñaba.

Entramos dentro y antes de que cerraran la puerta, por encima del hombro de Clara, vi a lo lejos, cómo la furgoneta cerraba las puertas y se marchaba calle abajo hasta desaparecer.

Entonces, todo empezó a nublarse y mientras el mundo se volvía negro, unos brazos me agarraron.

Capítulo 21

*Where are we now?
Where are we now?
The moment you know
You know you know*

¿Dónde estamos ahora?
¿Dónde estamos ahora?
El momento en el que lo sabes
Sabes que lo sabes
«*Where are we now?*», David Bowie.

Cuando abrí los ojos, las imágenes no eran aún del todo nítidas. A mi alrededor las personas y los objetos eran bultos irreconocibles. Oía unas voces, pero no entendía lo que estaban hablando.

—Creo que me he desmayado —logré articular.

—Para ser tan lista, no eres muy perspicaz —identifiqué la voz de Clara de una manera evidente.

Me quise incorporar pero no pude. Estaba tumbada sobre mi cama, desnuda de cintura para arriba y una infinidad de cables se unían a mi pecho por medio de unos electrodos en forma de parches.

—Me estáis... ¿me estáis haciendo un electro?

¡Joder! ¿Tan mal estaba? Con todo lo ocurrido en los últimos días no había tratado muy bien a mi corazón, que digamos.

—... Y seguimos con las genialidades. Vamos de obviedad en obviedad. —Mi amiga estaba de buen humor, por lo que el resultado de la prueba no podía ser del todo grave—. Ahora es cuando pregunta si ha sufrido un ataque de corazón.

—Pues no, listilla. De ser así, ya estaría en urgencias y con la cafinitrina bajo la lengua.

—Estese tranquila un rato. —Esta vez fue la sanitaria, no sé si enfermera o doctora, la que habló—. Todo apunta a que ha sido simplemente un ataque de ansiedad, pero no hemos acabado la prueba todavía. De hecho, hasta que se ha despertado, la actividad eléctrica del corazón era normal.

La habitación volvió a quedar en silencio, siguiendo las órdenes de la que estaba vestida de blanco.

Unos minutos más tarde, empezó a quitarme los parches y concluyó la prueba.

—Soy la Dra. Minoves. El corazón funciona correctamente, Sra. Ballester —me dijo volviéndose hacia mí—, pero el estado de tensión que ha provocado esta crisis no es el más conveniente en su proceso postoperatorio.

—Lo entiendo —contesté con voz de niña buena—. Me pareció oír unos ruidos y me entró la paranoia. Una cosa me llevó a otra y terminé escuchando sonidos donde no debía haberlos.

Se volvió hacia Clara y le dijo, pretendiendo que yo también lo oyera, clarito:

—Que se relaje, se tome unos días de reposo relativo y, sobre todo, que no deje su medicación. Ha sido un buen susto, pero podía haber tenido consecuencias más graves.

La cara de mi amiga fue, incluso, más inocente que la que yo había adoptado.

—La obligaré a portarse bien, por la cuenta que nos trae.

Clara acompañó a la doctora a la puerta. Cuando regresó yo me había vestido y estaba sentada en la cama.

—¿No irás a levantarte, Berta? —me preguntó horrorizada Clara.

—Por supuesto —contesté decidida—. No estamos seguras, Clara y he de proteger la casa y a nosotras mismas.

—¿De qué me estás hablando? ¿Qué es lo que te pasó para llegar al estado en el que te encontré?

—Bajemos a la cocina a hacernos un té o un café. Lo necesito, tengo la boca seca. Allí te lo explicaré todo.

Y eso es lo que hicimos. Clara cogió el bloc de notas donde teníamos apuntado todo lo que íbamos descubriendo, y añadió, en una página en blanco, los puntos que yo le iba contando:

—Hazme una descripción de los dos mafiosos que estaban dentro de la parcela.

—¿Quién te ha dicho a ti que sean mafiosos?

—¿No lo eran?

—No sé Clara, pero si tú lo crees, ya no hay quién te convenza de lo contrario.

—Yo creo que lo eran, así que de momento, los llamaremos así. Venga, descríbeme a esos tipos, sobre todo del que te siguió.

Su mirada penetrante no se me iba a olvidar en un tiempo.

—Joven, unos treinta años. Pelo largo y ondulado, sobre todo el flequillo, cuyas ondas caían sobre los ojos, muy juntos, pequeños y oscuros. Cejas no muy anchas pero sí juntas y labios finos. Mandíbula cuadrada. De altura media. Llevaba una gorra de punto de color negro, anorak y botas con aspecto de pesadas, de esas que llevan los moteros, con hebillas. ¡Ah, y guantes!

—Vale, ahora el otro.

—También era joven, con un bigotito fino y una barbita por debajo de la mandíbula. La nariz recta y fina también. Los ojos oscuros y las cejas amplias. No sé qué altura y corpulencia tenía porque estaba arriba de la escalera y no sé valorarlo. Vestía más o menos como el anterior.

—¿Y el del coche?

—No, a ese no le vi. Solo me pareció que había alguien, no sé siquiera si era hombre o mujer.

Anotó también que había un tercer tipo, aunque lo que viera fuese tan vago. Y por último, el nombre que había visto yo en la furgoneta: «Humo Centollo».

Esto último nos tuvo un buen rato dándole vueltas a la cabeza, sin saber qué podía significar. Miramos en internet, en Google, poniendo pescaderías, y probando con palabras parecidas, pero ni nos aparecía ni se nos ocurría nada.

En aquel momento, quise levantarme para poner música, pero Clara me lo impidió. Portándose como una buena enfermera, me quitó todos los papeles de las manos, me acompañó por toda la casa para hacer una ronda de inspección, le insistí en comprobar que todas las puertas y ventanas estaban bien cerradas y con los cerrojos echados, y me llevó a la cama. Mañana sería otro día.

Y la verdad era que estaba tan cansada, que no tardé ni cinco minutos en dormirme. O quizás Clara había puesto algún calmante en el té. No me quedaban fuerzas para pensar ahora en eso...

* * *

Desperté a media noche bañada en sudor. Abrí desmesuradamente los ojos intentando ver algo en medio de aquella oscuridad más absoluta, pero lo único que pude fue escuchar los latidos de mi corazón que volvían a estar peligrosamente acelerados. No era la «sensación». Era algo que estaba soñando y que veía con una claridad extraordinaria.

Tardé unos segundos en captar los retazos del sueño que me había despertado, pero se me escapaba de las manos, como humo entre los dedos. No lo recordaba.

A tientas encendí la luz de la mesilla de noche y alcancé una bata. Bajé al salón y retomé los apuntes que habíamos dejado allí hacía unas horas. Encendí el portátil y empecé a buscar por internet. Una idea se había apoderado de mi inconsciente y tenía que comprobarlo antes de que se me fuera, pues ya recordaba pero muy vagamente qué me había despertado.

Primero puse Sentmenat en Google Maps y busqué con el cursor arriba y abajo, hasta que encontré, por la forma y distribución de las calles, lo que parecía ser el polígono industrial de la zona. Apunté el nombre del mismo y abrí otra ventana donde hice una búsqueda por el nombre del polígono que había encontrado.

Empecé a navegar por todas las entradas que me ofrecían los resultados, desechando todas pues lo que realmente buscaba era un listado de todos los negocios instalados en el polígono, al menos los más importantes. Añadí la palabra «marisco» al buscador. Nada. La cambié por «pescados». Tampoco. «Lista de empresas». Me salían páginas y páginas comerciales de las diferentes empresas que debían pertenecer al complejo industrial. Así no iba a acabar nunca.

De repente lo vi. «Hnos. Centelles». ¡Esa era! No era «Humo Centollo». Eso fue tan solo lo que me pareció leer con las prisas y con la poca luz que había en la calle. Reconocí la tipografía y el color de las letras del logo. Entré en la página y me quedé helada. Era una empresa cárnica. Ahí estaba la conexión, no había duda. Seguí indagando y vi que tenían un almacén en Mataré, en otro polígono también de las afueras del pueblo. Lo busqué y lo ubiqué en el mapa. Pero ¿dónde había visto yo aquel nombre? ¿De qué me sonaba a mí lo de Centelles?

Cogí una de las nóminas y leí la dirección de la empresa que tenía contratada a Carlos. «Vicent, S.L.». Volví a la página de internet de las empresas y busqué el organigrama. Allí estaba

la explicación: dirección y gerencia, Virginia y Víctor Centelles, hermanos; los dos con la misma sílaba inicial en el nombre. Vi-Cent. Y la dirección fiscal estaba ubicada en Barcelona. Por eso no había yo relacionado antes una empresa con la otra.

Necesitaba ponerlo todo en orden ahora que tenía las cosas encauzadas y el bloc que teníamos dedicado a apuntarlo todo no me iba a ayudar con esta nueva información, así que abrí un excel en el ordenador y me pasé un par de horas trasladando toda la información que ya teníamos. Casi amanecía cuando acabé con la última carpeta. Ya me hacía una idea de lo que teníamos entre manos aunque aún había cosas que no veía claro, pero me hacía una idea de lo que estábamos barajando. Aquella era la empresa que estábamos buscando y seguramente el núcleo, o al menos parte importante, en la red que habían tejido Carlos y los hombres que había visto aquella tarde.

Barajé la posibilidad de acudir con todo lo que teníamos a la policía, pero el miedo a que me acusaran de haber asaltado un par de domicilios y de haber sustraído documentación e información, me hacía recapacitar y desistir de hacerlo. Por otro lado, si no lo hacía, tendría que investigar yo y seguir buscando a Leo por mi cuenta. Lo que tenía muy claro es que algo funesto le debía haber pasado pues, de otro modo, ya sabríamos algo de ella. Cada vez temía más intensamente no encontrar a Leo, o peor todavía, encontrarla sin vida. Incluso empezaba a dudar de siquiera encontrarla.

Cuando cerré la carpeta miré el reloj y vi que era aún muy temprano para despertar a Clara. Sentí, de repente, un extraordinario deseo de ponerme el chándal y salir a correr. Ya era hora de quitarme de encima los restos de inactividad tras la operación, me apetecía ponerme en forma de nuevo. No abusaría del primer entreno, no era cuestión de pillar unas agujetas que no me dejaran moverme en dos días, pero con media horita bastaría para empezar.

Me puse un atuendo cómodo y salí al jardín a hacer unos calentamientos. No pude evitar mirar a la casa de al lado con desasosiego, perturbada por los recuerdos de la tarde anterior. Estaba todo tranquilo y en calma. Aún así, la incomodidad no desapareció.

Eché a correr por las calles que empezaban a despertar al mismo tiempo que el barrio se iba iluminando con los primeros rayos de sol. Olí a pan recién hecho y el aroma dulce de los cruasanes de la Sra. Ana que me abrieron el apetito haciéndome salivar. Vi al quiosquero colocando la prensa matutina y algún que otro camión de reparto. Me llegó el olor del café recién molido de la cafetería y todo eso junto contribuyó, por primera vez desde hacía meses, a que me diera cuenta de que tenía de nuevo ganas de vivir, de volver a ser útil. Si no podía seguir buceando, me buscaría otra actividad, pero no iba a dejar que un suceso como mi accidente fuera un *impasse* en mi vida.

Y seguí corriendo, rememorando antiguos movimientos y ejercitando músculos olvidados. Decidí dar media vuelta, no era cuestión de abusar el primer día. Miré el reloj llegando a casa: treinta y cinco minutos, justo lo que había planeado, más o menos.

Tomé una ducha y en cuanto preparé el desayuno, desperté a Clara. No podía esperar más a explicarle todo lo que había descubierto. Me arriesgaba a que me reprendiera por pasarme la noche levantada e investigando en lugar de descansar, tal y como me había recomendado la doctora, pero era algo ajeno a mi voluntad. Me había despertado algo parecido a mi famosa sensación y eso ella lo entendería.

Lo que no iba a entender es que hubiese empezado mi entrenamiento justo esa mañana, por lo que decidí no decir nada. No era mentirle, simplemente era callar la verdad.

Ahora lo que importaba era llegar al final del asunto. No podía quitarme de encima el presentimiento de que nos quedaba poco tiempo, que se nos echaba el final encima y teníamos que apresurarnos, así que estaba decidida a enfrentarme a Clara si hacía falta.

Hoy teníamos que visitar el almacén de Mataró pasara lo que pasara.

Capítulo 22

*Slide away
And give it all you've got
My today
Fell in from the top
I dream of you
And all the things you say
I wonder where you are now?*

Deslízate
Y dale todo lo que tengas
Mi hoy
Cayó desde arriba
Sueño contigo
Y todas las cosas que dices
Me pregunto dónde estás ahora
«Slide away», Oasis.

No encontré ningún inconveniente por parte de Clara de salir hacia el Maresme a ver lo que encontrábamos. Mientras desayunábamos, le puse al día de todo lo que había hilvanado y las preguntas se nos acumulaban. Necesitábamos respuestas.

Así que, bien abrigadas y con el disco homónimo de *The Marshall Tucker Band* —aquella banda de *rock* sureño de principios de los '70 formada originalmente por Toy Caldwell, Doug Gray y Jerry Eubanks, guitarrista, vocalista y saxofonista respectivamente— sonando en el reproductor del coche, salimos a la carretera de la costa, camino de Mataró.

No hablamos mucho durante el camino. No sé qué debía estar pensando Clara, pero yo tenía en la mente la última vez que estuve en Mataró, hacía de esto unos cuantos años.

Conocí a un hombre una noche que fui con una amiga de copas. Se llamaba Francesc, pero todo el mundo le llamaba Frankie, según él, de sus tiempos de facultad en los que todos tenían un mote, y a él lo apodaron Frankenstein, no sé si por su nombre o por su aspecto físico. Efectivamente era grandote y con las facciones del rostro duras, el pelo muy negro, al igual que

los ojos, manos grandes y rotundas. Pero tenía algo muy atractivo, no sé si en su mirada o en su voz, cálida y profunda.

Mi amiga en cuanto lo vio, dándome un codazo, me dijo:

—¡Qué bueno está ese tío!

—Es muy atractivo.

—Y no te quita el ojo de encima, ¿te has dado cuenta?

Por supuesto que me había dado cuenta, y ya hacía rato que yo tampoco podía esconder mi atracción. Había pasado de disimular a mantenerle la mirada directamente. Llevábamos ya un buen rato diciéndonos muchas cosas con los ojos. Aquellos ojos negros me estaban proponiendo algo que no solo no podía rechazar sino que yo también ansiaba con anhelo.

No me importó alargar hasta bien entrada la noche aquella situación de silencios llenos de significado, pues resultaba de lo más sensual que había vivido jamás. Era un juego puramente de seducción. En esas horas nuestros cuerpos hablaron, se saludaron, se conocieron y bailaron en nuestra imaginación las más variadas danzas de erotismo que encendieron mi interior erizándome la piel y manteniéndome en un estado de excitación que hacía tiempo había olvidado.

No solo mis ojos brillaban; mis labios se humedecieron y notaba mis pezones erizados por debajo de la blusa, sintiendo su roce contra la tela, imaginándome a los dos tumbados sobre las sábanas, de lado, mi espalda contra su pecho, su mano deslizándose por mi costado, desde el muslo, ascendiendo suavemente por la cadera hasta la cintura, su boca en mi oreja levantándome oleadas de placer, mi brazo levantado envolviéndole la cabeza para que no se le ocurriera retirarla... Y mientras, sintiendo el recorrido de esa mano y anhelando que acabara, de una vez, en mis pechos...

No se me ocurrió pensar qué estaría imaginando él en esos momentos, pero sí tenía muy claro que yo aquella noche no me iba de allí sola. Me tenía conquistada tan solo con esa mirada y sus promesas de lujuria y pasión.

No se acercó hasta casi el cierre del local, aprovechando que mi amiga se ausentó, no sé si a bailar, al lavabo o porque se percató de la situación. Lo vi encaminarse a mi mesa, rodeado de la semioscuridad de la sala y empecé a temblar. Estaba ansiosa y al mismo tiempo aterrorizada, íbamos a tener contacto, pero también íbamos a romper aquel lazo imaginario que tenía tanta tensión.

Recuerdo sus primeras palabras:

—Te conozco. —La primera vez que oí su voz me di cuenta de que esa era la voz del hombre de mis sueños. Grave, profunda y sensual. Lo que la gente acostumbra a decir, sin más motivo que el porque sea bonita, una voz radiofónica, pues conozco muchas voces que lo son siendo menos graves.

—No, creo que no —le contesté, sin saber qué decir.

—Sí —contestó él, muy seguro—. Te conocí hace un par de horas y sé exactamente cómo eres y lo que te gusta.

Nunca supe si era una frase hecha que le decía a todas las mujeres para ligar con ellas. Tampoco supe siquiera si era un ligón o no antes de conocerme. Pero la verdad es que no mentía. Desde nuestro primer encuentro supo perfectamente lo que yo quería.

Estuvimos bailando hasta que encendieron las luces, simplemente por el placer de arrimar nuestros cuerpos, que encajaban a la perfección. No sé qué estaba sonando en aquellos momentos,

era la primera vez que poco me importaba la música que tocaran, ni si el artista era o no de mi apetencia. Casi no nos separamos cuando salimos y tomamos la dirección a su coche camino de su apartamento, bajo la mirada alucinada pero al mismo tiempo guasona de mi amiga, a quien iba a tener que soportar durante días después de aquello.

El trayecto en su BMW fue un precalentamiento suficiente para haber llegado y besado el santo. Aún así, él se lo tomó con mucha calma para desvestirme con las manos y revestirme de besos y caricias.

De pie al lado de la cama, y habiéndome desnudado con una lentitud infinita que me llevó a un estado a punto de ebullición, se colocó detrás de mí a unos centímetros de mi espalda y empezando en los hombros, cada mano en uno y en un movimiento descendente, me recorrió parcela a parcela cada centímetro de piel hasta los muslos, o incluso más abajo, hasta las pantorrillas.

Cuando se colocó delante de mí tomé la iniciativa y fui yo la que, entre caricias y besos, fui desnudándole disfrutando de su cuerpo. Los dos nos quedamos sin prenda sobre el cuerpo. Me arrimé a él, apoyando pecho contra pecho. Más que apoyado, apretado; añadiendo sensaciones al placer de la caricia, porque siempre he pensado que el pecho femenino está hecho para complementarse con el masculino. Noté tanta satisfacción cuando me estreché a él, como sé que sintió él al notar la dureza de mis pechos contra el suyo.

Le senté sobre la cama y yo lo hice a horcajadas sobre su regazo. Mientras saboreaba el placer de sentir su sexo erecto sobre el mío, deslicé mis uñas por su espalda, notando como su piel se erizaba con cada recorrido de mis felinas garras, llegando al límite entre el placer y el dolor y arrancándole suspiros y gemidos.

En ese momento, mi mente se tornó de color rojo, plagada de sensaciones, de lujuria, de susurros, de posturas, de olores olvidados, de temperaturas peligrosas, de labios ardientes, de gritos al llegar al éxtasis...

Mi deseo de concluir de una vez y alcanzar el clímax se veía dilatado una y otra vez por Frankie que sofocaba y reprimía mi ansiedad y precipitación. No se trataba ya de paciencia hasta el límite, sino de dominio y templanza, algo que hacía que percibiera unas sensaciones desconocidas hasta ese momento.

Jugando con mis pezones totalmente erectos, acariciando mis caderas y restregándose contra mi pubis estuvo varias veces a punto de llevarme al orgasmo, pero sabía frenar en el momento adecuado, haciendo que sintiera un gran desasosiego y que me ardiera todo el cuerpo.

Eso no era bueno; alguien me dijo una vez que, a más de 42° las proteínas del cuerpo se desnaturalizan y, no sé bien bien qué es eso, pero bueno bueno no debe ser... Juro que en más de una ocasión me dieron ganas de obligarle a acabar con lo que había empezado, pero justo en ese momento, él me cambiaba de posición y volvía a empezar con su juego peligroso.

Jamás nadie había empleado tanto tiempo en hacerme disfrutar hasta la locura. No estaba acostumbrada a que las tornas se hubieran cambiado y yo hubiese dejado de ser la mujer dominante que me gustaba ser en la cama para limitarme a sentir, por lo que me costó dejarme ir y permitir que actuara sin oponer resistencia.

Pero finalmente cedí. Tumbada sobre la cama me agarró de los tobillos y levantando mis piernas las abrió todo lo que pudo para iniciar un recorrido de pequeños besos desde los pies hasta las ingles, descubriendo zonas erógenas desconocidas hasta entonces para mí.

Llegando a mi sexo, estuvo jugando con mi paciencia, recorriendo con la lengua mi vientre, caderas y pubis, haciendo que mi clítoris anhelara su atención de una forma alarmante, palpitando cada vez que se acercaba a él pero no llegaba a prestarle la atención requerida, de tal modo que, cuando finalmente posó su boca sobre él, empecé el camino de no retorno, contorneándome y jadeando, vislumbrando el inminente orgasmo que culminé con un grito animal y salvaje.

Con la piel ardiendo por la exaltación, y el deseo rugiéndome en la garganta, le volteé y le tumbé boca arriba sobre las sábanas revueltas. Mi húmeda lengua empezó a subir por sus piernas, contrastando con las cosquillas de mi pelo cayendo cual cascada y acariciando por el mismo recorrido que la boca había hecho antes. Notaba que esperaba deseoso que me parara justo sobre su pene, hinchado hasta el dolor, lo deseaba de una manera que no podía esconder, pero yo seguí mi camino sin alcanzar aún esa zona.

Ascendí por un momento, y le regalé un beso profundo en la boca, lengua contra lengua que le hizo gemir y buscar la respiración.

No había recuperado el aliento aun cuando bajé por su cuello, pecho, hombros, costados, a una velocidad increíblemente lenta, desesperantemente eterna. Tanto que creí que iba a explotar, sin remedio, sin ni siquiera tocarle. Era una lucha constante entre aguantar o tomar de nuevo la iniciativa para acabar con esa agonía que le estaba matando... de placer.

Aún así me gritó que acabara, que culminara, que agarrara su pene con la boca y lo llevara hasta el orgasmo, o que le matara, directamente porque no podía resistir más esa ansiedad.

Sus gritos anhelantes y ardientes pidiéndome que me la comiera, que le follara, me pusieron de nuevo en órbita y me subí sobre él, mis piernas a sus costados, su miembro entre mis muslos, en el único lugar donde ansiaban encontrarse desde hacía una eternidad y empecé un innecesario movimiento rítmico ya que se acompañaba con el palpitar de nuestros dos sexos palpitando al unísono.

El tiempo se ralentizó hasta detenerse, no existiendo nadie en el mundo más que nosotros, dos seres contruidos de placer. En ese momento, llevándome las manos a mi pelo y enredando mis dedos en él, grité de una manera feroz, soltando la bestia que había llevado dentro durante años sin saberlo.

Y así, con sus manos recorriendo ávidamente mi cuerpo mientras se contorneaba, nos fundimos en un clímax jamás conocido anteriormente y culminando juntos el camino hacia el placer.

* * *

Aquella noche lo hicimos tres veces, intercalando sesiones de sexo de la mejor calidad con momentos tiernos de caricias y conversaciones de risas e intimidades. Descubrimos que éramos almas gemelas y que los dos teníamos, en aquellos momentos de nuestra vida, ganas de conocer a alguien con quien empezar una relación.

Nos vimos los dos fines de semanas siguientes y volvimos a vivir el mismo combinado de goce e intimidad. En esos encuentros casi no salíamos de su cama más que para ducharnos y

comer algo, él en *slips* y yo con una camisa suya por única prenda. Me sorprendió la primera vez que me dijo que me la pusiera, aduciendo que siempre que lo había visto en las películas había deseado tener a alguien a quien pedírselo, pues le resultaba muy sexi.

Me contó que tenía una asesoría inmobiliaria y que viajaba casi cada semana a Francia para visitar a sus mejores clientes, que tenían varias empresas allí y él se las llevaba. Solía marcharse el lunes y el martes, todo lo más el miércoles estaba de vuelta.

Pero aquella tercera semana no me llamó, ni el martes por la noche ni el miércoles. Tampoco el jueves. Y el viernes empecé a preocuparme. No queriendo pasar el fin de semana preguntándome qué podía haber sucedido o buscándolo, me atreví a llamar a su despacho, pues aunque él me había dado su teléfono y su permiso para hacerlo cuando quisiera, no tenía intención de hacerlo salvo en caso necesario.

Me atendió al teléfono la recepcionista que, al decirle que era una amiga personal, me pasó con su secretaria particular y aunque no me lo dijo directamente, me pareció que conocía mi existencia. Seguramente Francesc le habría hablado de mí, o quizás solo le hizo referencia por si yo preguntaba alguna vez por él. Sabía, por Frankie, que la mujer llevaba a su lado muchos años y que le tenía mucho cariño y confianza.

A la pobre mujer se le notaba una gran inquietud cuando me explicó que Francesc había desaparecido, que no sabían nada de él desde el martes por la tarde, desde que salió de la reunión con el último cliente, al otro lado de la frontera y que no conocían siquiera qué ruta había tomado. Ya no sabían adonde acudir en busca de información. Se les habían acabado las ideas y lo habían puesto en manos de los mossos.

Transcurrieron casi dos semanas de verdadera desazón y angustia. No quería pensar que le hubiera sucedido nada malo, por lo que intenté convencerme de que, y ahí las razones cada día eran más descabelladas, había huido para desaparecer.

Fue la misma secretaria quien vino a darme la noticia. Una noche llamaron a la puerta y cuando abrí, ella estaba allí, con los ojos hinchados por el llanto y la actitud afectada. La hice pasar y me lo explicó entre lágrimas mientras nos agarrábamos fuerte las manos.

Habían encontrado su cadáver dentro del coche, al fondo de un barranco en una de las curvas de la carretera del Coll de les Freses, cerca de Cerbère. Le gustaba venir por allí y entrar por Portbou para ver el mar al atardecer. Me había explicado que no era la primera vez que hacía coincidir su regreso con esas horas y se paraba en algún mirador a descargar todo el estrés del trabajo y la rutina.

Estuvimos llorando largo tiempo, las dos habiendo perdido a un hombre que conocíamos de diferente manera y desde hacía diferente tiempo, pero que amábamos con la misma intensidad. Cuando se marchó nos dijimos que nos llamaríamos y seguiríamos en contacto con la misma promesa de los que saben que, aún formulándola con la total certeza de cumplimiento, la íbamos a quebrantar sin ningún tipo de dudas. Y así fue.

No quise ir a su entierro, no quería tener que soportar algo que me iba a doler sin saber siquiera qué lugar tenía que ocupar allí. Pero le llevé en mi duelo durante meses, hasta que todo se hizo más fácil y soportable.

Aún así, el camino que me acercaba a aquel escenario de mi efímero pero intenso amor, revivió algo muy doloroso en mi pecho. La sensación de una pérdida injusta e irrecuperable.



Llegamos a Mataró casi a mediodía. Decidimos acercarnos todo lo posible al polígono y comer en algún restaurante de la zona, con la intención de poder recabar el máximo de información sobre la nave y su funcionamiento.

El día era soleado pese a que había refrescado mucho. La ola de frío con la que Siberia nos obsequia cada invierno había llegado esa madrugada haciendo que las temperaturas cayeran en picado varios grados. Contentos estarían los siberianos si nosotros hiciéramos lo mismo con ellos mandándoles un poquito de nuestro viento del sur.

Pensé en mi jardín recién empezado a arreglar y me temí que iba a tener que esperar aún varios días para poder tenerlo a punto para la primavera.

Elegimos aquel restaurante pues, de todos los que se encontraban cercanos al polígono que íbamos a visitar, fue el que más nos convenció su menú escrito en una pizarra decorada con una ristra de lucecitas parpadeantes de navidad. Qué lástima que con el permiso de apertura de un local no te den un curso de gusto y decoración, ya que hay ambientaciones temáticas que dejan mucho que desear.

Nos sentamos en una mesa del rincón, una de las pocas que estaban vacías. Era temprano, pero no habíamos caído en que la gente que trabaja en las fábricas y empresas de los polígonos acostumbra a comer en horario europeo, para volver a su jornada laboral.

Al cabo de unos minutos se acercó el camarero con un mantel de papel en el brazo y un par de servicios de cubiertos envueltos en una servilleta, de papel también. Mientras preparaba la mesa ante nuestra atenta mirada, nos preguntó qué queríamos beber y nos dijo que en breve vendría a tomarnos nota. Todo esto mientras nos plantaba delante un plastiquito con el menú del día escrito a mano.

En la era de los ordenadores, que alguien se dedique cada mañana a escribir a mano varias veces el mismo menú y a meterlo dentro de cada uno de sus fundas de plástico para utilizarlo repetidamente en la totalidad de las mesas que allí había, me pareció de otro siglo. Quizás la explicación estaba en que, de este modo, se podía tachar, con total impunidad, los platos del menú conforme se iban agotando en cocina. No llegué a ninguna conclusión añadida a la de antes, de que unas clases de lo que ahora se llama *marketing* —y que anteriormente lo llamaríamos herramientas de servicio—, no irían mal a la hora de contar con un conjunto de técnicas y métodos con el fin de desarrollar las ventas.

Estaba claro que con aquel tipo las sutilezas no nos iban a servir de mucho, por lo que cuando vino, libretita y lápiz en mano, le pregunté directamente:

—¿David, sabes si en este polígono hay una empresa que se llama Hnos. Centelles? —dije utilizando el nombre que mostraba en una tarje— tita, también metida en un plastiquito, prendida a su camisa por un imperdible.

—Hay una nave que se llama así aquí al lado —contestó el chaval—. No sé si trabaja alguien dentro, nunca me he fijado. Lo que sí es seguro es que, de ser así, nadie viene a comer aquí.

—¿Y nunca has visto movimiento? —insistió Clara.

—Pues ahora que lo dice. —El tratamiento de usted incomodó a mi amiga, que vi cómo se revolvió en su silla, gesto del que no fue, en absoluto, consciente David—, alguna vez sí he visto algún camión entrando o saliendo, con ese gran logotipo pintado en los laterales. Y es raro que siendo una empresa de carne no haya venido nunca por aquí intentando vendernos nada. Todas las fábricas del polígono están siempre insistiendo en que les compremos sus productos.

—¿A qué hora suele ser eso? —preguntó de nuevo Clara.

—Nosotros cerramos el restaurante a las cuatro, señora.

¡Uff! Señora directamente. El rostro de Clara se tornó rojo, encendido de rabia. Pensé que debíamos acabar con aquellas preguntas si no quería que la cosa acabara mal. Le di una patada disimulada por debajo de la mesa y vi cómo se relajaba un poco.

—Después de esa hora no sé si hacen algo más o no —continuó David—, las veces que los he visto han sido por la mañana, pero no le sabría decir...

No es que David fuera una persona muy categórica ni tuviera una verborrea especialmente locuaz, por lo que decidimos comer con calma y procurar preguntar a alguien más observador. Así que hicimos nuestras comandas y comimos tranquilamente.

Era jueves, y habitualmente ese día en todos los restaurantes de Catalunya acostumbran a tener la opción de paella en sus menús de mediodía. Así que eso pedimos, acompañada de una ensalada y el vino de la casa, que resultó ser no solo bebible, sino bastante potable.

—Berta, vamos a acercarnos a esa nave y llamar, a ver si nos abre alguien.

—Y sí lo hacen, ¿qué les vamos a decir?

—No tengo la más remota idea, pero algo se nos ocurrirá. Sobre la marcha.

—Deberíamos tener un plan —le dije, poco convencida de la espontaneidad sugerida por mi amiga.

—¡Joder, relájate! ¿Qué nos puede pasar? ¿Qué nos abra alguien y nos pregunte qué queremos? —Clara se fue señalando los dedos uno a uno según iba enumerando las opciones—. Podemos ser comerciales preguntando por el director de compras. Nos echan con alguna excusa, te lo digo yo. Podemos preguntar por el Sr. Bélmez...

—¿Quién es ese?

—Mi padre —espetó Clara—. No creo que se encuentre dentro en ese momento.

Solté una carcajada. Clara siempre me hacía reír, ya no por las cosas que decía, sino por la forma que tenía de hacerlo.

—Esa me gusta —decidí—. Nadie va a ver nada raro si preguntamos por alguien que no trabaja allí. Todo el mundo puede equivocarse de lugar.

—Solo hay una situación en la que no hemos pensado.

La pregunta me alarmó y miré a Clara asustada:

—¿Cuál?

—Que nos abra la puerta uno de los mafiosos de ayer.

Capítulo 23

*End of the day, factory whistle cries,
men walk through these gates
with death in their eyes.
And you just better believe, boy,
somebody's gonna get hurt tonight.*

Al final del día la campana de la fábrica llora,
los hombres salen por las puertas
con la muerte en sus ojos.
Y será mejor que me creas, chico,
alguien saldrá herido esta noche.
«*Factory*», Bruce Springsteen.

No nos fue difícil encontrar el lugar, una nave pequeña con las paredes rebozadas y pintadas de gris, apartada del resto de fábricas por un muro de pladur que facilitaba su intimidad. Eso y el hecho de que su logo se encontrara en un sitio muy discreto de la fachada, ayudaba a su anonimato. Los materiales tan fríos de la construcción contrastaban con el paisaje que se vislumbraba más allá de los bosques de pinos que poblaban las montañas que separaban Mataró de la comarca del Vallés.

Una vez franqueada la puerta de entrada, la nave se encontraba en el centro del recinto, estando esta rodeada por un enorme terreno de tierra, sin asfaltar. Debía haber llovido recientemente pues el suelo estaba embarrado y observé unas grandes roderas que delataban el paso de un vehículo, no hacía mucho. Miré a mi alrededor buscando algún coche, furgoneta o camión. No vi ninguno, por lo que deduje que las huellas eran de salida.

No había señales de actividad en ese momento, pero aún así, nos dirigimos a la puerta para comprobarlo. Llamamos. Un fuerte timbrado similar a una sirena sonó a lo lejos, en el interior de la nave. De haber habido alguien, lo hubiera oído seguro. No fue ese el caso ya que pasó más de un minuto y la puerta no se movió.

Llamamos de nuevo por si, contra todo pronóstico, hubiera alguien duro de oído. Esta vez el timbrado fue mucho más largo y el quejido de la sirena mucho más doliente. Pero el resultado fue

el mismo.

Iba yo a repetir la operación una tercera vez cuando Clara empezó a alejarse de la puerta, primero hacia atrás, alzando la vista e intentando vislumbrar si se apreciaba movimiento a través de la ventana que estaba en el piso superior, encima de nosotras. Sin bajar la cabeza, siguió desplazándose a lo largo de la fachada hasta que llegó al final de la misma y desapareció por la esquina.

En un principio no le presté mucha atención y, pese a que auguraba el mismo resultado que las veces anteriores, volví a probar suerte con el timbre. Cuando finalmente me convencí de que no había nadie allí, fui hasta donde había visto desaparecer a Clara, pero al girar el canto no la encontré. Volví sobre mis pasos y me encaminé hacia la otra esquina pensando que si estaba dando la vuelta a la nave, me la encontraría de frente al regresar. No fue así, pero seguí recorriendo la fachada lateral hasta hallarme en la parte trasera del edificio. Aquella fachada estaba constituida por una media docena de muelles de carga, cerrados por unas puertas que se abrían hacia arriba, a modo de persianas enrollables. No encontré a Clara por ningún sitio.

Unos metros más allá vi unas casetas de color naranja y verde militar, como las que montan en las obras para meter herramientas. Posiblemente tuvieran esa misma finalidad. No lo confirmé porque no me atreví a abrirlas. Tan solo me acerqué y busqué entre ellas algún rastro de mi amiga. Nada.

Volví al edificio y, susurrando llamé a Clara lo más alto que pude para que no se me oyera. Cuando me di cuenta que era una somera tontería intentar que nadie escuchara mis gritos ahogados excepto Clara, me dispuse a volver a la parte de delante, pero algo llamó mi atención.

Volví a fijarme en los muelles de carga. Todas las persianas estaban cerradas. ¿Todas? Me acerqué a la primera y lo confirmé. Pasé a la segunda y hasta me atreví a coger el asa y tirar hacia arriba. Nada; se movió justo los milímetros que permiten el juego de la cerradura, pero no se abrió. Lo mismo que la tercera.

Sin embargo, la cuarta sí cedió. La abrí un par de palmos y me agaché para pasar a través del hueco. Unos agujonazos de dolor me atravesaron las piernas. Las agujetas de la carrera de la mañana estaban haciendo su aparición. No me permití prestarles atención, ahora solamente me preocupaba si mi amiga había entrado por allí y si se encontraba en el interior o, por el contrario, era yo la que me estaba metiendo en la boca del lobo solita.

Me costó otro ¡ay! levantarme, pero una vez en pie, volví a dejar la persiana como estaba. La oscuridad más espesa me rodeó. Eché mano al móvil que tenía en el bolsillo del anorak para encender la pantalla a ver si veía algo. Uff, muy poco, por lo que busqué la aplicación de la linterna, para orientarme allí dentro.

La encontré y un cono de luz iluminó la estancia. Reconocí el interior de una sala destinada a acumular las mercancías que se han de cargar en los camiones y una media docena de toros aparcados en línea en una de las paredes, dispuestos a realizar su trabajo. Me acerqué a ellos y los estudié. Aquello no cuadraba mucho.

Mi teléfono emitió un pitido acompañado de una vibración en mi mano que me hizo pegar un respingo y casi se me cae al suelo. Un mensaje. No había pensado en dejarlo en silencio, cosa que me apresuré a hacer. El mensaje era de Clara, ¿de Clara? ¿Dónde se había metido?

¿«Tas dentro? ¿Eres tú la de la linterna?»

Di una vuelta sobre mí misma, buscando el escondite de Clara. Ahora estaba segura de que estaba dentro.

—¿Dónde te has metido? —susurré, llamándola.

—Justo detrás de ti. —En esta ocasión sí que se me cayó el teléfono al suelo. Me volví y le solté un juramento a Clara, sin llegar a verla debido a la oscuridad.

—¡Joder, joder! ¿Quieres matarme del susto?

—Yo sí que me he asustado al ver la luz de la linterna, no sabía si nos habían descubierto.

—¡Por amor de Dios, Clara! Primero desapareces y luego te materializas a mi espalda. ¡Joder! ¿No puedes estarte quietecita un rato?

—Ya sabes que no, anda, coge la linterna y busquemos un interruptor. Seguro que este habitáculo tiene luz.

—Sí, hombre, y que sepan que hay alguien aquí dentro. Olvidas que esta gente es muy peligrosa...

—Pero si no hay nadie, la fábrica está vacía —contestó—. Hemos de averiguar qué han hecho con Leo y si hay algún sitio donde esconder un cuerpo, este es el ideal.

—¿Crees que se han *cargado* a Leo y la vamos a encontrar aquí? —No pude evitar un escalofrío por la columna vertebral, y no se debía al frío que imperaba en el interior del almacén.

—¿Te imaginas? —A Clara le gustaba provocarme—. Y que encontráramos su cuerpo desnudo, colgado boca abajo de un gancho, al lado de las canales de ternera y cerdos.

—¡Clara, cállate de una vez! —espeté pegándole un manotazo en el hombro—. ¡No seas morbosa!

—... goteando sangre por la nariz...

—¡Basta! No quiero seguir escuchando estupideces.

Me adelanté unos pasos, hasta llegar a la pared donde empecé a buscar algún cuadro eléctrico con interruptores para encender las luces. Solo encontré una clavija bastante obsoleta que encendía una luz de emergencia, de esas que consisten en una bombilla dentro de un recipiente enrejado atornillado a la pared. Escasa pero suficiente para poder apagar el teléfono y vernos sin necesidad de la linterna.

Echamos una ojeada alrededor. La estancia se reducía a un almacén en estado de abandono, en contraste con el diseño de las naves modernas de carga.

—No creo que haya mucha actividad aquí —le comenté a Clara—. Me he fijado en que los toros están cubiertos de polvo.

—Mira, allí al fondo hay una puerta. Veamos si este lugar es una tapadera o está en funcionamiento.

La puerta metálica nos abrió paso a una segunda estancia. A la izquierda, al fondo, unas cristaleras nos mostraban la zona de administración, con unos despachos amueblados de mesas, sillas, estanterías y archivadores. Nos acercamos a observar. Solo una de las mesas tenía un equipo informático, con un monitor, torre y teclado. En el resto, tan solo papeleo, con más o menos orden, dependiendo de la mesa.

A Clara se le iluminó el rostro ante tanto cajón que poder abrir y registrar. Se lanzó a ello, con una especie de ansiedad como si de una adicta se tratara. Abría, miraba dentro, revolvía la documentación y volvía a cerrar, descartando el contenido por no tener relevancia aparente. Solo

se detuvo ante un archivo que estaba cerrado con llave. No pudo abrir ninguno de los compartimentos. Soltó un resoplido de disgusto.

Yo estaba en la puerta, haciendo guardia para dar aviso a Clara si alguien se acercaba, pero en realidad estaba paralizada por el miedo a que nos encontraran en ese momento, con esa inmovilidad que te confiere la seguridad de que lo que estás haciendo no solo es ilegal e inoportuno, sino que si te descubren, las consecuencias serían muy peligrosas. ¿Es que a esta mujer no le daba miedo nada? Era una temeraria o una inconsciente. O quizás es que yo era muy cobarde...

—Mira, Berta. —Levantaba una carpeta con la mano y en la otra tenía un documento que había extraído de dentro—, creo que vamos por buen camino. Me acerqué, olvidando mi miedo, intrigada por saber qué me enseñaba mi amiga.

—Es similar a la documentación que encontramos en la casa de Caldes —exclamé entusiasmada—. Las mismas series de números y letras, y pesos y tallajes aproximados.

Dimos la vuelta a la página y se nos heló la sangre. Una chica muy joven, prácticamente una niña, nos estaba mirando con terror desde una instantánea que estaba grapada a la esquina de la hoja. Su pelo muy negro estaba enmarañado y le cubría media cara. Las manos estaban a la espalda, y aunque no se veía, se suponía que estaban atadas de alguna manera. Quizás a la silla en la que estaba sentada, casi desnuda, simplemente con braguitas y sujetador. Era delgada aunque no desnutrida. Tenía ojeras de rímel, seguramente de haber llorado pues sus ojos estaban irritados pese a que la foto era en blanco y negro.

Se nos encogió el corazón y el entusiasmo de Clara desapareció de golpe. Habíamos confirmado la gravedad de nuestras sospechas hasta un límite más allá de nuestra imaginación. Y constatar la evidencia fue un golpe tremendo para nuestro ánimo.

Seguimos explorando la carpeta. Todos los expedientes tenían una foto similar a esa. En unas las fotos eran de chicas rubias, en otras morenas, en las otras eran chicas de color. Unas eran más jóvenes que otras. Algunas, prácticamente unas niñas. Casi todas con aspecto de ser extranjeras, razón por la cual sería una explicación del porqué no se habría denunciado sus desapariciones.

¿O sí se había hecho? Yo no había estado muy informada estos últimos meses debido a mi convalecencia y a la total falta de interés, pero no me había percatado de que fuesen tantas las chicas desaparecidas. O, al menos, esa era mi impresión.

Olvidando nuestro miedo a lo que pudiera suceder, buscamos algo que sirviera de palanca para forzar el archivador cerrado con llave. Una pata de cabra encontrada en la estancia de al lado nos sirvió para tal fin. Cuando lo abrimos no dábamos crédito a lo que allí había. Cientos de carpetas de las mismas características que la anterior. Similares fotos, similares víctimas, mismas miradas. ¡Eso sí que es idéntico en todas!

Súbitamente nos llegó un sonido que indicaba la apertura de una de las persianas de los muelles de carga. No teníamos tiempo de recoger nada. Dejamos todo tal y como estaba y salimos de allí, buscando algún sitio donde escondernos. Al lado de la puerta acristalada de los despachos había otra metálica, con una palanca como manija. La desancamos hacia arriba, sacando el cierre de su tope y, entre las dos, la abrimos con dificultad pues pesaba mucho para nuestras fuerzas.

Entramos y nos encontramos con una nevera de la que colgaban, de ganchos y por filas, las temidas canales de las que me había hablado Clara hacía un rato. Bueno, en realidad, lo que colgaban eran sacos de plásticos, y no se apreciaba si estaban ocupados o vacíos. Las paredes

estaban cubiertas de estanterías llenas de cajas de todos los tamaños cerradas con precintos. Allá nos dirigimos, buscando un hueco en el que escondernos hasta que quienquiera que hubiese entrado se marchara, a ser posible, sin enterarse de que nosotras estábamos dentro de la nave.

¡Por Dios! Que no entraran en el despacho y vieran que lo habíamos dejado todo revuelto...

Agazapadas en la parte de abajo de una de las estanterías, entre cajones de plástico vacíos y amontonados unos dentro de otros, como las muñecas rusas, me sorprendí agarrando con fuerza la mano de Clara que estaba tan silenciosa como yo. Desde nuestro escondite vi sombras en la sala exterior moviéndose y susurrando. ¿Era esa una señal de que nos estaban buscando o simplemente no nos llegaban sus palabras con claridad?

Cerré los ojos con fuerza, recuperando el miedo que había sentido un rato antes. Y así, pretendiendo como el avestruz que no me vieran, amparada por el anonimato de mi oscuridad, escuché claramente cómo la puerta de la nevera se cerraba y alguien, desde fuera, echaba la manija hacia abajo.

* * *

En un principio no entendimos el alcance del problema. Estábamos encerradas en una cámara frigorífica a muy pocos grados de temperatura. La primera en darse cuenta del peligro que eso representaba fue Clara, que salió del agujero donde nos escondíamos y empezó a golpear la puerta con desesperación, gritando para que nos abrieran. Mientras ella, desesperadamente pedía ayuda, yo cogí mi teléfono instintivamente.

Era demasiado fácil, y las cosas no suceden con tal sencillez. No, la vida es más compleja, al menos la mía. El teléfono estaba sin servicio. Seguramente en aquel agujero perdido de la mano de Dios, no había cobertura. Aún así, estuve durante un rato intentando una conexión, haciendo lo que hacemos todos: apagar y volver a encender el móvil por si, de casualidad, se produce el milagro.

Me di cuenta de que no íbamos a poder pedir ayuda por ese medio. Me reuní con mi amiga y auné mis esfuerzos a sus gritos para que alguien nos oyera. Pasados unos cuantos minutos, y convencidas de que todo era inútil, volvimos a sentarnos en nuestro rincón, con el ánimo por los suelos. Y empezamos a tomar conciencia de la magnitud del problema. Encerradas dentro de una cámara frigorífica, a una temperatura cercana a los 0°C no íbamos a resistir mucho antes de acabar muertas de frío.

Capítulo 24

*End of it all, end of the line,
End of the road,
Black ice,
Black ice.*

Fin de todo, final de la línea,
Fin del camino,
El hielo negro,
El hielo negro.
«Black ice», AC/DC.

No tardamos mucho en empezar a tiritar. Aún llevando las dos, gracias a Dios, el anorak puesto, la inactividad allí dentro y el frío de la cámara hizo que nuestra temperatura corporal bajara rápidamente.

Me levanté y obligué a Clara a hacer lo mismo. Nos acercamos a los sacos que estaban colgando y empezamos a inspeccionarlos. La mayoría estaban vacíos y abiertos, pero algunos de ellos estaban cerrados. Abrimos el primero y una canal de cerdo apareció ante nosotras. La sensación de que era un cadáver boca abajo colgando de una pierna era angustiosa. Con esa piel tan sonrosadita, sin apenas pelo, casi como la de una persona...

Seguimos mirando las demás bolsas, abriendo de vez en cuando alguna de ellas. En todas lo mismo. Si salía de allí viva, iba a estar mucho tiempo sin comer carne, de eso estaba segura.

Nos fuimos separando, cada una buscando por una fila diferente dentro de aquella enorme nevera. Las dos sabíamos qué estábamos tratando de encontrar, con el deseo de no conseguirlo, pero seguimos haciéndolo. La actividad evitaba que nos congeláramos.

Un grito de Clara me dejó helada y no tenía nada que ver con la temperatura de nuestro alrededor. La busqué entre las bolsas pero no veía dónde estaba. Seguía chillando y yo intentaba encontrarla guiándome por su voz, notando que cada vez estaba más estresada y que la ansiedad me superaba y me hacía respirar con rapidez. Iba pasando entre las bolsas colgadas, dando manotazos y apartándolas. Pesaban mucho, pero tenía que encontrar a Clara que seguía aullando desesperadamente.

Sentí los porrazos que estaba dando en el cristal. Se había dirigido de nuevo a la puerta y había empezado a aporrearla otra vez, pidiendo que nos abrieran. Hacia allí me encaminé, la encontré en un estado de histeria impresionante y lo primero que me vino a la mente fue lo que hacen en las películas: darle un guantazo para que callara. Sin embargo, lo que hice fue abrazarla fuertemente hasta que dejó de chillar y se puso a llorar con desconsuelo.

—Clara, por Dios, cálmate, que te va a dar algo.

No acertaba a articular palabra. Lo intentaba pero no entendía ni uno de los sonidos con los que trataba de comunicarse, al mismo tiempo que me señalaba las bolsas con los ojos desorbitados.

—Un cuerpo... dentro... muerto... no sé... mmm... —Y seguía llorando lanzando sus ideas inconexas entre hipido e hipido.

No iba a sacar nada de ella mientras siguiera en ese estado de desconcierto. La llevé a un rincón y nos sentamos. Fue muy difícil, pero pude lograr que se calmara lo suficiente para entender lo que me quería decir, sin que intentara volver a levantarse y llevarme hacia las bolsas.

Ya me temía lo peor. No necesitaba acercarme a la bolsa que señalaba Clara pues ya me imaginaba qué había dentro. Así que decidí quedarme con mi amiga, abrazarla, calmarla...

—Hay un cuerpo de una persona dentro de una de ellas —me dijo por fin.

—No, Clara, no. —No quería creer lo que me estaba diciendo y mucho menos tener que asimilar lo que eso significaba—. Estamos algo histéricas por todo esto y puede que hayas confundido un animal con una persona.

—Estoy segura, Berta —esta vez sí dejé que se levantara—, tenemos que volver para verlo.

—Vale, lo que quieras, enséñamelo. Pero relájate, que estás muy alterada.

—¿Y cómo quieres que esté si he visto lo que he visto?

Empezamos a buscar de nuevo entre el mar de plástico colgante, ora yendo hacia donde ella creía que lo había visto, ora hacia el otro lado, abriendo bolsas al azar, siguiendo su instinto. Pero nada. Íbamos a tener que hacerlo con método, pero tardaríamos mucho ya que las dimensiones eran grandes y empezábamos a estar muy cansadas. Aunque el estrés de hacía un rato nos había activado, también la adrenalina había hecho su trabajo y habíamos quedado completamente agotadas. El frío no ayudaba mucho. Más bien todo lo contrario.

Noté que nuestros movimientos se ralentizaban por momentos. La primera en caer fue Clara. Encogida en posición fetal tiritaba descontroladamente. Como pude, la agarré del anorak y salimos de aquellos pasillos.

Yo también notaba el decaimiento y el helor, pero poco a poco nos acercamos a la salida, buscando el hueco en el que nos habíamos cobijado al principio.

No pudimos llegar. Antes de hacerlo, y cuando nos faltaban unos metros, allí mismo, en medio del pasillo, delante de la entrada, caí yo también sin poder dar un paso más ni mantenerme en pie. El cuerpo se estaba entumeciendo y los miembros me hormigueaban.

Me abracé a Clara en un intento inútil de darnos calor o, al menos, mantener, en lo posible, el que nos quedaba.

Mi mente me trasladó lejos en el tiempo, el lugar y el recuerdo. Estábamos las dos, de niñas, en el colegio. Era invierno, pero de aquellos inviernos de nuestra infancia cuando entonces los inviernos eran fríos y las temperaturas bajaban muchas veces de 0°C. Para salir al patio nos poníamos los abrigos, gorra y guantes, ya que muchas veces el suelo estaba cubierto de escarcha,

sobre todo los días nublados, en los que la noche anterior había helado y no levantaba el día hasta bien entrada la mañana. Llevábamos nuestro bocadillo en la mano, dentro de una bolsa de tela que nuestras madres habían personalizado con el nombre o inicial bordada. No se estilaba eso del papel de plata. Ni siquiera lo llamábamos papel de aluminio. Era papel de plata y, como si de ese material se tratase, no era asequible a todo el mundo. Al menos, aún no era de uso común en muchos de los hogares de nuestro entorno, en los que la bolsita de tela era lo habitual.

La bolsa de Clara era de cuadritos vichy rosas y blancos. Siempre elegía el rosa para todo. También era de color rosa su anorak y el gorro que cubría su cabeza, recogiendo sus rizos y mostrando sus mofletes regordetes. ¡Ah!, y los guantes también eran rosas. Se me olvidaba que los guantes también lo eran.

Me cogía de la mano y me arrastraba al otro lado del patio, detrás de unos árboles, donde teníamos nuestro refugio favorito. El patio estaba vacío, ninguna niña tenía la osadía de ir a desayunar a descubierto y solo nos dejaban hacerlo bajo el porche que rodeaba la planta baja del colegio. Pero ella tenía más redaños que nadie y yo la seguía.

—Venga, sal conmigo afuera —me decía—. Todas las demás son unas gallinas, pero nosotras somos súper heroínas. El frío no podrá con nosotras.

Y yo, como una tonta iba con ella, superando la temperatura glacial para no dejarla sola. No podía ni quería dejarla sola. Clara era mi amiga del alma y mi compañera perfecta.

Una vez en nuestro rincón detrás de los árboles, nos sentábamos sobre aquella piedra fría, húmeda y resbaladiza y nos aprestábamos a comernos el bocadillo lo más deprisa posible.

Clara daba un bocado tras otro sin apenas masticar el anterior, por lo que, llegando al final tenía los dos carrillos hinchados y llenos de comida sin masticar. Con la boca así de llena me decía:

—Hala, ya está. ¿Ves como podíamos desayunar fuera? Acaba de una vez y vámonos.

Y yo, no pudiendo ir tan deprisa como la polvorilla de mi amiga, le contestaba:

—Pero si pareces un hámster. Mastica antes de irnos y así me dejas a mí terminar de comer.

Pero siempre volvíamos, con mi bocadillo a medias y ella con la boca llena, pero esa mirada altiva de haber podido cumplir su reto estúpido, autoimpuesto para poder demostrarse algo, no sé el qué. Clara siempre se estaba retando a sí misma.

El recuerdo me hizo sonreír y me di cuenta de que estaba sonriendo de verdad. La cara se me estaba congelando con un rictus sonriente. Estaba a punto de desmayarme, lo notaba, se me iba la cabeza. Todo me daba vueltas, no veía con claridad y ya no sabía si estaba allí encerrada con Clara o en aquel patio de colegio, sentada sobre una piedra fría, muy fría y viendo como mi amiga se atragantaba con los mordiscos de un bocadillo.

El cuerpo de Clara no se movía desde hacía rato.

Sin darme cuenta perdí el conocimiento.

* * *

Me desperté pero apenas distinguía nada con claridad. Sentí un cuerpo que me daba calor a mi lado. Giré la cabeza y distinguí a Clara. Seguía inmóvil.

Volví a desvanecerme.

* * *

Unas manos me frotaban la piel con un líquido helado e instantáneamente el cuerpo me ardía como si un fuego brotara de mi interior. Lo que fuera, estaba extrayendo el frío que había anidado en mis entrañas. No tenía fuerzas ni para abrir los ojos. Me daba igual, me estaba muriendo y me era indiferente. Solo quería dormir, seguir dormida eternamente. Y eso hice, me dejé llevar y volví a penetrar en la oscuridad.

* * *

Cuando desperté de nuevo lo hice de súbito. Abrí los ojos de manera abrupta, desorbitadamente, con una sensación de desconcierto. ¿Dónde estaba? Aquel lugar me era desconocido por completo. ¿Qué hacía yo allí? ¿Quién me había traído?

Estaba acostada en una cama, cubierta por una manta áspera pero abrigada. Me quise incorporar y volví a caer sobre la cama. Me lo tomé con calma. Tenía la sensación de haber estado durmiendo durante días enteros. Intenté tragar saliva pero noté la garganta seca. Cerré de nuevo los ojos y desistí de hablar siquiera.

Alguien me volvió a tapar. Noté que estaba desnuda debajo de la manta, pero la sensación era cálida. Clara también se movió a mi lado.

—No te levantes —oí como una voz de mujer le decía—. Toma un poco de agua.

—Yo también quiero agua —baluceé como pude.

Y sentí como me acercaban a la boca el deseado líquido.

—¿Dónde estamos? ¿Qué nos ha pasado? —preguntaba Clara en ese momento, quitándome las palabras de la boca.

—El Lucas y el Rubio os encontraron casi muertas y os trajeron aquí. —No sé si eran nombres o motes, pero los pronunció con un deje barriobajero—. Estabais *más pallá que pacá* y no sabíamos si viviríais. Ellos han *salío* ahora. Cuando vuelvan os contarán *lu* qué pasó.

Me incorporé. Estábamos en una especie de chabola o tienda de campaña, las paredes cubiertas de mantas y una tela a modo de puerta que nos separaba de lo que hubiese detrás. No pude ver más, pero imaginé que estábamos en el interior de una barraca de gente sin hogar.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Soy la Luci —contestó la chavala. Tampoco supimos si era nombre o apodo.

—Os estamos muy agradecidas, Luci —contestó Clara—, pero tenemos que irnos. Hemos dejado asuntos urgentes que...

—No os podéis ir *toavía*. Os *tenis* que recuperar un poquillo. Pero si no *podís* poner ni un pie en el suelo...

Eso era cierto, pero los recuerdos iban volviendo a mi cabeza y notaba la premura de salir de allí cuanto antes.

—¿Dónde está nuestra ropa y nuestras cosas? Necesito el teléfono. —Algo me decía que no lo iba a recuperar.

—Yo no sé *na* de ningún teléfono. —Imagino que el Lucas y el Rubio a lo que habían salido era a ver si conseguían unas monedas por nuestras pertenencias—. Os he *dejao* vuestra ropa aquí. Os espero afuera.

Miré a Clara y ella me miró a mí. Estaba pensando lo mismo, pero la conocía y sabía que no se iría de allí sin respuestas.

—Espero que esos desgraciados no hayan tocado mi coche, si no van a saber quién soy yo.

—Clara, nos han salvado la vida. Hemos de estarles agradecidas.

—Como le hayan puesto un dedo encima a mi coche, mi agradecimiento será arrebatársela yo a ellos.

La mala hostia le estaba dando fuerzas para vestirse, cosa que a mí me estaba resultando más dificultosa. Me dolía todo el cuerpo y no podía mover ni las pestañas.

Nos habían dejado la ropa y los anoraks a los pies de la cama. Suerte que las llaves del coche estaban dentro del bolsillo de Clara, porque de otro modo la habríamos oído chillar.

Una vez listas, salimos fuera. Efectivamente, estábamos en un «campamento» formado por chabolas construidas con cartones, telas y diversos materiales de desecho. En lo que era el centro de todas ellas, se juntaban unos cuantos pordioseros calentándose alrededor de un fuego. Había anochecido ya y sobre la improvisada cocina había un bote con un líquido que olía a café aunque no sé de qué calidad.

Nos sentamos al lado de la Luci, sintiéndonos fuera de lugar. La chica debía ser más joven de lo que aparentaba, pero la mugre y las ropas andrajosas la hacían parecer mayor. Llevaba una falda raída, unas botas con borrego por dentro, también muy gastadas, y un enorme anorak que, sin duda, era unas tallas más grandes de la suya. El cabello, muy largo y moreno, clamaba a gritos un buen cepillado. Después de un tratamiento hidratante, seguro que debía ser precioso. Sin embargo, parecía que llevara rastas.

Echamos un vistazo y la apariencia de todo el mundo allí, era la misma: de dejadez y falla de higiene, así como ropas encontradas en cualquier contenedor.

Al ver tanta miseria a nuestro alrededor, a Clara se le bajaron un poco los ánimos pendencieros. Aún así, yo sabía que iba a preguntar muchas cosas hasta satisfacer sus dudas, pero no había vuelto a nombrar lo del cuerpo que había dicho ver dentro de la cámara.

La Luci nos puso en la mano sendas tazas de café. Lo probamos. No era digno del «Café de París», pero se podía beber. Clara fue la primera en hablar.

—¿Cómo nos encontraron tus amigos?

—No son mis amigos. Son mi *marío* y mi *cuñao*.

—Pues ¿cómo nos encontraron tu marido y tu cuñado?

—Estabais casi muertas dentro de la nevera. No se esperaban encontraros allí. Los tíos de este almacén se habían *largao* y no suelen volver ya a esas horas.

—Ellos fueron los que nos encerraron allá dentro.

—Pues si fue *asín*, no tenían muy buenas intenciones, porque tal y como se fueron, ahí os dejaron, para que os murierais.

La Luci era directa, no se podían decir las cosas más claras.

Las conversaciones a nuestro alrededor habían ido disminuyendo conforme la gente se retiraba. El silencio que había quedado ya solo se veía interrumpido, de vez en cuando, por alguno de los sonidos habituales de la gente del poblado preparándose para meterse en sus hogares, todos ellos deficientemente equipados para soportar una noche cruda de invierno. Aún así, esa tranquilidad se agradecía. Parecía algo irreal en medio de lo que estábamos viviendo.

—¿Y se puede saber qué estaban haciendo tu marido y cuñado allí dentro? —Aquella pregunta de Clara rompió el silencio, y su tono resultó más impertinente del que, seguramente, quiso imprimir.

La Luci se la quedó mirando muy fijamente y en silencio.

—Luci, no queremos buscaros problemas. De hecho, nosotras también estábamos dentro y no hubiésemos debido... —intenté suavizar las cosas. Clara no estaba siendo demasiado diplomática.

—Yo, el Lucas y el Rubio *sernos* los *encargaos* de traer comida de ese almacén. Más allá hay uno de fruta y de ese se encargan mi prima la Merche y su *mario*. Y del que tiene bollitos *metíos* en papel, aquellos dos de allá abajo. Cada uno tiene que procurar traer alguna cosida cada día. No mucho porque no se *tién* que enterar. Pero entre eso y lo que sacamos con nuestros asuntillos por ahí, vamos tirando. Está la cosa *mu* mal. Y mi prima *tie* una niña chica.

A la joven se le saltaban las lágrimas. Le puse la mano sobre el brazo y miré a Clara, que estaba también afectada con lo que estaba oyendo. Sería muy poco delicada y cargada de vehemencia, pero tenía un corazón muy grande y estas cosas le sensibilizaban.

—No vamos a decir nada de todo esto, Luci, tranquila. Te entendemos, aunque no te lo creas. ¿Puedes seguir contando cómo nos encontraron?

—Sabemos cuando entran y salen los tipos esos. Son *mu* malas personas. A mí me dan mucho miedo —la Luci continuó relatando—. Por la mañana no *tién* un horario fijo, pero por la tarde vienen cada día, no sabemos a qué hora, pero cuando se van cierran *toas* las puertas y las persianas con llave y ponen una alarma *desas* con lucecita. Pero solo en la parte *dalante*.

»El Lucas y el Rubio tienen un agujero *escondió* que da a la parte *datrás*. Entran por ahí y se llevan alguna caja con carne o *embudo*. No *mu* grande, a veces cogen un poco de *cá lao* y *asín* no se nota tanto.

»Cuando entraron en la nevera os vieron allí dentro. Se sorprendieron mucho porque los tíos se habían *largao* poniendo la alarma y *tó*. Hoy iban solos».

—¿Qué quieres decir con que iban solos? —preguntó Clara.

—Pues que hoy no llevaban ninguna chica con ellos —contestó la Luci, con naturalidad, pero mirándonos con los ojos chispeantes, como el que cuenta un secreto inconfesable.

Nos quedamos en silencio unos minutos, bebiendo nuestro café y asimilando lo que acabábamos de escuchar. Las llamas crepitantes del fuego no nos transmitían el relaxo que necesitábamos en aquellos momentos.

—Cuéntanos algo más de las chicas —le pedí a la Luci que debía estar deseando desahogarse con alguien, porque no se hizo de rogar.

—Llegan casi siempre de *madrugá*. Cargan con ellas porque *vién dormías* o *drogás*, no lo sé. Van trayéndolas de una en una, y cuando *tién* unas cuantas, un día se las llevan. *Toas* juntas. Las sacan caminando y se meten en la *fulgoneta*, pero parecen *drogás* también. Y *aluego* están varios días sin traer ninguna.

Clara y yo nos quedamos sin aliento. Nuestros mayores temores estaban siendo confirmados. Aquellos hombres se estaban dedicando a la trata de blancas y Carlos también. Encontrar a Leo con vida cada vez se estaba volviendo más improbable.

—¿Y no habéis ido a la policía a explicar lo que estáis viendo? —pregunté.

—No podemos hacer eso. No nos gusta la pasma. ¿Qué le íbamos a *icir*? ¿Que vigilamos la nave para entrar a afanar los *embutíos* y que hemos visto que entran y salen con chicas de allí? ¿Qué crees que nos harían? Nos meterían en el talego.

»Desde que la Maru, que era mula, la diñó porque se le rompió una bolsa de farlopa *dentro 'el* cuerpo, el grupo ha *ío* dejando la droga. Nos juntamos los pocos que quedamos y nos hemos *limpiao*. Lo hemos podío hacer porque nos hemos *ayudao* unos a otros. Ya no nos ponemos, pero sí *choramos*. Es *pa* comer, *na* más. Si los maderos se meten aquí, se nos acabó esta vida. Y muchos tenemos niños chicos».

Gente intentando sobrevivir en una sociedad que los rechazaba por haber sido drogadictos. Unos sin techo y sin trabajo pero intentando llevar una vida más o menos honrada.

—Luci, te prometo que pase lo que pase, no contaremos a la policía ni que nos habéis sacado de allí vosotros, ni nada de lo que nos has explicado.

—Voy a tener que darle la razón al Lucas y al Rubio.

—¿En qué?

—En que sois viejas, sí. Pero cabales.

Capítulo 25

*You're a loaded gun, yeah
There's nowhere to run
No-one can save me, the damage is done*

Eres un arma cargada
No tengo un lugar a donde correr
Nadie puede salvarme, el daño está hecho
«*You give love a bad name*», Bon Jovi.

—¿Viejas? ¿Nos ha llamado viejas? —Delante de Luci, Clara se había retenido, pero ahora, que habíamos salido del campamento, estaba despotricando.

—No pasa nada, Clara. Es lógico, ellos son más jóvenes y nos ven algo... mayores.

—Viejas. ¡Nos ven viejas! Serán... —Sin dejar de caminar, se volvió hacia las barracas que estábamos dejando a nuestras espaldas, jurando con el puño en alto.

Estábamos en medio del bosque, a oscuras, de noche, con una humedad que nos calaba los huesos y un frío que nos hacía tiritar. Solo quería salir de una vez de allí.

—No te sulfures. ¿Qué vas a ganar con eso? Tenemos que volver a recoger el coche y largarnos de aquí.

—¿Qué no me sulfure? ¡¿Qué no me sulfure?! ¡Nos han intentado matar, nos roban y ahora nos llaman viejas! ¿Y tú me pides que no me sulfure?

—Clara, estás muy nerviosa. Hemos sufrido una situación angustiosa y entiendo que estés alterada, pero...

—¡Por supuesto que estoy alterada! —empezó a chillar en medio del bosque. La adrenalina estaba haciendo su aparición y no quería más que desahogarse—. ¡Estoy muy alterada! ¡Y estoy hasta los huevos ya de todo esto! Voy a entrar ahí —dijo señalando el camino por donde se iba al almacén— y voy a buscar el cuerpo que vi dentro de la nevera, que los delata como asesinos y luego, voy a recoger toda aquella documentación que demuestra que han traficado con mujeres y los voy a denunciar. ¡¡Se les va a caer el pelo!! ¡Se van a enterar de lo que una «vieja» puede hacer con su organización!

Clara estaba plantada en medio del camino de tierra, tenuemente iluminado por la luna. Aún

así, de sus ojos saltaban chispas de ira. Con los brazos en jarras, su cuerpo tenso demostraba una determinación imposible de frenar.

Intenté encauzar de nuevo aquella pasión y suavizar el ataque de cólera.

—Clara, cariño. Venga, dame la mano y volvamos a buscar el coche.

—¡¿No me has oído?! —Cada vez chillaba más y cada vez se encolerizaba de una manera rabiosa. Estaba tan indignada que le estaba cogiendo un ataque de tos de tanto gritar—. ¡Vete tú a buscar el coche! ¡Yo me voy a buscar las pruebas para desenmascararles! Les voy a hacer la vida imposible.

Y diciendo esto, se giró y se marchó a paso rápido en la otra dirección. La oía que seguía renegando y maldiciendo. Pero no podía hacer nada. Conocía a Clara y era más fácil que se calmara dejándola sola que insistiéndole. Si la seguía, iba a ser contraproducente y encima avivaría más las llamas de su indignación. Lo mejor era dejarla solita para que se le pasara el ataque histriónico y, recapacitando, regresaría al coche donde la estaría esperando.

Metí la mano en el bolsillo y comprobé que llevaba yo la llave del coche. Menos mal, porque con la irritación que ofuscaba a mi amiga no me apetecía nada tener que seguirla para pedírselas.

La escena que había protagonizado me había llevado hasta los límites de un ataque de ansiedad. Estaba reventada de cansancio en todos los sentidos. No solo físico, también estaba harta de aquella situación y en cuanto tuviera un teléfono a mano, llamaría al agente Jordá y pondría en sus manos todo lo que habíamos encontrado, aunque ello me costara la cárcel.

Tendría que buscarme un abogado, me temía. Se me ocurrió que se lo podría decir a Álvaro, pero eso supondría meterlo en todo el fregado, y no sabía si sería justo. Quizás solo podría pedirle consejo y que me recomendara un buen abogado penalista, porque estaba segura de que lo que tenía entre manos era de índole penal. Más que segura.

Lo primero, buscar el coche. Lo segundo, encontrar un teléfono y ponerme en comunicación con la policía. Pero también era muy importante volver a por Clara. Se estaba metiendo en la boca del lobo y no podía dejar que le pasara nada.

No, lo más seguro es que ni llegara a entrar en el almacén. Se le pasaría la rabia antes de hacerlo. En cuanto llegara a los muelles y se diera cuenta de que estaban cerrados y no podía entrar. A no ser... A no ser que buscara el agujero por el que entraban el Lucas y el Rubio, que ella era muy capaz de eso y de más.

Empecé a temer que todo aquello se nos estuviera escapando de las manos. Un temor estaba anidando en mi pecho. Y encima llevaba un buen rato andando por aquel camino entre los árboles, apenas iluminado, en plena noche, con sus sombras amenazadoras, en un absoluto silencio solo roto por mi caminar, rompiendo ramitas y pisando piedrecitas con aquellas botas que, gracias a Dios, me estaban protegiendo de la humedad de la intemperie.

De repente empecé a temer haberme perdido. Ya debería haber llegado adonde habíamos dejado el coche. Lo habíamos ocultado para no dejarlo a la vista, pero tampoco recordaba yo haber atravesado tanto bosque para llegar al almacén. ¿No llevaría un rato dando vueltas sobre el mismo lugar?

No era mala orientándome, pero las circunstancias no eran las adecuadas. Ni llevaba plano, ni brújula. Por no llevar, no llevaba ni una triste linterna. Daba igual que me orientara por las estrellas pues no había tenido la precaución, cuando llegamos, de ubicar el lugar donde habíamos aparcado. Y el estado de ánimo no ayudaba mucho. No debería estar lejos, quizás detrás de

aquella curva.

Al girar el recodo vi la silueta inequívoca del vehículo. Me encaminé hacia él decidida, respirando de alivio y deseando estar ya dentro para, antes que nada, entrar en calor. Las manos y los pies eran témpanos de hielo.

Salí del bosque y me dirigí al interior del llano. Estaba a unos metros, a medio camino entre el sendero y el lugar donde habíamos dejado el coche, cuando escuché el sonido inconfundible de una conversación a través de un walkie o algún dispositivo similar.

«... escondido entre los árboles... vacío... ahora miro dentro...».

Frené de golpe e intenté ahogar un grito para que no me oyera. No lo logré. En la puerta del conductor, que había logrado abrir de alguna manera, había un hombre y le reconocí como uno de los tipos que vi intentando entrar en casa de Leo la otra tarde.

Se giró y me vio. Me dispuse a darme la vuelta y echar a correr cuando vi que se metía la mano en la chaqueta y sacaba algo de ella. La luz de la luna me chivó que era un objeto metálico, pero no supe distinguir si era un arma o simplemente un móvil. No me iba a entretener en averiguarlo.

Eché a correr en dirección contraria, hacia donde había venido. Los árboles, que bordeaban las montañas como antiguos centinelas, pasaron con rapidez, envueltos en la bruma de la neblina nocturna. El aire era muy frío. Mi mente me avisaba de algo y no concretaba qué era. Toda mi concentración se centraba en escapar.

El suelo estaba resbaladizo y me costaba correr sin tropezar con las piedras del camino. Trastabillaba constantemente, pero el pánico no me dejaba pensar más que en huir. Corría guiada por el resplandor de la luna entre las copas de los pinos, pero no tenía ni idea de hacia dónde. El pavor activaba mis sentidos y me escuchaba gemir de pánico mientras escapaba de allí, perseguida por el tipo, que había echado a correr tras de mí.

Fue en el momento en el que escuché la detonación en el que supe lo que mi mente estaba intentando recordarme. Y la situación de estrés activó mis conocimientos más recónditos de lo que yo conocía de armas.

Disparo seco: automática. Gran detonación: posiblemente calibre .44. Uff, peligroso, si me alcanzaba me destrozaría. Y lo que me intentaba señalar mi mente: ese cañón, o lo que pude reconocer cuando vi que se lo sacaba de la chaqueta, sabía cuál era. Era, casi sin duda alguna, una IMI^[6] Desert Eagle. Si es calibre .44, ocho balas. Si es calibre .35,7, nueve balas. Alcance efectivo, unos 50 metros.

Pero lo que me hizo frenar en seco mi huida fue que la cadencia de tiro es impresionante: un disparo por segundo. Por poca puntería que tuviera mi perseguidor, podía resultar herida de muerte. Ocho oportunidades de acertar eran demasiadas para salir bien parada.

En aquellos momentos no sabía si maldecir o congratularme de haber realizado aquel curso sobre armas. Seguramente, de no haber sido yo una entendida en dichas máquinas de defensa y ataque, hubiera seguido huyendo y mi vida se hubiera sesgado con un disparo certero. Pero no era así. Un suceso desafortunado durante un rescate, que no viene al caso en estos momentos, hizo que me apuntara a aquel curso con pleno interés. No tuve que volver a utilizar aquellos conocimientos, pero, al parecer, lo aprendido se había instalado en mi memoria y aquella situación al límite los había sacado a flote.

También recordé lo que nos enseñaron sobre qué hacer si te rendías. Puse mis manos sobre la

nuca y me arrodillé lentamente. De esta manera, y con el corazón peligrosamente acelerado, escuché como mi perseguidor llegaba tras de mí y, soltando alguna frase de advertencia, no recuerdo cual era, me redujo. Recé porque no me pegara un culatazo y me dejara inconsciente. Ya sería demasiado que cada vez que me topara con aquellos tipos acabara yo perdiendo el conocimiento.

Me llevó a rastras hacia un vehículo donde nos esperaba uno de los otros tipos que ya conocía. Me pusieron una brida en las manos y me sentaron en el asiento trasero.

—Métete ahí dentro —me dijo el primer individuo con su, esta vez reconocible, acento extranjero—. Y quietecita.

Cuando ya empezaba yo a pensar que mi afición a las películas me llevaba a imaginar escenas exageradamente manidas y que la realidad no era tan dramática, el que estaba sentado en el asiento del copiloto se giró y me apuntó con una pistola a la cara.

Era una Beretta 80. Acto seguido le dije a mi cerebro que dejara de mandarme información innecesaria.

Capítulo 26

*See reflections on the water
more than darkness in the depths
see him surface in every shadow
on the wind I feel his breath*

Veo reflejos en el agua
más que en la oscuridad en lo profundo
lo veo en la superficie en cada sombra
en el viento siento su aliento
«Goldeneye», Tina Turner.

No tardamos mucho en bajar de la montaña y alcanzar la carretera de la costa. Perdí la noción del tiempo cerrando los ojos y evadiéndome todo lo que pude de aquella situación amenazadora. No llegué a dormirme, pero sí me relajé lo suficiente para no saber adonde me llevaban.

Intentaba, en segundo plano, comprender algo de la conversación que mantenían entre ellos, y al mismo tiempo, la que se desarrollaba a través del móvil. No entendí mucho de la primera, ya que lo hacían en su lengua. Pero no soy tonta y sí entiendo el lenguaje gestual. Uno de ellos estaba nervioso, el otro no me veía como un peligro e intentaba tranquilizar al primero.

La conversación telefónica le terminó de calmar ya que, por lo que le respondía al que hablaba al otro lado de la línea, aquel le decía lo mismo. Yo era una mujer madura, no suponía una amenaza y ya sabían cómo se tenían que librar de mí. No sé si yo era o no una amenaza, pero los años hacían que esa conversación escueta y de la que solo extraje retazos, me fuera completamente reveladora.

Hay momentos de peligro en la vida que nos hacen reaccionar; y cada uno de ellos de una manera diferente. Algunos nos hunden en la desesperación y el miedo. Pero otros, y esta vez me estaba pasando a mí, nos tocan la fibra, por no decir los cojones, que te consideren tan acabada que no supongas una amenaza. Y te vuelves decidida, tenaz, dispuesta a que no se salgan con la suya.

Y eliges luchar.

¿Las armas? Tu inteligencia y tu experiencia. La que te dan los años de vida y los años de

trabajo. Esos mismos años que tan vulnerable creen ellos que te hacen.

Mi instinto de supervivencia hizo que me pusiera en guardia. Debía estar atenta a todo lo que pasaba a mi alrededor si quería tener alguna posibilidad. Iba a explotar mi condición de fémica indefensa, pero no por eso tenía que descuidar mi protección. Estaba preparándome para entrar en ese estado de alerta que tantas veces había vivido. La adrenalina me recorrería las venas, así que ahora tenía que intentar descansar cuerpo y mente todo lo que pudiera. Luego lo iba a necesitar. Esta situación iba a acabar de una manera u otra, y mi actitud era pieza indiscutible en el resultado.

Salí de mi trance semicontemplativo cuando el coche se detuvo. Me incorporé en el asiento abriendo los ojos. Aún era de noche, no sabía la hora que debía ser ni el tiempo que habíamos viajado. Tampoco sabía en qué pueblo costero estábamos, pero sí que habíamos aparcado el coche en un puerto, cerca de un pantalán muy poco iluminado por la luz de una única farola.

—¡Afuera! —espetó el que me venía apuntando, sin dejar de hacerlo.

Me condujeron a una embarcación de pesca, concretamente un palangrero de unos 21 o 22 metros de eslora. Empecé a observar y a guardar en el disco duro de mi cerebro todo lo que consideraba importante. La distribución del barco era primordial. No me iba a ser difícil porque conocía aquel tipo de embarcación. Una superestructura central sobre la cubierta donde se encuentra la caseta de gobierno, con una chimenea atrás y la sala de máquinas debajo de ella, a la que se accede por una escalera desde el puente de mando.

Sabía que estos barcos solían llevar equipos de submarinismo en la popa, en los baúles o, de no ser allí, al lado de la sala de máquinas, en compartimentos expresamente adecuados para ello.

Empecé a priorizar opciones. La primera era, y sin duda la más importante, que no me lanzaran por la borda —habiéndome previamente alojado una bala en el cerebro; o sin ella, existían esas dos versiones—, en cuanto estuviéramos algo alejados de la costa. Como en un diagrama de flujo, mi mente comenzó a diseñar las casillas en blanco mientras, por otro lado, recopilaba información de todo lo que podía observar a mi alrededor para ir rellenándolas.

Procesé las medidas y distribución del barco según nos acercábamos y todos los detalles posibles en mi camino hacia la parte superior del mismo. Temí por un momento que me encerraran en algún camarote o, peor aún, que me trasladaran a la sala de máquinas o contiguas, de donde no podría moverme. Y vete tú a saber a dónde nos dirigíamos. Una vez en alta mar, mis posibilidades de supervivencia eran escasas. Cuanto antes actuara, más probabilidades de conseguirlo tendría.

—Sube ahí arriba. —El tío hizo ademán de intentar sujetarme para ayudarme a subir.

Me giré y le miré con una expresión de rabia y determinación en los ojos:

—Ni se te ocurra tocarme el culo —lo dije de una manera tan tajante y sin pensar en las consecuencias de haberme rebelado, que retiró las manos de inmediato.

Con las manos atadas por delante con la brida, agarré el tubo de la escalera y, aunque con dificultades, empecé a ascender. Las agujetas de la carrera de la mañana me estaban jodiendo viva. ¡Menudo momento elegí para empezar a entrenarme!

Eché una mirada rápida a la escotilla de la sala de máquinas que dejábamos debajo. Conocía el mecanismo de cierre, y sabía que se necesitaba mucha fuerza para levantarla una sola persona. Al menos una persona, en mi estado de forma actual.

En la caseta de gobierno estaba esperando un tercer individuo cuya cara no me sonaba de nada. Debía ser, deduje, el conductor de la furgoneta aquella tarde. No quise dar nada por hecho

ni desperdiciar tiempo en pensar en cosas que no iban a ser de importancia. Esos datos no me servían en absoluto.

El cubículo era más amplio de lo que esperaba, en él estaban los paneles llenos de relojes y aparatos de navegación. Estaban encendidos y dispuestos para emprender la marcha ya que parpadeaban por doquier infinidad de lucecitas de colores. La navegación no era mi fuerte, aunque alguna que otra vez había ayudado en dichas tareas dentro del barco, pero siempre con las órdenes pertinentes. Fue por esa razón por la que descarté la huida en barco si lograba deshacerme de ellos.

En lugar de llevarme a un camarote aparte, me dejaron allí mismo, en un rincón de la misma sala, un apartado como una cabina de paneles de madera. Me sentaron en un banco mientras ellos se disponían a zarpar.

Cada vez que hablaban por teléfono, la tensión se palpaba en el ambiente. La persona que estaba al otro lado de la línea les chillaba órdenes de tan mala hostia que hasta mí llegaban sus gritos aunque de forma distorsionada. Ellos respondían sumisos y prestos a obedecer. Los tenía atemorizados, eso era seguro.

A excepción de estas llamadas, entre ellos seguían utilizando su idioma, por lo que no entendía nada si no era por deducciones lógicas.

Me dediqué a observar todo a mi alrededor y a empezar a rellenar las casillas de mi diagrama mental. Una vez tuviera todos los datos recopilados, debería empezar a trazar un plan. Me faltaba verificar la existencia de un par de objetos necesarios y su disposición. En caso de que no hubiera en aquel barco, tendría que buscar algún recurso sobre la marcha.

También tenía que elegir el momento adecuado para llevar a cabo lo que se me estaba ocurriendo, pero no debía esperar mucho, no podía ser muy adentro, pues no podría regresar sin ayuda. Una ayuda que no tenía.

Una vez activado el mecanismo que tanto había ejercitado en mi cabeza, con todos los datos dispuestos en el diagrama que me había formado, me dispuse a esperar la llegada del momento adecuado para actuar mientras no me perdía ningún detalle.

Lo primero era discernir en qué estado anímico estaba cada uno de mis captores. Al principio, el individuo que denominé como A —el que me había capturado— estaba bastante incómodo con tener que llevarme con ellos y no dejaba de echarme miradas, vigilándome. Pero hacía un rato que se había relajado, quizás porque su compañero, el sujeto B —el que me había apuntado durante el camino— había decidido que yo no suponía ningún peligro.

El sujeto C era un chaval más joven. Se veía claramente que él allí no tenía ni voz ni voto y que su opinión contaba poco. Le ordenaban las cosas y él obedecía raudo. Aunque era de constitución fuerte y grandota, no debía tener mucho cerebro, conclusión a la que llegué por su mirada ovejuna y por su prontitud en cumplir lo que se le mandaba. Ni más, ni menos, sin iniciativa propia. Este sería el que menos problema supondría para mí, a no ser que le ordenaran, claramente, que me redujera o que acabara conmigo. Entonces, su eficiencia sería impecable.

Todo esto en conjunto me daba las pistas necesarias para entender sus intenciones, que se podían resumir en dos: o pensaban deshacerse de mí en alta mar, supuse que era la que más probabilidades tenía, o por el contrario querían llevarme adonde ellos fuesen. En este caso, debería enterarme de adonde y con quién se iban a encontrar.

Mis tripas me decían que les habían pedido mi cabeza en bandeja. No debía dejar que ese

pálpito me ofuscará. Cuanto más lúcida estuviera más posibilidades tendría de llevar a la práctica lo que había pensado, que no era ni fácil ni probable, pero tampoco imposible. No tenía más solución que ir a por todas y desafiar las dificultades sobre la marcha.

* * *

Acabábamos de zarpar. Se disponían a saborear un café reclinados los tres sobre la mesa de derrota, cuando la puerta se abrió de golpe y entró un cuarto hombre, vestido con una camiseta sucia, unos Levi's descoloridos y calzado con unas zapatillas en peor estado que el resto del atuendo. Venía de la sala de máquinas por su aspecto cubierto de grasa y con un trapo en la mano. La cosa se estaba complicando por momentos y debía tomar una decisión ya.

Se me quedó mirando sorprendido. Por lo visto nadie le había dicho que iban a llevar a una pasajera y no le hizo mucha gracia. Se encaró a los demás pidiendo explicaciones y ellos le contestaron algo. No entendí el qué, pero aunque no se mostró convencido del todo, se calmó cogió su taza de café y se reunió con ellos alrededor de la mesa. Se dispusieron a trazar la ruta o a estudiar los planos, no sé lo que estaban haciendo.

Miré por encima del panel que estaba a mi derecha y localicé el extintor. Tenía que buscar el momento preciso en el que actuar y la entrada de aquel cuarto hombre había desbaratado mis planes haciendo que la atención cayera sobre mí. Para la maniobra que tenía pensada era necesario que estuvieran entretenidos y no me prestaran atención alguna, así podría pasar desapercibida y ejecutarla en un tiempo corto.

Cuando coincidió que uno de ellos se adelantó al timón y los otros tres me dieron la espalda, respiré profundamente tres veces y, haciendo una última inspiración reteniendo todo el aire que me fue posible, me levanté y descolgué el extintor. Era de aluminio de diez libras, unos cuatro kilos y medio. Gracias a eso, su peso fue más liviano de lo que me imaginé en un principio y lo pude manejar con facilidad.

Inmediatamente extraje la anilla de seguridad y, con la palanca de acero inoxidable, abrí la válvula agarrando la manguera con dificultad. Tenía las dos manos atadas y aunque sabía perfectamente cómo liberarme de la brida, primero tenía que dejar fuera de combate a aquellos tipos.

Cuando empezó la descarga, se produjo una gran nube blanca. Para acelerar el proceso, enfoqué el extintor hacia los hombres que empezaron a notar la falta de oxígeno y, debilitándose, intentaban boquear sin conseguir introducir más que CO₂. Tenían que quedar inconscientes en poco tiempo.

El ambiente a mi alrededor se tornó de repente helado. Las partículas de dióxido de carbono salían congeladas, por lo que esa congelación me ayudaba en mi propósito, pero hacía que deseara salir cuanto antes de allí dentro. Mis pulmones, pese a estar habituados a la apnea, estaban a punto de reventar. Necesitaba una bocanada de aire puro.

Dejé el extintor al lado de un banco, de tal manera que la palanca de la válvula se mantuviera

apretada con la madera y, soltando la manguera corrí hacia la puerta de salida a cubierta, cerrando tras de mí. Una vez fuera respiré con urgencia y llené mis pulmones del aire tan preciado. Necesité varias inspiraciones para poder volver a la normalidad y que así dejara de dolerme el pecho intensamente.

No estaba aún recuperada del todo, pero no podía perder un solo minuto. No sabía el tiempo que iba a durar el estado de inconsciencia de aquellos hombres, y tampoco sabía si había alguien más en el barco, así que buscando un asiento me agaché sobre mis botas, desabroché los cordones y pasé uno a través del hueco que mis muñecas dejaban entre ellas al estar atadas por la brida. Ayudada por la boca, lo agarré con los dientes y me agaché hacia el otro cordón. Los até con dos nudos y levantando las dos piernas, que estaban ligadas por los dos cordones que pasaban por en medio de la brida, empecé a hacer un movimiento de bicicleta en el aire, con toda la velocidad que pude. En unos segundos, la brida cedió debido al rozamiento y a la presión y tuve las manos sueltas.

Un dolor me recorrió las muñecas, pero no me paré a escucharlo. Tenía que buscar como fuese un equipo para lanzarme al agua. Un traje seco sería lo ideal. En aquellas fechas del año la temperatura del agua era extremadamente baja y no resistiría mucho si me lanzaba al agua sin estar bien equipada.

Di la vuelta a la torre y me dispuse a abrir la escotilla de la sala de máquinas. Tuve que emplear todas mis fuerzas para poder mover la palanca, pero al fin, y lanzando gruñidos y resoplidos, logré abrirla. Bajé la escalera. A la derecha se encontraba el retrete, un pequeño habitáculo con un agujero y dos huellas de pies dibujadas en el suelo que indicaban en qué lugar colocarlos para poder orinar. Eso en el caso de los hombres, porque las mujeres lo teníamos mucho más complicado y, desde luego, las huellas de los pies no se correspondían con la postura de los mismos en el momento de la micción.

Al lado contrario encontré lo que buscaba: una pequeña cabina que no llegaba a camarote, pero que contenía material de buceo. Rápidamente saqué una botella de aire de diez litros. Sería suficiente. Elegí un regulador y acoplé la primera etapa a la botella. No tenía tiempo de comprobar si estaba a punto, pero ahora eso no era lo que más me preocupaba. Al menos contaba con un octopus por si fallaba la segunda etapa y el manómetro parecía que estaba correcto.

No vi por ningún lado un traje seco. Eso iba a ser un problema. Lo único adecuado a mi tamaño era un traje de neopreno, pero insuficiente para la temperatura del agua.

Me giré y me acerqué a las máquinas que funcionaban a todo gas haciendo un ruido infernal. Me ponía nerviosa no poder escuchar los sonidos del barco ni tampoco el que alguien estuviera buscándome. Eso hizo que me diera más prisa.

Busqué una lata de aceite de máquinas, me quité la ropa quedándome en ropa interior y me froté todo el cuerpo con él. De ese modo, formaría una película dentro del traje sin dejar que el agua helada llegara a mi piel. A continuación me enfundé el traje que, debido al aceite y a que era una talla más grande que la mía, entró mucho más fácilmente de lo habitual.

Lo que faltaba fue rápido: el chaleco en el que había atado la botella, los plomos, unas gafas y unas aletas. Y lo más importante, una linterna que me colgué del cinturón. Con todo ello en la mano volví a subir las escaleras y me dirigí a la popa del barco para lanzarme al mar. No encontré ningún cuchillo. ¿Por qué iban a ser las cosas tan sencillas, no?

Atravesé la cubierta casi a oscuras, tan solo iluminada por las luces del reflector. Me acabé de

equipar, me recosté sobre la barandilla y cogiendo aire me metí el regulador en la boca dispuesta a sentarme en ella y dejarme caer hacia atrás.

En ese momento, un disparo me pasó rozando. Me dejó helada y en lugar de seguir mi trayectoria hacia atrás, me aparté de la barandilla buscando otro lugar donde esconderme de la vista de aquel tipo y lanzarme sin que me alcanzara.

Recorrí la popa hacia estribor y al final del pórtico llegué al pescante. Allí justo, al lado de la pasteca, vi una baliza. Sin pensarlo dos veces la cogí, me agarré al brazo del pescante y caminé por la barandilla todo lo que pude protegiéndome con él de los disparos que siguieron a aquel primero.

Con el regulador ya en la boca, cada respiración sonaba como un ronquido apremiante, una urgencia musical que inyectaba adrenalina en mis venas como si de una adicta me tratara.

Con el último disparo, que casi me alcanza, me lancé al mar. La baliza, al contacto con el agua empezó a emitir destellos y yo me sumergí todo lo rápido que pude mientras aún escuché el estallido de dos detonaciones más, estando bajo la superficie. El agua estaba helada. La grasa me protegía el cuerpo, pero la cara y las manos notaron enseguida la bajísima temperatura.

Seguí descendiendo, intentando regular la respiración mientras el barco se fue alejando, haciendo que el ruido de las máquinas disminuyera poco a poco. Lo primero fue echar mano de la linterna. No atinaba a encontrar el botón y por un momento me inundó el pánico. Sin luz debajo del agua no sobreviviría de ninguna de las maneras.

Lo encontré y un cono de luz muy potente surgió de mi mano. Al fin, después de tantos meses, estaba en mi ambiente. Aquello era mi vida y había logrado llegar a donde yo me manejaba con la mayor confianza.

Una sensación de paz y de felicidad me inundó. No llevaba brújula, pero el manómetro funcionaba perfectamente, y me indicaba que tenía aire para al menos cuarenta minutos, si no bajaba muchos metros. La idea era esconderme por si volvían, pero no alejarme mucho de la baliza.

La señal de socorro se había activado y no tardaría en venir el equipo de salvamento. Tenía que resistir sin que me encontraran aunque volvieran a buscarme, y las burbujas eran una de las señales, sobre todo si bajaban a buscarme con equipos.

Si por alguna razón la baliza dejara de funcionar o no me localizaran, no sabía hacia donde nadar y no llegaría a tiempo a la costa. Pero no iba a pensar en eso ahora. Me concentré en escuchar el burbujeo de cada una de mis respiraciones y el latido de mi corazón al compás de ellas.

Capítulo 27

*Yes there are two paths you can go by
but in the long run
There's still time to change the road you're on
And it makes me wonder...*

Sí, hay dos caminos por los que puedes ir,
pero a la larga,
todavía hay tiempo para cambiar
el camino en el que estás.
Y hace que me pregunte...
«*Stairway to heaven*», Led Zeppelin.

Llevaba demasiado tiempo bajo el agua y la inactividad estaba logrando que me quedara congelada. Maldije no haber cogido unos guantes; sin ellos iba a aguantar poco tiempo. En un principio, los plomos eran insuficientes y no podía mantenerme hundida sin que mi cuerpo tendiera a flotar, así que nadé hacia unas rocas y agarré varias piedras que me metí en los bolsillos del chaleco hasta lograr una flotabilidad nivelada por el aire y el regulador.

Descarté la primera idea de esconderme. Tenía que tener bajo control dónde estaba el barco con mis enemigos y, sobre todo, la baliza. Justo allí, en ese punto era donde estaba mi salvación. Así que volví a ascender y me dispuse a salir del agua para orientarme.

Enfocando la linterna hacia la superficie que, desde el interior del agua parecía un espejo brillante, busqué algún indicio de motores, hélices o cadenas que pudieran representar un peligro por acercarme demasiado al barco. Seguro que habrían dado la vuelta y me estarían buscando.

Saqué la cabeza y giré sobre mí misma para orientarme y descartar ningún obstáculo cercano. Agucé el oído en busca de motores y lo primero que escuché fue los pitidos de la baliza, que se oían más fuertes fuera del agua. El agua atenuaba sus *pips* constantes y lastimeros en su SOS continuo.

A lo lejos, la silueta del pesquero parecía un barco de juguete flotando sobre el lecho del mar. Sí; había dado la vuelta y regresaba. La superestructura de la nave crecía a medida que se acercaba, hasta llenar mi campo de visión. Tenía que hacer algo o acabarían por encontrarme.

Vislumbré a dos de los tipos, vestidos con trajes de buceo y oteando la superficie. Intentaban localizarme con un par de enormes focos de luz, que iluminaban la escena como si hubiese amanecido, para lanzarse a por mí. El frío estaba empezando a paralizarme y las extremidades no me respondían. Ni siquiera el pulgar con el que regulaba el aire que entraba en el chaleco estaba funcionando. Tiré del latiguillo para vaciarlo y poder hundirme de nuevo. ¿Qué iba a hacer? Sobre la superficie me encontrarían en cualquier momento y sumergiéndome verían las burbujas. Eso mientras respirara, pues en nada iba a sucumbir a la congelación.

Mordía con fuerza la goma del regulador, y no podía frenar el temblor de la boca ni para succionar una bocanada más de aire. Tenía que descender... O quizás mejor salir a la superficie. No podía pensar con claridad. Y al fondo, un ruido cada vez más frecuente. Una frecuencia, un constante machaqueo, cada vez más fuerte, cada vez más cercano.

Era un rotor que me estaba sumiendo en un sopor. No hacía mucho había sentido esa sensación de dejarme ir. Hacía un día, creo. ¿O era un año? Quizá hacía una vida... O quizás no dejé de sentirlo y todo lo que había sucedido entre aquel momento y este era efecto de la inconsciencia. Todo irreal.

Apreté de nuevo el pulgar sobre el latiguillo y el chaleco volvió a llenarse de aire. Empecé a ascender ya sin fuerzas para mover un solo miembro. La superficie se iluminó como si afuera hubiese un día soleado de verano. Imaginé que uno de los focos del barco estaba sobre mí. Y yo estaba a punto de reflotar justo dentro del círculo luminoso.

Exactamente, eso hice. Surgí del agua, pero todo en torno a mí giraba como si estuviera en el ojo de un huracán. Intenté contrarrestar la inercia, que me hacía moverme en círculo, usando los brazos como si fueran aspas.

Medio inconsciente, miré hacia arriba. De allí provenía la luz. Un foco sujeto a unas alas que daban vueltas y vueltas, y más vueltas, muy rápido. El ruido era infernal y se levantaban olas a mi alrededor.

No supe si lo que me levantaba, sacándome del agua, era un ángel o un demonio. Me derrumbé y me dejé llevar, chorreando toda mi humedad tras de mí.

—¡Berta, Berta! —La voz de Clara me llegó nítida, rasgando mi inconsciencia—. ¡Dios mío! Sáquenla de ahí. ¡Está muerta! ¡Oh, no!

No podía contestar. Solo tuve fuerza para levantar el índice de la mano derecha y moverlo de izquierda a derecha, en señal de negación.

Antes de que me acabaran de elevar hacia dónde supuse que provenía la voz de mi ángel de la guarda, escuché unos disparos. La batalla había acabado, pero la guerra continuaba.

Solo esperaba que no me hubieran alcanzado a mí.

* * *

Desperté en el hospital. No puedo decir que no sabía dónde estaba porque estuve bastante consciente durante el rescate del helicóptero y mi posterior traslado en ambulancia.

A Clara no consiguieron separarla de mi lado más que durante el tiempo que me metieron en la cámara hiperbárica. Yo sabía que no era necesaria, pero había que descartar cualquier accidente por descompresión.

Más grave fue la congelación que sufrí. Dos veces seguidas en pocas horas mi cuerpo había estado expuesto a una temperatura bajísima, llegando a rozar niveles muy peligrosos, pero gracias a Dios no tuvieron peores consecuencias que las de un ingreso de unas horas.

Quería saber cómo habían dado conmigo, sobre todo, qué hacía Clara allí, liderando el rescate, pero no quisieron agobiarme con explicaciones, por mucho que se notaba que Clarita ardía en deseos de contarme cómo había conseguido encontrarme, a tiempo, con vida.

Al final no pudo aguantarse más e inició su relato. Me explicó que llegando a la fábrica pensó que lo mejor era dar media vuelta, regresar adonde habíamos dejado el coche y darme la razón. Pero cuando estaba llegando vio cómo me perseguían y acababan cogiéndome. Muerta de nervios y preocupación, no paró hasta llegar a la carretera y encontrar a alguien que la llevara al cuartel más cercano de los mossos donde explicó todo lo que nos había pasado, omitiendo ciertas «menudencias» que, seguramente, tendríamos que acabar confesando en un momento u otro.

Cuando les llegó de Rescate Marítimo la comunicación de que la baliza lanzada estaba dando señales de socorro, no tuvieron ninguna duda de que las dos cosas estaban relacionadas y salieron en mi busca.

La historia no había acabado, lo sabía, pero en ese momento no me sentía con fuerzas de dar más vueltas al asunto. Sin embargo, las cosas no salen siempre como uno espera que salgan.

Se abrió la puerta de la habitación y entró el agente Salvador Jordá. Sabía que había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa. En realidad, no creía que fuese a ser tan pronto.

—Hola Berta —saludó *ojos bonitos*—. ¿Cómo se encuentra?

—Agente, los dos sabemos que esta charla no puede demorarse más —contesté—. ¿No te parece que sería mejor que nos tuteáramos?

Y dirigiéndose a todos los que estaban en la habitación, incluido su compañero, el agente Josep Huguet, dijo:

—¿Nos harían el favor de salir todos de la habitación y dejarnos solos? Hemos de hablar largo y tendido.

Epílogo

*You put poison in my coffee,
instead of milk or cream.
You bout the evilest woman, that I ever seen.
You mixed my drinks,
with a can of Red Devil lye.
Then you sit down, watch me,
hopin that I might die.*

Pusiste veneno en mi café,
en lugar de leche o crema.
Eres la mujer más malvada que he visto jamás.
Mezclaste mis bebidas con un
bote de Red Devil de lejía.
Entonces te sentaste a vigilarme,
esperando que muriera.
Commit a crime, Howlin' Wolf.

Me acompañaban en aquel viaje los chicos de Liverpool con su «Abbey road», cantando, una tras otra, todas las canciones de uno de sus mejores trabajos. Había salido muy temprano y no pensaba parar nada más que para repostar y estirar las piernas. Aún no me encontraba repuesta del todo, pero ya tendría tiempo de descansar cuando todo estuviera en su lugar.

Llegué al pueblo a última hora de la mañana, rozando el mediodía. Era el último pueblo del Pirineo aragonés y estaba situado en un valle rodeado de montañas, en aquella época, nevadas. El sol hacía poco que había surgido tras los picos y en estos momentos alumbraba todo el valle de entrada al pueblo.

Al girar la última curva del camino rodeado de nieve, por el que circulaba desde que dejé atrás la N-260, el paisaje que apareció ante mis ojos me dejó sin aliento. La torre de la iglesia y los tejados de las casas de piedra se recortaban contra los picos nevados de los Pirineos que, a lo lejos, delineaban el horizonte del cielo, del azul más increíblemente intenso que yo había visto jamás.

Entré en el pueblo subiendo por la única calle que lo atravesaba, las ruedas de mi coche componiendo una música del roce del adoquinado. El contraste del escenario nevado del exterior con la sensación térmica de dentro del coche, me provocó un escalofrío que me recorrió la espalda. Los Beatles hacía tiempo que habían dejado de cantar, dando paso a The Clash con su «*Give 'em enough rope*». Ellos también habían concluido su última canción, sin que yo me diera cuenta de reponer la música. Mi cabeza estaba ya en la conversación que iba a tener dentro de unos minutos.

Atravesé el pueblo y seguí sin dejar la carretera hacia la parte de arriba, hacia las montañas. Sabía que detrás de aquellos picos que veía ante mí estaba Francia. Antiguamente no había paso fronterizo pero la gente atravesaba clandestinamente y hoy en día, aún hay pastores con su ganado de vacas que lo hacen, en busca de prados frescos.

Llegué a una bifurcación entre los abetos que bordeaban la senda. Consulté el plano que yo misma había trazado y tomé el de la derecha. Ya no faltaba mucho. De un momento a otro divisaría la cabaña. No tenía ni idea de cómo era exactamente, pero sentía que en cuanto la viera, sabría que era la que estaba buscando.

Los carteles indicaban que me estaba adentrando en el Parque Nacional así que no faltaba mucho. Lo primero que vi fue la columna de humo que delataba una chimenea encendida. Seguí conduciendo unas cuantas curvas más, subiendo por aquel camino sinuoso, cada vez más alto, viendo la ladera de la montaña que dejaba el valle allá abajo y el río que me acompañaba en mi trayecto.

Tomé un nuevo desvío que se adentraba en el bosque. Esta vez el camino era aún más dificultoso y prácticamente intransitable. Llegué a un llano despejado de árboles y allí estaba la cabaña. Me la había imaginado de madera, pero sin embargo era de piedra, robusta, no muy grande.

Paré el coche en la entrada y bajé de él. Me dirigí a la puerta. No llegué a llamar pues esta se abrió antes de que mis nudillos alcanzaran a tocarla.

Había esperado tanto ese momento y había sufrido tal número de aventuras, que se me hacía extraño haber llegado por fin a su escondite. Aún así, al ver su cara mi corazón dio un salto de emoción.

—Adelante, Berta —dijo Leo—. Hace mucho tiempo que te espero.

* * *

—Sabía que estabas viva. —Fue lo primero que le dije a Leo mirándola a los ojos.

—Y yo sabía que serías tú la que me encontrara —contestó.

Estábamos sentadas frente al fuego. Leo había hecho té y teníamos una taza en la mano. La estancia era sencilla. Estaba poco amueblada; lo justo, pero era acogedora. Una puerta al fondo la separaba del resto de la vivienda. Imaginé un lavabo, la cocina y un dormitorio y quizás alguna habitación más. Probablemente un sótano, también. Tras de mí, un gran ventanal con cancelaría de

aluminio y postigos de madera, que ahora estaban abiertos hacia el exterior dejando entrar el sol e iluminando la estancia.

—Entramos en tu casa de Caldes, espero que no te importe que lo hayamos hecho; solo queríamos encontrarte. Pero luego olvidé por completo aquel sobre de documentación que hallamos bajo el forro de la cesta de planchado.

—Tenía que esconderlo de la vista de Carlos. Él no podía saber que yo tenía esta casita. Me la dejó mi tía Jacinta cuando murió y nunca se lo dije. Era mi futuro. Algo a lo que agarrarme si decidía huir.

Dejé la taza encima de la mesa, me senté en el borde del sofá. Miré a Leo directamente a los ojos y le pedí:

—¿Qué pasó, Leo? Es el momento de que me lo cuentes todo.

Bajó la mirada a sus manos y vi cómo se encogía, seguramente recordando. Ese era el gesto que yo conocía de ella.

—Carlos había cambiado. Desde hacía unos meses no trabajaba. Se quedó sin su puesto en la fábrica y aunque en un principio decía que estaba buscando otro empleo, pronto dejó de hacerlo. Bueno, no sé si llegó a intentarlo siquiera... Se pasaba el día fuera y venía por las tardes siempre a la misma hora en que hubiese regresado de estar trabajando, para que los vecinos no se dieran cuenta. Entonces se volvió muy agresivo. Especialmente susceptible conmigo. Todo lo que hacía le sentaba mal; y me pegaba a la mínima ocasión y con cualquier excusa. Incluso sin tener ninguna.

»Empecé a sospechar de él y de lo que pudiera estar haciendo todo el día fuera de casa. En un principio pensé que tenía otra mujer, así que le observaba continuamente. Aunque había detalles que me lo confirmaban, no tenía ninguna evidencia».

Leo no se movía, las manos inertes sobre su regazo. Había vuelto la mirada hacia la chimenea y así, con la vista perdida en el fuego, hablaba sin apenas mover los labios.

—Y luego estaban todas aquellas conversaciones. Recibía continuamente llamadas telefónicas y se iba a la habitación contigua a contestarlas, para que yo no me enterara. Al principio no me atrevía, pero poco a poco, fui arriesgándome más y más, hasta que llegué a espiarle. Salía al pasillo y ponía la oreja en la puerta para oír con quién y de qué estaba hablando. Esperaba reconocer alguna conversación amorosa con alguna mujer, pero no era ese el tono que empleaba. Era más bien seco y conciso, como si diera o recibiera órdenes de alguien.

»Empecé a hacerme una idea de qué se podía estar llevando entre manos. No parecía nada legal, ya que yo sabía lo que estaba cobrando del paro, pero nunca nos faltaba dinero. Mejor dicho, nunca le faltaba a él. No compraba ostentidades pero no le faltaban los caprichos. Así que empecé a registrar sus cajones cuando él estaba fuera. Aquí en casa no encontré nada que me revelara lo que se traía entre manos. Si algo había, estaría en la casa de Caldes.

»Habíamos ido en verano y después algún que otro fin de semana, pero según entraba el frío, nuestras visitas se hacían más esporádicas. Entre que íbamos poco y que allí me era imposible buscar sin que se diera cuenta, me costó mucho encontrar un hilo del que tirar. Luego encontré aquella documentación y la memoricé. No entendía nada, pero tenía mucho tiempo para pensar en ello».

Leo volvía a mirarse las manos. Yo seguía sentada en el sofá. El té se me había quedado frío en la taza, por lo que busqué un sitio donde dejarla y continuar escuchando el tremendo relato que me estaba desgranando.

Un reloj de pared dio la hora. El cuco interrumpió por unos segundos el sonido de la voz monótona de Leo. Me preparé para seguir haciéndome una composición de su relato.

Leo había empezado a llorar. Se le rompió la voz al volver a hablar de nuevo.

—Una tarde llegó con la ropa llena de sangre. Desde que no trabajaba en la fábrica de embutidos, no era normal que trajera sangre en la ropa. Incluso entonces, solo se manchaba la ropa de trabajo. Pero le pillé cuando estaba intentando poner la lavadora él solo, sin decirme nada a mí.

»Le pregunté, extrañada, por qué estaba lavando él la ropa pues no colaboraba en las tareas domésticas que le parecían cosa de mujeres y me dio una excusa tonta. Cuando seguí insistiendo en el origen de la sangre me contestó que había estado en una empresa, demostrando sus cualidades para que le dieran el trabajo, y entonces, cuando le pregunté la razón del porqué no le habían dado una bata, se volvió hacia mí indignado, me dijo que ya estaba bien de tanta pregunta y me soltó un bofetón. Ante la inminencia de una paliza, salí corriendo hacia mi habitación y no pregunté más. Pero no me convenció.

»Por aquel entonces, Carlos había puesto un candado a la puerta del sótano y ya hacía tiempo que no me dejaba bajar allí. Decía que era su refugio, que allí tenía su taller y trabajaba en “sus cosas”, pero nunca me decía en qué consistían esas cosas y yo temía preguntar. No me atrevía a registrar. Sabía que si lo notaba, nadie me libraría de una paliza.

»Pero también a eso sucumbí. Busqué la llave y un día, mientras estaba en la ducha, calculando que iba a tardar un buen rato, corrí hasta la tienda de llaves e hice una copia. Nunca había pasado más miedo. Temía que saliera y no me encontrara».

Me revolví inquieta en mi asiento. Aquello estaba llegando a un punto crucial.

—Con la llave ya en mi poder, aún tardé unos días en atreverme a bajar al sótano. No dormía bien. Me despertaba a media noche bañada en sudor y angustiada, imaginándome toda clase de escenas en las que Carlos me pillaba en plena acción de registro. Y me pegaba hasta matarme.

»Pero al final me decidí.

»Una mañana esperé a que saliera por la puerta y bajé. Lo que descubrí fue espantoso».

Leo calló unos minutos. Con los ojos muy apretados, su faz se contrajo en un rictus de angustia, visualizando las imágenes de lo que me iba a explicar.

—Había una cama en un rincón con cadenas y grilletes. Descubrí mordazas y vendas; había señales inequívocas de que había sido utilizada por alguien a quien se había retenido.

»Me quedé helada y no sabía qué hacer. Me aterraba ir a la policía, pero no podía quedarme de brazos cruzados ante lo que había descubierto. Tenía que pensar, no podía tolerar lo que allí estaba pasando. ¿Cómo actuar sin las represalias que el delatarle me traería?

»Por aquel entonces ya pasaba yo las tardes contigo y tú empezabas a salir de tu caparazón. Barajé la idea de contártelo, pero temía las consecuencias que podrían tener para las dos. Era capaz incluso de matarnos por haberlo descubierto. Antes de decírselo a nadie, tenía que averiguar el alcance de aquellos encierros y relacionarlos con los papeles que vi en la casa de Caldes».

Leo se calló. Seguía mirándose las manos y las lágrimas le corrían por sus mejillas en un llanto silencioso.

Me levanté y me dirigí hacia la ventana dándole tiempo a rehacerse y seguir con su explicación. No era aún el momento de las preguntas. Escuchar a Leo no había logrado calmarme

y mi corazón seguía dándome, de vez en cuando, un latido doloroso en el pecho.

Se había puesto a nevar y los copos nuevos caían sobre la nieve antigua del claro, tapando las huellas que había dejado mi coche al llegar. Este se estaba tornando blanco, mimetizándose con el paisaje. No se oía fuera ni siquiera el canto de los pájaros. La nevada había silenciado el bosque.

—Hasta que empecé a atar cabos. Las chicas desaparecidas, los días en los que Carlos me enviaba fuera de casa con algún recado o excusa, las horas que se pasaba en aquel sótano, las conversaciones y las citas con quien le llamara...

»Empecé a mirar a Carlos de otra manera y, lo que era más preocupante, creí apreciar que él se estaba dando cuenta de mi cambio de actitud. Quizás solo eran apreciaciones mías debido al pavor que me daba estar con él en la misma casa. Si antes le tenía miedo, ahora me aterrorizaba estar en el mismo lugar donde se encontrara. Cualquier gesto me asustaba y me encogía.

»Era un comportamiento al que él estaba acostumbrado, pero aún así notó la diferencia. Hasta que un día me preguntó. Le dije que no pasaba nada, pero no me creyó y me fue cercando con sus preguntas.

»Descubrió que yo sabía algo, me pegó, me registró y encontró la llave y entonces...».

Leo lloraba y se le quebraba la voz en cada frase. Estaba soltando todo lo que, durante días y días, llevaba dentro, esperando contarme.

—¡Montó en cólera! Me arrastró al sótano y me preguntó qué sabía yo de todo aquello. No paraba de pegarme y me dijo que no podía dejar las cosas así. Que yo sabía demasiado y que algo tenía que hacer.

»Fue entonces cuando marchamos de la casa, me obligó a montar en el coche y haciendo ver que me colocaba el cinturón, me ató con las bridas pies y manos para que no pudiera escapar camino de la montaña. Por el camino iba diciendo que no debía haber entrado allí, que no debía haberle desobedecido y que yo me lo había buscado. Estaba muy enfadado.

»Decía que me quería mucho, pero que no podía dejarme vivir con aquel secreto. Yo lloraba desconsolada pero mis lágrimas no le afectaban. Bueno, en realidad sí lo hacían, pero era mucho peor. Mi llanto no hacía más que avivar la rabia que tenía. Me gritaba que me callara, pero yo no podía.

»Así que, llegando a aquella montaña me bajó del coche y, sacando una navaja me repitió de nuevo las mismas cosas, como infundiéndose de un valor que no tenía. Y poco a poco se fue derrumbando, cortó las bridas con la navaja al ver que me sangraban los tobillos y, de rodillas en el suelo, se echó a llorar a mis pies.

»En ese momento yo saqué fuerzas de mi miedo, sabía que en unos segundos volvería a ponerse en acción el nuevo Carlos, el violento y vengador, así que me agaché y agarré la primera piedra que tocó mi mano. Me lancé hacia él desesperadamente y empecé a golpearlo, una y otra vez, en la cabeza. Cayó al suelo, pero yo seguí soltando todo mi terror y mi cobardía, gritando con cada golpe. Ya estaba destrozado y yo seguía golpeando y chillando».

Leo había dejado de llorar. Sus mejillas estaban húmedas, pero ella se había quedado mirando fijamente un punto hacia muy dentro de su interior, con los ojos vidriosos como los de un ciego.

Tardó varios minutos en retomar la narración. Yo mantuve el silencio sin moverme siquiera. Sin apenas respirar.

»Cuando me calmé, vi lo que había hecho, y en lo que había convertido el rostro y la cabeza de Carlos. Me miré las manos ensangrentadas entendiéndolo que había sido yo la artífice de aquella

muerte y me espanté. Me cagué de miedo, literalmente. Me iban a meter en la cárcel y no me dejarían ni explicarme. No tenía más remedio que huir de allí. Y eso es lo que hice. Aquí estoy desde entonces.

»Hace unos días veo las cosas de otro modo y empecé a pensar que si alguien me estaba buscando esa serías tú. No me preguntes por qué, pero lo sabía».

Yo seguía de espaldas, mirando por la ventana. Leo se había callado y yo esperé inmóvil a que continuara, por si le quedaba algo que decir.

Pasaron varios minutos y ella no abrió la boca. Viendo que con aquellas últimas palabras había concluido su explicación, y sin girarme, le pregunté:

—Y ahora que me has explicado toda esa sarta de mentiras, ¿por qué no me cuentas realmente lo que pasó?

* * *

La habitación quedó en silencio y la temperatura bajó como si hubiésemos abierto la puerta de par en par. Lentamente cerré la cortina. Me giré y no me sorprendió lo que me encontré.

Leo estaba de pie y empuñaba una Walther PPK con la que me estaba apuntando. Mi mente ya me estaba empezando a describir las prestaciones de esa semiautomática, pero yo le ordené callarse. Solo me fijé en que la tenía amartillada.

Me miraba con una frialdad tal, que por un momento se me ocurrió que esa había sido la causa del enfriamiento de la sala. Sus ojos negros me atravesaban y revelaban una determinación que jamás hubiera imaginado que Leo poseyera.

—Tenías que haberte quedado con esa explicación y haberme creído —me soltó con una voz que no reconocía. La Leo modosita, atemorizada y apocada había desaparecido, esfumado con mis últimas palabras como si un mago hubiera chasqueado los dedos al mismo tiempo que blandía su varita mágica.

—Hace tiempo que algunas cosas no me encajaban —respondí sin moverme.

No apartaba la mirada del cañón de la pistola más que para dirigirla a la de Leo. Necesitaba tiempo. La situación había llegado a un punto que cualquier paso en falso acabaría con mi vida, sin posibilidad de escape.

—¿Qué te hizo dudar de mí? —preguntó al fin.

—Una de las cosas que no me cuadraban era el coche.

—¿Qué le pasaba al coche?

—Precisamente eso, estaba en el escenario para que yo lo viera cuando encontraran a Carlos. Y yo no paraba de preguntarme cómo te habías ido tú de allí sin él.

—Podría haberme ido andando.

—¿En diciembre, sin más ropa que un abrigo y teniendo vehículo? No, no era lógico, por lo que empecé a pensar que la cosa habría sido de otro modo. Y si eso fuera cierto, quizás no todo lo que había visto fuera real. Empecé a pensar que aquel escenario estaba preparado para una

función.

—No sería simplemente lo del coche pues, de haber sido así, no estaríamos aquí ahora de este modo.

—No claro. Hubo más detalles. La llave bajo la maceta, tan fácil para que nosotras la encontráramos. Los tipos que intentaban entrar en tu casa; estaban simulando un allanamiento para que yo los viera. La furgoneta con el logotipo en la puerta. Eran parte de la puesta en escena. Solo querían asustarme y crearme la urgencia de salir a buscarte.

—Si hubiera querido acabar contigo, estarías muerta.

—Aunque la frase te ha salido muy peliculera, sé que, por desgracia, esta vez es cierto lo que dices. Pero yo te era más útil viva. No solo viva, sino asustada.

—Aquellos imbéciles casi acaban contigo en la fábrica. ¿No va y se les ocurre encerraros en la cámara frigorífica? Un poco más y me los cargo por idiotas.

—Claro, por eso regresaron después y al no encontrarnos allí dentro, ni muertas ni vivas, nos estaban buscando por el bosque.

—Gente sin escrúpulos y con sentido común es difícil de encontrar.

—¿Cuánto tiempo hace que estás metida en esto?

—Más del que recuerdo. Carlos y yo habíamos llegado a formar un gran equipo, pero se volvió un blando. Tuvimos que irnos de donde vivíamos antes porque empezó a ostentar y a gastar más dinero del que debía. Cometió varios fallos y no tuvo más remedio que buscarse un trabajo para acallar los rumores.

»Aún así, nos mudamos aquí. Encontramos una casa que no estaba mal y con el tiempo ya buscaríamos la forma de cambiar la historia y poder utilizar todo el dinero que nos entraba. Pero no tenía paciencia. Le gustaba aparentar y chulear ante las chicas. Otro fallo. No se puede escuchar más a la polla que a la cabeza.

»Lo mantuve al margen en el negocio de los envíos de carne. No me mires así, era como los llamábamos. ¿Qué querías que dijésemos? ¿Trata de blancas? Hay eufemismos para acallar la conciencia y así no corría el riesgo de que a alguien le diera un ataque de bondad. Ese fue un negocio que me propusieron a mí y yo hacía tiempo que dudaba de las capacidades de Carlos.

»Pero se enteró y se volvió contra mí. No pudo soportar que no hubieran pensado en él para dirigir el cotarro y se convirtió en un problema. Entonces decidí acabar con él, pero aprovecharía para cargarle el muerto de la operación y mataría dos pájaros de un tiro. Ideé un plan en el que Carlos era el malo de la película y, a la vez, el chivo expiatorio».

—Y ahí entraba yo, ¿verdad? —pregunté.

—Eras la persona perfecta. Con una depresión encima y tan influenciable. Necesitabas alguien que te mimara y que te hiciera dependiente. Alguien que al mismo tiempo te necesitara una vez se hubiera colado en tu vida. Alguien a quien tuvieras que rescatar. Porque eso es lo que más adoras en esta vida: rescatar a la gente.

»Te pinté mi panorama como el de una triste esposa a quien su marido maltrataba. Un poco de maquillaje y unas gafas de sol, una mirada triste y una sonrisa vacilante y de agradecimiento por cualquier gesto tuyo y... ¡zas! Ya te tenía».

—Carlos nunca te puso la mano encima, ¿no?

—¿Ese? Era tan poca cosa... era un pobre de espíritu. Solo fanfarroneaba de lo que carecía. Si me hubiera tocado un pelo le hubiese cortado la polla. Él tenía que parecer un maltratador para

vosotros, pero todo fue una actuación. Yo me iba de tu casa antes de que viniera porque no me podía ver vestida con aquel disfraz tan insulso, sin maquillar o incluso con moretones. Y tú no podías venir a casa porque me hubieses visto como soy, mucho más atrevida, elegante y maquillada.

—¿Y las chicas?

—Las escogíamos sin familia en la ciudad. Eran inmigrantes que habían venido a trabajar o estudiar y solían vivir solas o en una habitación compartida, así cuando se daban cuenta de su desaparición o si llegaban a denunciarla, nosotros ya las habíamos sacado de aquí. Compré el almacén de Mataró a los antiguos jefes de Carlos a nombre de una empresa fantasma, pero dejamos los carteles. Seguimos con una actividad mínima para no llamar la atención y manteníamos allí a las chicas hasta que zarpaba el barco que las transportaba a Argelia y el resto ya no estaba en nuestras manos.

—¿Y tu sótano?

—Nunca estuvieron en mi sótano. No iba a ser tan tonta como para que las viera cualquiera. Eso fue una mentira que tú tenías que creerte para luego confirmar mi versión a la policía.

—¿Por qué cargarte a Carlos?

—Ya te lo he dicho, empezó a cometer errores. Se hizo el gallito y quiso adoptar roles que no le correspondían, y evidentemente mi gente no le respetaba. Discutió con uno de ellos hasta el extremo de que se le fue la mano y se lo cargó.

—El cuerpo que vimos dentro de la cámara en una bolsa...

—Eso mismo. Iba en el barco la otra noche cuando te cogieron. Otro fallo de los chicos. No debieron dejarte escapar. Ahora los han pillado a ellos y tú estás viva.

—Obvio, yo sabía ya demasiado y por otro lado podrías echar mano de Clara, que también lo había vivido todo y te serviría lo mismo que yo. Incluso ella más, porque se hubiera creído cualquier historia que le contaras. Tus lágrimas, tu papel de maltratada, que has representado a la perfección; y toda esa documentación tan a mano que inculpaba a Carlos. Ahora entiendo que él te sobrara. Debía estar muerto. ¿Y qué mejor excusa que la defensa propia y la huida despavorida?

No me contestó. Se limitó a hacer una mueca con la boca, una sonrisa medio con sorna y medio con asco. Yo no le quitaba el ojo de encima al arma con la que me seguía apuntando mientras hablaba.

—¿Y no tienes miedo a que tus hombres te delaten? —pregunté.

Esta vez Leo sí sonrió abiertamente. Incluso soltó una breve carcajada. Su expresión era de total suficiencia.

Entonces caí en la cuenta con verdadera sorpresa.

—¡Oh, no me lo puedo creer!, ¡no te han visto jamás!, ¡no saben quién eres!

—Exactamente. —Leo casi escupió la palabra—. Siempre me comuniqué con ellos por teléfono. Se puede disimular incluso el sexo por medio del auricular. Dudo que pensaran que yo era una mujer. Por eso Carlos metió la pata hasta el fondo. Tuvo contacto con ellos y se arriesgó. Esa gente es peligrosa.

—Y ellos te dejaron un coche en el lugar donde mataste a Carlos —deduje.

—Una moto —confirmó Leo. La dejé aparcada en la estación de Hostalrich y allí tomé un tren hasta Girona donde tomé otro hasta Caldes. Es más fácil dejar una moto aparcada unos días sin que levante sospechas. Nadie se fija en una moto en la estación, pero en un coche que no se toca,

sí.

»Pasé una noche en la casa que ya conoces, dejé todas las pistas a la vista para que las encontraras y me fui con el coche que teníamos siempre allí para podernos mover con facilidad, para hacer la compra en el pueblo y cualquier otro desplazamiento. Ya viste lo incomunicado que está aquello. Necesitaba que llegaras hasta el final para poder quedar libre y empezar una nueva y desahogada vida en algún lugar lejano. La pobre viuda que tuvo que defenderse de un marido que la maltrataba con violencia y que quiso matarla. Un criminal implicado en trata de blancas que iba a acabar con su vida cuando ella lo descubrió.

»Pero ahora no me sirves ya. Sabes demasiado, mejor dicho, lo sabes todo y no puedo dejarte marchar».

—Ya me lo imaginaba —contesté con más aplomo del que realmente tenía—. ¿Y qué piensas hacer conmigo? Y voy más allá, ¿qué piensas decir que me ha pasado?

—¿Crees que voy a explicar a alguien que has estado aquí? Eres más tonta de lo que me creía. —Leo destilaba ironía en cada palabra que me espetaba—. Aún no sé si haré desaparecer tus cosas o, al contrario, te dejaré aquí y la que desaparecerá será yo. Solo hay un denominador común: tú acabas muerta.

—¿No voy a poder acabarme ni siquiera el té?

En ese mismo momento todo se precipitó: detrás de mí la ventana se abrió con estrépito y súbitamente apareció Salvador Jordá saltando por encima del alféizar, seguido de Josep Huguet, arma en ristre los dos, y en un alarde de agilidad.

Alguien gritó:

—¡Alto, deténgase! ¡No dispare! ¡Baje ese arma!

Y al mismo tiempo escuché que otra voz me gritaba a mí:

—¡Berta, agáchate!

Y eso fue lo que hice, quedándome agazapada tras el sofá en medio de un fuego cruzado. A mi alrededor todo era acción, pánico, desconcierto. Cerré los ojos fuertemente y quise que la tierra me tragara. Mis oídos percibían todo tipo de estruendo, pero mi cerebro se negaba a procesar la información.

Agarrándome la cabeza, me quedé muy quieta. No quise pensar qué había pasado, estaba aterrada. No me moví hasta que alguien se arrodilló delante de mí y me puso la mano en el hombro.

—Tranquila, todo ha acabado.

Saqué la cabeza de debajo de mis brazos, lentamente, y miré unos ojos azules que me estaban sonriendo.

—Lo has hecho muy bien. Abriste la ventana sin que se diera cuenta.

—¿Lo habéis escuchado todo?

—Sí, no sufras, lo tenemos. Y todo ha acabado.

Me levantó agarrándome de las manos. Yo no dejaba de temblar. Me pasó el brazo por el hombro y me acompañó a la salida. Al pasar a su lado, vi que Leo estaba en el suelo y había sangre en su ropa. Un agente estaba junto a ella en cuclillas.

—¿Ella ha...? —pregunté atemorizada.

—¿Muerto?, no —contestó el agente—. Solo está herida, la trasladaremos al hospital. Ya hemos llamado a una ambulancia.

—Mejor llama dos. Creo que me voy a desmayar.

Y eso ocurrió, pero esta vez no tuve miedo. Sabía que Salvador me agarraría antes de que me diera contra el suelo.

* * *

—No deberías pedir el alta tan pronto, mamá.

Malena y yo estábamos en la cocina preparando la mesa para la cena de Nochebuena. Había insistido en hacerla en mi casa porque quería invitar a Clara y también le dije a Álvaro que se pasara cuando acabara de cenar con su hija.

El pescado estaba en el horno ya apagado, acabado y esperando su momento. Los aperitivos contrastaban con las luces de las velas que ocupaban la mesa y mis ánimos se balanceaban al ritmo de *jazz* con el *Christmas tears willfall* de Rocky Sharpe & the Replays. Una vez alguien me dijo que odiaba la Navidad por los villancicos machacones y yo le contesté:

«Los villancicos no son un coñazo».

Y se lo demostré con una serie de canciones de *rock*, *blues* y *swing* que son una maravilla.

—Cariño, yo estoy bien, y necesito seguir con mi vida. He pasado por muchas cosas estos días y sé que puedo hacerlo. No solo puedo, sino que quiero. Quiero volver a sentirme útil, volver a la acción, volver a sentir la tensión de los rescates. Y no quiero quedarme en casa consumiéndome.

—Pero mamá, puedes tener una recaída —insistió mi hija con cara de preocupación.

Me puse frente a ella y le agarré los hombros con mis manos.

—La recaída la tendré si me quedo inactiva aquí dentro. Soy demasiado dinámica y enérgica para eso.

Malena suspiró. Sabía que nada de lo que me dijera iba a hacerme cambiar de parecer.

Sonó el timbre de la puerta con unas campaneas ñoñas.

—¡Mamá! —me dijo Malena sorprendida—. ¿Y esa musiquita tonta que ha sonado?

—¿Qué quieres, cielo? Una, que se está volviendo una romántica en Navidad —contesté guiñándole un ojo.

Malena se fue a abrir y yo me quedé rellenando volovanes de marisco con un poquito de caviar encima. Al cabo de unos segundos, asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—En la puerta hay un señor que pregunta por ti —me dijo.

Y sonriendo con picardía, añadió:

—Y no está nada mal.

Mi cara de sorpresa fue recibida por una carcajada y una sonrisilla cómplice. Pero aún me quedé más sorprendida cuando, parado en el quicio, y detrás de una estupenda poinsettia, estaba Salvador Jordá, con un abrigo largo, una bufanda y una sonrisa tímida.

—Solo pasaba a saludarte y a desearte unas felices fiestas.

Creo que me quedé con la boca abierta más tiempo del que era conveniente. No por nada, sino porque tendría, seguro, cara de estúpida.

—Muchas gracias —conseguí balbucir, cogiendo la planta de sus manos—. ¿Quieres pasar?

—No quiero molestar —contestó con timidez—. Seguro que estás ocupada con tu familia.

—No es ninguna molestia, te lo garantizo. —Mi sonrisa era, ahora sí, franca y abierta—. Es más, me gustaría, si no tienes ningún compromiso mejor, que te quedaras a cenar con nosotros.

Entonces fue él el que sonrió abiertamente. Se quitó el abrigo, lo colgó de la percha y me siguió hasta el salón.

Esta iba a ser una Navidad diferente, en muchos sentidos.

Agradecimientos

Es muy manida aquella frase de que este libro no hubiera llegado a buen puerto sin toda una serie de gente que ha ido pasando por mi vida durante su creación, pero es que es cierto. Lo mismo que cuando acaba la película y en los créditos sale un montón de personas que no hemos visto pero que han estado detrás del rodaje y que han tenido un papel crucial en el mismo.

El orden en que quería que apareciesen me lo he pensado mucho. He descartado el orden alfabético, así como el cronológico. Y mucho menos iba a elegir el orden de importancia. Por lo tanto, he metido todos los nombres en un sombrero y he ido sacando papelitos que, puestos uno detrás de otro sobre la mesa, ha resultado que han tenido un sentido lógico para mí.

Por lo tanto empiezo dando las gracias a mis queridas «terremotos», mis ángeles, mis lectoras cero y mis mejores apoyos no solo en el momento de la gestación de esta novela sino en muchos momentos muy jodidos de mi vida. Sois lo mejor y tengo la gran suerte de teneros.

Quiero agradecer a José Muelas, mi pianista favorito, por leer todo lo que cae en sus manos, escrito por mí. Gracias por apoyarme desde el primer momento y por prestar cara a uno de los personajes que, aunque secundario, adoro.

Así mismo, a Rosa Quiles, que me ayudó tanto en un detalle del personaje de Clara que hizo que esta tomara un protagonismo que en principio no estaba previsto.

Tuve mucha ayuda con José David Martín y con Enric Ribas porque cada uno a su manera me ayudó a salvar a Berta en dos situaciones peliagudas.

Agradezco así mismo el asesoramiento policial al Ginés y al Pazo, que aunque tengan nombres de delincuentes, son todo lo contrario, unos estupendos agentes de la ley, que no llegaron nunca a aceptar que mis protagonistas se saltaran un poquito esa raya de la legalidad.

Varios son los que se han leído la novela ya acabada y me han dado el aliento que necesitaba para pensar que podría gustar. Entre ellos, quiero agradecerles la dedicación a Cecilia Herreros, que además me acogió en su casa y en su corazón, a José Vaccaro, por sus palabras tan bonitas sobre la obra y a Gemma por leérsela desinteresadamente, sin conocerme siquiera. De todos aprecio sobremanera lo que habéis opinado. Me ha llegado muy hondo.

Un agradecimiento único a Mercedes Hermoso que ha llegado justita para aportar su granito de arena y se ha convertido en una pieza de un valor incalculable. Y ahora vas y me corriges esta frase.

A Pep Alié por tantas cosas... Si he de resaltar una, me quedo con los buenos momentos

buscándole título a la novela. Espero que estés a mi lado cuando me tiemble el pulso con la pluma en la mano.

A mi compañero de ondas, Josep María Alvira. Sin ti, tu bagaje y tu manera de convencer yo no habría empezado a daros la paliza semana tras semana, pero tampoco habría podido disfrutar como lo hago de un programa de una calidad humana como la que tú le proporcionas.

Lo mismo que mi querido Pedro de Paz, mi compañero de letras que sé que con su experiencia y recorrido va a agarrar mi mano cuando tenga que enfrentarme con el público por primera vez. Gracias por tus consejos y por las risas.

Me he dejado para el final, y esto sí lo he hecho expresamente, a mi padrino, Josep Camps, que me ha escrito un prólogo precioso, y a mi madrina, Úna Fingal, que apostó tanto por mí que me puso la alfombra roja bajo los pies. Sin vosotros sí que es verdad que este sueño no se hubiera cumplido.

Solo me queda agradecerle a mis editoras, Jimena, Albahaca y Nona por creer en mí y por entender, de un solo vistazo, lo que quería transmitir con mi relato. Espero vivir una larga y sana relación con vosotras.

A mis hijos les dedico este libro. Ellos han sido y serán siempre mi vida.

Mari Carmen Sinti

B.S.O.

«Deceiving is believing», Robbie Williams
«Cold sweat», James Brown
«Broken dreams», Thin Lizzy
«Only women bleed», Alice Cooper
«Boulevard of broken dreams», Green Day
«You' ve got a friend», James Taylor
«Waiting on a friend», The Rolling Stones
De *Face valué* de Phil Collins. «In the air to night»
De *Daylight again* de Crosby, Stills & Nash. «Wasted on the way»
De *The turn of a friendly card* de Alan Parsons Project. «Turn of a friendly card»
«Modern love» de David Bowie.
«Private investigations», Dire Straits
«You' ve got a friend», James Taylor
«Liar», Queen
«Smooth Operator», Sade
De Dookie, Green Day. «Longview»
«Born to be wild», Steppenwolf
«White Christmas», Rocky Sharpe & The Replays
«Tequila Sunrise», Eagles
«On the road again», Canned Heat
De *Dance Naked* de John Mellencamp. «Dance naked»
Green River de Creedence Clearwater Revival
«The Number of the Beast» de Iron Maiden
«Love comes without warning», America
«Money money», Liza Minnelli
«Let's get it on», Marvin Gaye
«The great gig in the sky», Pink Floyd
Blue & Lonesome, el nuevo disco que los Rolling Stones
«The end», The Doors
Santana III del increíble Carlos Santana
«Dance of death», Iron Maiden
Déjà Vu de Crosby, Stills, Nash & Young

«Love's a loaded gun», Alice Cooper
«41 Shots», Bruce Springsteen
«Where are we now?», David Bowie
«Slide away», Oasis
The Marshall Tucker Band, The Marshall Tucker Band
«Factory», Bruce Springsteen
«Black ice», AC/DC
«You give love a bad name», Bon Jovi
«Goldeneye», Tina Turner
«Stairway to heaven», Led Zeppelin
«Commit a crime», Howlin Wolf

Notas

[1] Desayuno de tenedor en catalán. L'esmorzar de forquilla es una tradición en diversos establecimientos de pueblos y ciudades de numerosas comarcas catalanas. La tradición dice que el día de mercado en la ciudad, payeses, comerciantes y clientela participan en tertulias mientras desayunan satisfaciendo a su estómago. <<

[2] En catalán buhardilla, desván, y se utiliza en plural. <<

[3] Departamento de Agricultura, Ganadería y Pesca. <<

[4] VIDO, «Violencia sobre la dona», en catalán. En esa planta de la «Ciutat de la justícia» se encuentran los juzgados de instrucción, juzgado de guardia, juzgados de vigilancia penitenciaria y juzgados de violencia sobre la mujer. <<

[5] La traducción en francés es «hogar», se denomina así a la residencia de una congregación de religiosas donde viven y, en los meses de verano, acogen a estudiantes a las que dan clases. <<

[6] Israel Military Industries, arma reglamentaria del ejército israelí. El diseño es de USA pero la fabrica Israel. Se utilizó mucho por los narcos mexicanos. Es un arma pesada, pero muy efectiva.

<<



Nací en Cádiz hace poco más de medio siglo y después de recorrer con mis padres diversas ciudades durante mi infancia, fui a recalar en Badalona, donde terminé mis estudios, me casé y tuve dos hijos. Posteriormente, y habiéndome trasladado a Barcelona, tuve mi tercera hija y me dediqué a ser madre hasta hace cuatro años, que adquirí una empresa y trato de sacarla a flote.

Mis horas de ocio las reparto entre mi afición por leer y escribir, y hace más de ocho años que administro un foro de lectura donde me mantengo informada de todo lo que sale y está por salir, algo poco conveniente para mi bolsillo. Hace ya tres años, empecé colaborando en un programa radiofónico aportando temas de literatura y, debido al éxito, el año pasado conseguí mi propio programa semanal, «Lletres i música» en Radio Sant Cugat donde nos visita cada sábado un autor, editor, traductor, bloguero... intentando tocar todos los géneros: negra, romántica, histórica, cómic, infantil y juvenil, terror... Por insistencia de varias personas, entre ellas mi persistente hijo, me lancé a esto de presentar lo que escribo... y en ello estoy ahora.

De momento tengo publicados varios relatos en diferentes antologías de género negro y una de erótica. Esta es mi primera incursión en la novela.